



El cazador de
FANTASMAS

**ARLETTE
GENEVE**

El cazador de FANTASMAS

Arlette Geneve

Copyright © 2018 Arlette Geneve

Sello: Independently published

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización escrita de los titulares del copyright.

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 01](#)

[CAPÍTULO 02](#)

[CAPÍTULO 03](#)

[CAPÍTULO 04](#)

[CAPÍTULO 05](#)

[CAPÍTULO 06](#)

[CAPÍTULO 07](#)

[CAPÍTULO 08](#)

[CAPÍTULO 09](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[EPÍLOGO](#)

PRÓLOGO

«Se llama Rachel, y es una médium. Mantiene contacto con almas perdidas que desean un último encuentro con sus familiares, y de otros seres que son incapaces de cruzar el umbral hasta el lugar al que ya pertenecen. Se mueven entre los vivos, algunos como espectros, otros como fantasmas. Pueblan el mundo terrenal sin que la mayoría se percate de su existencia. Caminan errantes junto a vivos con voluntad férrea, y muchos tratan de apropiarse de sus voluntades sin que los humanos muestren un ápice de resistencia. Solo unos pocos privilegiados pueden visualizar su naturaleza espiritual, pero ella no tiene miedo. Muchas de esas almas la perciben y buscan su ayuda, otros tratan de adueñarse de su cuerpo carnal para seguir entre los vivos de forma eterna. Bienvenidos a mi mundo, el mundo de los no vivos».

CAPÍTULO 1

Nueva York, barrio de Queens

La presencia no se había dado cuenta del hombre que se mantenía escondido en uno de los zaguanes de la calle oscura. La tenue imagen de su sombra se distorsionaba frente a los coches estacionados ocultando cualquier rastro. A esa hora de la madrugada había poco tráfico de vehículos y de personas en las solitarias travesías de Queens. Una total oscuridad reinaba en el callejón. Con una mirada furtiva al reloj de su muñeca se percató de que faltaban pocos minutos para las cuatro de la madrugada, el amanecer estaba cada vez más cerca y su tiempo más escaso. Se oyeron unos golpes sordos en la parte más oscura de la acera, como si unos gatos hubiesen rebuscado entre los cubos de la basura, pero él sabía que esos ruidos eran producidos por el espectro que perseguía desde hacía semanas. El barrio neoyorquino resultaba perfecto para mantenerse oculto y alejado de la prensa y de aficionados. Matt sujetó la linterna en el puño con cuidadoso silencio para no atraer su atención sobre él, y el lugar donde se mantenía hábilmente camuflado. Cuando rebasó el penúltimo portal en sombras contuvo el aliento y entrecerró los ojos, aguzó el oído, pero solo le llegó el sonido de un perro aullando en una calle lejana, una brisa fría y húmeda comenzó a remolinear a su alrededor, pero la chaqueta y los pantalones de cuero negro flexible lo protegía del frío de la noche. Desplazó sus pies protegidos con botas tácticas militares con sumo cuidado, al mismo tiempo que aseguraba la gorra sobre su cabeza ocultando sus cabellos.

Una ligera llovizna comenzó a caer de forma constante sobre su cuerpo. Matt confió que el espectro no se percatara de él hasta que estuviera preparado, aunque se acercaba cada vez más. Se volvió poco a poco hacia la furgoneta negra que esperaba silenciosa en la esquina sur del callejón. Calculó la distancia hacia el siguiente portal cuya luz estaba igualmente apagada, había manipulado el mecanismo de las farolas para su conveniencia.

De pronto, oyó el siseo provocado por el espectro que avanzaba por el lado derecho de la calle. Mientras lo observaba, su figura densa rodeó uno de los coches aparcados y tomó la misma dirección en la que estaba oculto. Pudo percibir su fuerza y que seguía avanzando hacia su posición.

El momento de actuar había llegado al fin.

La presencia avanzó hacia donde estaba él, podía verlo a través de la oscuridad y las gotas de lluvia. Se resguardó todavía más en las sombras del soportal pegando su espada al muro todo lo que pudo. Activó a distancia *La Unidad Transitoria* y tensó los músculos para prepararse. Cambió el mando de mano, activó el interruptor y dirigió el haz de luz a la presencia que no pudo protegerse del resplandor. Por un momento no se movió, y tras un par de segundos, se lanzó hacia él de la forma esperada. Matt se arrodilló con una velocidad vertiginosa al mismo tiempo que activaba *El Espejo Dimensional*.

En cuestión de segundos todo volvió a sumirse en la oscuridad de nuevo.

BOSTON

Casa de Fall River

Rachel abrió los ojos y contempló a las cinco personas que estaban reunidas con ella en la mesa del salón. Todo seguía en quietud y en completo silencio. A su izquierda estaba su amiga Iris, a su derecha Helen, y frente a ella, Sarah y Lucy: las dos niñas de doce y catorce años que aseguraban que mantenían contacto con seres del más allá. La madre de las niñas estaba aterrorizada, tanto, que había buscado la ayuda de una médium, sin embargo, ella sabía que las niñas mentían, que engañaban a su madre porque en el recorrido anterior de la casa no había percibido nada paranormal. Pero ante la insistencia de la madre, había accedido a realizar una sesión con ellas, salvo que la madre y las niñas desconocían que no era una verdadera sesión sino una falsa para desenmascararlas.

Las chiquillas hacían bien su papel, se habían metido de lleno, y cuando lo creyó conveniente, dijo que podían soltar las manos, y se levantó para encender las luces.

—La casa no está embrujada —dijo a la madre que rompió a llorar—. Aquí no habita ningún fantasma.

—¡Nosotras hablamos con fantasmas! —exclamaron las niñas al unísono.

Rachel no pudo evitar una mirada de censura. Le parecía horrible que dos muchachas trataran de asustar a una madre que no hacía más que quererlas.

—Si hubiese uno, Rachel lo sabría —apunto Iris.

—¿Cómo puede estar tan segura? —preguntó la niña mayor.

—Llevo mucho tiempo manteniendo contacto con ellos —respondió Rachel en un tono de voz neutro—, y por eso puedo asegurar que no hay fantasmas en la casa.

La madre se levantó de la mesa y las niñas también. Se acercó a Rachel y la abrazó con inmenso alivio.

—¿Es posible que se hayan ido? —quiso saber la mujer.

Rachel miró a la chica mayor con suma atención. La pequeña había salido

de la estancia muy deprisa, y se preguntó de nuevo el motivo que tendrían ambas para mantener a su madre tan asustada. Sintió la necesidad de tranquilizarla. Le mostró una sonrisa sincera y le hizo un gesto afirmativo.

—Si antes de mi llegada había fantasmas, ahora no —Rachel le dijo lo que la mujer quería escuchar—. Ni usted ni sus hijas corren peligro.

Iris, la amiga de Rachel, hizo algo sensato como abrazar a la madre de las niñas para llevársela hasta la cocina, Rachel y Lucy quedaron frente a frente.

—Le ha mentado a mi madre —dijo la chica altanera—. Usted no es una médium sino una farsante.

Rachel inspiró hondo antes de responder.

—Sé cómo hacéis los ruidos, como provocáis las sombras —la chica abrió los ojos con espanto, y su mirada la delató—. Vuestra madre no se merece que la asustéis. Es una buena mujer que os quiere...

Rachel hizo una pausa muy significativa. Lucy terminó bajando la cabeza con cierta vergüenza, y justo en el momento en el que iba a acariciarle la cabeza, apareció la pequeña con un objeto en la mano. La niña tenía los hombros hundidos y lo que le mostraba era un rosario de perlas, cuando lo observó más de cerca comprobó que se había equivocado, no eran perlas de un rosario sino de un collar, y ella lo reconocía. Había visto uno así en el pasado, pero no recordaba dónde.

—Lo encontré en un escondite secreto. —Rachel no se atrevió a cogerlo porque sintió de repente un rechazo profundo—. Hay muchas joyas como esta.

—¿Son de vuestra madre?

Las dos niñas negaron a la vez. Rachel pensó que las joyas podrían pertenecer a la antigua dueña de la casa. Sabía, por su amiga Iris, que la madre y las dos niñas apenas vivían seis meses en ella.

—Son valiosas, ¿verdad?

—¿Vuestra madre lo sabe?

Asintieron de nuevo.

—Queremos mostrarle el lugar secreto donde están —pero no hacía falta porque Rachel intuía donde se encontraban el resto de joyas.

En ese momento hicieron su aparición en la pequeña habitación Iris y la madre. Helen vio lo que su hija pequeña sostenía entre sus dedos.

—Sarah está convencida que las joyas están malditas —dijo la madre—, por eso no me atrevo a tocarlas, y siguen en el lugar donde las encontraron.

Rachel extendió la mano para sujetar el collar. Sarah se lo entregó con una sonrisa. Al coger la joya, percibió muchas emociones, siendo la emoción del sufrimiento la que prevalecía por encima de muchas otras.

—No están maldecidas —dijo después de mantener un momento de silencio—. No hay nada maligno en ellas.

Los ojos de la madre brillaron al escucharla.

—Compré la casa hace más de seis meses con el dinero que obtuve del divorcio. Me dijeron que su anterior propietario había sido una anciana viuda sin hijos ni familia, pero muy querida en el pueblo.

—La casa parece muy nueva para haber pertenecido a una anciana —era la impresión que sentía Rachel examinando las pulidas barandillas. Los suelos de madera, y el papel pintado de las paredes.

—Me dijeron que la casa había sufrido un grave incendio en el pasado por un accidente, pero fue completamente restaurada antes de que un matrimonio mayor la adquiriera. El esposo de la anciana murió semanas antes que ella — la explicación de la madre de las niñas le dio qué pensar—. Y yo compré la casa hace unos meses.

Cuando morían las personas sin familiares, el estado se encargaba de vender las propiedades a particulares por un precio inferior a su valor real. Los elegidos solían ser la mayoría viudas y divorciadas como Helen.

—Entonces las joyas le pertenecen —concluyó Rachel que había dado por concluida la reunión.

Las niñas salieron corriendo y ella extendió la mano para devolverle el collar a la mujer. En el momento que lo hizo, algo pesado se le instaló en los hombros. Jadeó de forma involuntaria, e Iris la miró con sorpresa. Rachel sintió como si un aliento de fuego le quemara la nuca, y por instinto se miró la mano donde había sujetado el collar momentos antes. Tenía marcada las pequeñas esferas, como si la hubieran quemado.

—¿Me permite que lo vea otra vez?

La mujer asintió y se lo tendió. Rachel lo cogió y camino hacia el exterior de la casa, en el momento que cruzó la puerta de la calle, el peso de sus hombros se aligeró. Examinó el objeto de forma muy cuidadosa aunque no percibía nada extraño, pero algo la había tocado en el interior de la casa. Dejó el collar en la barandilla de madera, y le hizo un gesto a Helen para que ni lo rozara. Iris la miraba sin comprender. Rachel regresó sobre sus pasos y fue tocando cada marco y objeto que encontraba a su paso. Examinó cada estancia, pero la casa estaba libre de fantasmas.

—¿Ha percibido algo? —preguntó la madre que comenzaba a encogerse de miedo.

—La casa está limpia —aseguró.

—¿Y entonces...? —Iris no terminó la pregunta.

—Esperadme aquí —Rachel bajó las escaleras de la segunda planta y se dirigió a la calle. Cuando bajó los escalones del porche miró hacia arriba. La pequeña Sarah la miraba desde la ventana de su dormitorio y le hacía un gesto afirmativo con al cabeza.

“Está dentro, y te ha encontrado”.

—¿Peter! —exclamó ella mirando hacia la figura de su amigo—. ¿Me ha encontrado? ¿Quién?

Su voz mostraba verdadero miedo pues solo había una respuesta válida.

“No es como Charles, ni como yo”.

—No estaba en la casa, lo hubiera percibido —susurró apenas con un hilo de voz.

Repasó mentalmente todo lo que había hecho en el interior, pero ella no había sentido nada hasta que tocó el collar de perlas.

“No es un fantasma, y quiere matarte”.

CAPÍTULO 2

Un dedo le recorría la mejilla húmeda y se detuvo, de forma breve, en la comisura de su labio superior. El aliento tibio en la oreja la había despertado de golpe, pero Rachel estaba acostumbrada a los contratiempos. Mantuvo los ojos cerrados en un intento de que la creyese aún desvanecida en el áspero suelo lleno de polvo gris. Polvo que elevaba con cada exhalación de aire. El corazón le latía en las sienes con un golpeteo incesante, e hizo un balance del estado físico de su cuerpo

El dedo seguía deslizándose por su barbilla de forma juguetona, y entonces, el estómago de Rachel se contrajo involuntariamente ante la caricia inesperada. ¡Maldita fuera! Aún tenía partes de su cuerpo que no controlaba del todo. Y supo que él trataba de penetrar en su mente para controlarla, si bien ella resistía los intentos bloqueando cualquier entrada a su subconsciente. Le había costado años dominar esa técnica, y lo había logrado al fin.

Entreabrió los ojos discretamente para estudiar el lugar donde estaba postrada. La escasa luz que se filtraba por la pequeña abertura le indicó que era una hora avanzada de la madrugada. Pudo distinguir las paredes irregulares y húmedas en algunos puntos, su olfato identificó los olores característicos de la cavidad subterránea: hierro, hongos e incluso asperón.

Tratar de mantener contacto con fantasmas resultaba fácil porque la mayoría se mantenían visibles para ella, sin embargo, el contacto con uno muy especial le había mostrado un peligro real, y al que ella no podía hacer frente, al menos sola. Se había armado de valor para buscar la ayuda de la única persona que podía dársela. Lo había encontrado en uno de los antros habituales en su círculo: el café Valiant de Brooklyn. Convencerlo de que la ayudara, iba a ser harina de otro costal, pero gracias al relajante que le había suministrado en la bebida, todo había sido más fácil, o eso al menos había creído.

Estaban en el lugar correcto, era la hora convenida, pero tendría que ser él quien estuviese inconsciente en el suelo y no ella. Su primordial preocupación residía en ganar tiempo.

—Sé que estás despierta —el tono grave le penetra directamente en el cerebro.

La mano templada y suave descendía osada por su cuello hasta alcanzar la curva de su hombro. Mantenerse completamente inmóvil resultó el mayor esfuerzo de su vida. Apenas podía controlar la respiración, así como los latidos que se acumulaban en su garganta.

—Y tienes mucho que explicarme —la voz grave y profunda se coló en su percepción provocándole un vuelco en el estómago.

Lo estaba haciendo, trataba de apropiarse de sus sentidos enviándole mensajes como una descarga luminosa: como si sus cuerpos estuviesen cargados de potencia eléctrica. Resultaba inútil ocultar por más tiempo que no estaba inconsciente sino con el total control de su conciencia, por ese motivo Rachel decidió actuar de inmediato. Con una agilidad inusitada se reincorporó para darse cuenta, con absoluto horror, que tenía la ropa rasgada en varios sitios. En su carrera había tropezado con diferentes obstáculos, los jirones de tela colgaban laxos a sus costados.

—Te diste un buen golpe —le recordó él—, y me parece inaudito que hayas intentado secuestrarme después de cómo me abandonaste.

Era una crítica en toda regla, aunque ella la esperaba. Rachel miró el rostro del hombre y soltó un suspiro. Era tan atractivo que cortaba la respiración. Llevaba el pelo castaño claro algo largo. Se había dejado barba, pero la llevaba bien rasurada. Le pareció más varonil todavía, si eso fuera posible.

—No me dejaste otra opción —argumentó cauta—. Ignoraste cada uno de mis mensajes para mantener un encuentro.

Rachel había intentado comunicarse con él en innumerables ocasiones, pero el hombre había rechazado cada intento de ella.

—No hace falta que te explique el motivo por el que no quiero tratar contigo. Sobretudo, después de lo que me hiciste.

No, no hacía falta, pero estaba desesperada. Matt no pensaba olvidar que ella lo había abandonado diez años atrás.

Rachel suspiró.

—Te has convertido en una verdadera belleza. No guardas nada de aquella muchacha tímida de dieciocho años —las alarmas se desataron en su cabeza cuando él alzó el brazo.

—¡No me toques! Por favor —le advirtió y rogó con profunda determinación.

Matthew Taylor era el parasicólogo más poderoso e importante. Sus padres, Gibson y Melany, habían fundado la Sociedad de Investigación Psíquica de Nueva York. El matrimonio había escrito numerosos libros especializados en lo paranormal, y habían investigado más de diez mil casos de fenómenos paranormales durante toda su vida. Matt era el único hijo de ellos, y había heredado la clarividencia de su padre, y la facultad de comunicarse con los muertos de su madre.

—Quería comprobar que te encontrabas bien —respondió, y Rachel retrocedió un paso sin quitarle la vista de encima.

Le hormigueaban los pezones del escrutinio al que la sometía.

—Deja de hacerlo —le exigió en un intento de desviar la atención de su persona.

—Sé, por qué me has traído aquí —respondió él—, a este lugar perdido y olvidado: tu bastión de seguridad.

Los ojos femeninos se iluminaron al escucharlo. El parasicólogo más inteligente y fuerte no temía a nada ni a nadie, y ella no lo había olvidado.

—¿Lo sabes? —preguntó mientras él le sonreía de una forma intensa mostrándole una hilera de dientes blancos, y perfectamente alineados—. Aquí siento que estoy a salvo.

Matt entrecerró los ojos porque la afirmación de ella le había causado extrañeza.

El pecho de Rachel se contrajo con una ansiedad peligrosa. La presencia que tenía ante sí era puro magnetismo sexual. El poder de su atractivo había aumentado con los años. Percibió con notable claridad los latidos entre sus piernas. La incomodidad de su vientre y la respiración que se le aceleraba. Creyó de forma estúpida que podía mantener sus sentimientos bajo control, y no era cierto. Matt siempre tendría un lugar privilegiado en su corazón aunque hubiera huido de él años atrás.

—Me ha costado más de lo que imaginas eliminar el sedante que introdujiste en mi bebida. Mantenerme paralizado ha sido el mejor truco que has utilizado hasta ahora, y te conozco unos cuantos.

Esa admisión logró sorprenderla. Rachel clavó la mirada en sus ojos, en el oscuro e intenso iris azul con motas plateadas que podría rivalizar con una noche estrellada.

—Crees que me conoces, pero te equivocas porque no soy la misma de entonces —se defendió.

—Sigues siendo la muchacha que conocí en el pasado —no hacían falta más explicaciones aunque se las dio—, la que me robó y me destrozó el corazón.

Ese había sido un golpe inesperado porque ella no quería recordar el pasado.

—Nunca quise hacerte daño —confesó sincera—, pero tenía que irme.

Matt entrecerró los ojos.

—¿Por qué me buscas ahora? —preguntó.

Rachel lo había estado buscando durante semanas, lo necesitaba, pero él se escabullía con una sagacidad que la desconcertaba, llevándola de un lugar a otro de la ciudad a una velocidad vertiginosa. Y ante sus rechazos a tener un encuentro con ella, solo le había quedado una opción: drogarlo y secuestrarlo.

Le explicaría todo y le pediría ayuda.

—¿Cómo lo has hecho? —inquirió realmente interesada—. Lo de eliminar tan rápido el relajante muscular que te puse.

Matt chasqueó la lengua.

—Te asombraría de lo que soy capaz, pequeña —Rachel estaba encerrada entre la pared y él—. Me encanta como hueles, como me miras... creí que lo había olvidado, pero sigues muy presente en mi sangre.

—Deja de hacerlo. Deja de subirme la libido —le pidió, y él soltó una carcajada llena de humor.

—Es la consecuencia de estar nuestros cuerpos tan próximos. La energía fluye en ambos sentidos —Matt se señaló la entrepierna—, ¿ves? Yo también estoy muy excitado.

Rachel respiró profundamente varias veces porque no había contado con ello. Dos personas con tanta fuerza psíquica resultaba contraproducente.

Los ojos de Matt recorrieron la esbelta figura con insolencia deteniéndose en la suave curva de sus senos. En las redondeadas caderas. Se bebió el aliento que ella exhalaba porque era dulce. Rachel era la mujer que le robó el corazón diez años atrás. Que lo abandonó con una explicación absurda, y que no se podía creer ni ella.

—Es solo una teoría —respondió queda—: lo de la energía intercambiable.

—¿Como la existencia de los fantasmas? —se burló él.

Rachel se sentía terriblemente vulnerable y consciente de la clara ventaja que tenía Matt sobre ella. Su sola presencia le provocaba estremecimientos que nada tenían que ver con la precaución. Cuadró los hombros y avanzó un paso hacia él quedando sus rostros a unos escasos centímetros.

Las ansias de ayuda podían más que la prudencia

—El sexo entre nosotros está fuera de toda discusión, y si piensas que puedes hacerme cambiar de opinión con ese rostro atractivo, es porque no me conoces lo suficiente —Matt alzó una ceja ante las palabras de ella, pero no lo molestó esa falsa seguridad.

—No hará falta que lo intente, tu exceso de energía lo hará por ti —Rachel soltó un suspiro largo—. Imagino que no pensaste en las consecuencias de un encuentro entre ambos... de lo que vivimos y compartimos en el pasado.

Rachel no retrocedió, se sentía demasiado excitada como para mostrarse precavida. Matt la miró fijamente con ojos brillantes, y ella sintió como se resquebrajaba su voluntad. Trató de concentrarse en un punto a la derecha de la cabeza de él, pero fue inútil. El parasicólogo comenzaba a apoderarse de su mente.

—¡Necesito tu ayuda! —exclamó.

Matt destensó la espalda.

Cuando los dedos de la mano de él rozaron apenas su hombro derecho, sintió que cientos de agujas se clavaban en sus puntos nerviosos. La excitación creció hasta un punto insospechado.

Podía hacer que estallara con un simple roce.

—Llevas mucho tiempo aislada y sola —le recordó él, y entonces el deseo

comenzó en su vientre y fue ascendiendo hasta su estómago donde eclosionó con una descarga que la dejó atónita. Estaba a punto de sufrir un orgasmo—. Es hora de regresar con nosotros.

Matt se refería al mundo de los vivos.

Inclinó la cabeza para besarla, pero si lo hacía, estaba perdida. Su control era muy fuerte, tanto, que estaba a punto de caer de rodillas y lanzando gemidos de gozo. Giró la cabeza para rehuir los labios masculinos, sin embargo, parecía que una fuerza superior la mantenía clavada al suelo, y en la posición más ventajosa para él.

—¡Por favor...! —la voz femenina sonó vencida.

Matt parpadeó, y soltó un suspiro largo.

—Discúlpame, solo trataba de recuperarme de la sorpresa de verte de nuevo después de tantos años —se excusó él.

Un gemido de alivio salió de la garganta de la mujer. Seguía sintiendo un hormigueo en el vientre, pero había pasado el peligro.

Rachel cerró los ojos durante un instante.

—¿Te encuentras bien? —Matt seguía ejerciendo el control sobre ella a pesar de la disculpa anterior—. Solo trato de ayudarte —¡y una mierda!, se dijo ella. Había intentado quebrar sus defensas, y lo más terrible era que lo había conseguido.

La había azotado un deseo brutal como en el pasado.

—No vuelvas a tocarme o me veré en la obligación de detenerte —le advirtió.

Matt sonrió de oreja a oreja por la mentira descarada.

—Esta es mi chica, cobarde pero hermosa.

—Tengo que pedirte ayuda por un asunto muy serio —le informó.

Matt no lo dudó, pero lo que ella ignoraba era que él también tenía un gran trabajo que llevar a cabo, y Rachel lo había desbaratado.

Era consciente de los pasos de ella tras los suyos. De sus intentos por encontrarse con él, salvo que los motivos de Matt para no permitirselo eran muy importantes, pero que no podía desvelarle.

Se masajeó la base de la nuca porque sentía los músculos tensos. Ella era un imán para él pues seguía teniendo un poder de atracción increíble. Se preguntó como ella no lo percibía. Rachel Day era la médium más atrevida y osada del mundo paranormal. Conocía muy bien su trabajo pues nunca le había perdido la pista a ella y a su padre, Dominic Day, que había sido un reconocido demonólogo cuatro décadas atrás. Su fama llegó y se acrecentó gracias al suceso de Rockaway, la casa conocida por el trágico suceso que le ocurrió a la familia Miller. En el interior de la vivienda, Ronald Miller hijo, había matado, con increíble sangre fría, a sus padres y a sus seis hermanos. El muchacho argumentó después en sus declaraciones para la defensa que los fantasmas de la casa que lo animaron a cometer los brutales asesinatos. El padre de Rachel no se lo pensó ni un momento, y se instaló poco tiempo después en la casa con su esposa y su hija pequeña. Lo que sufrió y vio Rachel en ese lugar, nadie lo supo nunca, pero la hija se alejó del padre hasta el punto de que en la actualidad ni se hablaban ni mantenían ningún tipo de contacto. Matt detestaba el trabajo que realizaba ella pues ayudaba a los muertos a comunicarse con sus familiares, y él creía firmemente que los muertos debían dejar tranquilos a los vivos.

De pronto, los ojos zafiro de Matt brillaron de una forma especial.

—Me ocuparé de vosotros dos —la afirmación quedó suspendida en el aire.

Rachel se giró sobre sí misma y lo miró asombrada.

—¿Cómo sabes...?

Al momento se llamó estúpida. Las discusiones entre ambos en el pasado habían sido provocadas precisamente por la diferencia de opiniones que mantenían sobre Peter y Charles: los dos fantasmas que siempre la acompañaban.

—No lo dice en serio —les dijo a las presencias, pero los dos habían emprendido la huida de forma pavorosa, y en su carrera tiraron diferentes objetos creando con ello un pequeño caos.

—Hacen bien en tenerme miedo —afirmó Matt con semblante serio.

Rachel decidió no contestarle, y trató de buscar a sus amigos para tranquilizarlos. Después regresaría de nuevo con él para convencerlo para que la ayudara.

—Vuelvo en un momento —cerró la puerta con llave, y dejó encerrado a Matt.

Sus dos amigos fantasmas eran los más cobardes y miedos de cuantos había conocido, y eran unos cuantos.

Rachel comenzó a recorrer la pequeña habitación de forma inquieta y sumamente nerviosa, especulando y trazando planes a pesar de todo.

“¿Qué te preocupa?”.

Alzó la cabeza y miró a Peter con cierta sorpresa, no podía ocultarle nada a sus amigos del otro lado. Los había conocido cuando era una niña muy pequeña, pero la comprensión fue instantánea y mutua desde el principio.

—Siempre me ha tenido en clara desventaja en el pasado, también ahora en el presente —Rachel calló como si recordara algo muy importante—. Justo cuando llegamos recuperó la movilidad de los brazos y las piernas. Tuve que correr tanto para poner distancia entre su cuerpo y el mío, que casi muerdo asfixiada. No recuerdo el golpe que me dejó inconsciente en el momento que alcanzaba la entrada de la cueva.

“Quizás tu plan no de resultado”.

Rachel miró a Peter con un profundo disgusto en sus ojos castaños. Necesitaba a Matt porque existía un verdadero peligro. Era el mejor parasicólogo, el más fuerte, y con más capacidad de actuación. Aunando esfuerzos podrían ayudar a cruzar el umbral al espectro más fuerte de cuantos había contactado.

—¿Dónde está Charles?

Preguntó girando sobre sí misma porque no lo veía por ningún lugar.

“Escondido”.

Rachel miró la figura blanca corpórea de Peter con sorpresa.

“Está asustado, como yo”.

Rachel no supo qué decir para tranquilizarlo. Matt era para ellos una verdadera amenaza.

—Tengo la impresión de que tiene un plan que ignoramos, es como si supiera que pensaba secuestrarlo para pedirle ayuda —con sus palabras había expresado sus dudas.

“Podemos tratar de averiguar sus pensamientos”

Un escalofrío recorrió a Rachel. En modo alguno quería que Peter o Charles se comunicaran con Matt.

—No sería buena idea.

“No le preguntaríamos a él”.

No pudo ocultar una sonrisa.

—Por supuesto, había olvidado lo precavidos que sois.

Peter y Charles querían continuar en el mundo de los vivos, y si trataban de comunicarse con Matt, eso sería imposible.

Matt miraba la habitación con el semblante sereno. Amplió la sonrisa al recordar la salida de ella en busca de sus amigos fantasmas. Aún sentía en las yemas de los dedos el tacto de la suave piel. Rachel era la más terca, también, la única mujer que le había robado el corazón, y se lo había destrozado al abandonarlo.

Todo en ella le provocaba un sentimiento convulso. Su manera de caminar, esa mirada franca que ocultaba el miedo bajo una mirada decisiva. Era introvertida, pero él sabía que era debido al miedo, un terror que no controlaba. Los años y la experiencia no habían mejorado su forma de pensar y actuar porque seguía siendo la misma impulsiva de siempre.

El chasquido de la llave en la cerradura lo sacó de sus pensamientos. La figura femenina se encontraba inmóvil en el umbral con el rostro imperturbable. Traía una jeringa en la mano que estaba llena de un líquido incoloro.

Matt siguió sonriéndole con cierta petulancia pues sabía cómo molestarla.

—¿Vienes a ofrecerme la última cena? —se refería al contenido de la jeringa.

Rachel negó una única vez con la cabeza.

—Estoy metida en un grave problema y necesito información —Matt le ofreció una mirada cargada de curiosidad. La voz melodiosa le producía un escalofrío en la espina dorsal—, información que tú conoces mejor que nadie.

—¿Qué me darás a cambio? —Matt creía que le llevaba cierta ventaja, y era cierto.

Rachel le hizo un guiño con el ojo derecho, y una mueca con la boca que prometía venganza.

—¿Una noche de desenfreno sexual? —respondió, y él soltó una carcajada llena de humor porque sabía que bromeaba—. ¡Ya te gustaría!, pero no.

—¡Acércate, que no muerdo! —la broma no le hizo ni pizca de gracia. Siguió quieta en su sitio sin abandonar la mirada del rostro que rezumaba puro magnetismo sexual.

—Necesito que mantengas el control sobre tu libido, por mi bien —Matt suspiró profundamente al escucharla.

En el pasado, los encuentros sexuales entre ambos habían sido pura dinamita. Un simple roce con ella lo convertía en un volcán a punto de estallar.

—Sabes de sobra que dos parasicólogos no pueden estar cerca sin que ocurran consecuencias de resultados imprevisibles —Rachel, no respondió, siguió mirándolo sin acercarse a él.

Finalmente lo contradijo.

—Eso es precisamente lo que me distingue de ti —respondió, y Matt alzó una ceja con escepticismo ante su respuesta—, no soy parasicóloga sino médium.

—Te comunicas con los muertos, igual que yo.

Rachel insistió.

—Ayudo a no vivos a que se comuniquen por última vez con sus familiares, tú los cazas sin darles la oportunidad de que se expresen.

Las cejas de Matt se alzaron con sorpresa pues era una crítica en toda regla.

—Me molesta que me tengas aquí encerrado.

—Quiero ofrecerte un trato —ahora sí que había captado su atención por

completo.

—¿Un trato? —Matt siguió mirándola con suma curiosidad—. Ahora sí que estoy interesado.

Seguía acechándola con ojos brillantes. Rachel no quiso interpretar su mirada calculada.

—Quiero que me ayudes con uno de ellos —Matt entrecerró los ojos con incredulidad—. Por eso te he traído hasta aquí, para que no puedas negarte.

—¿Pretendes que me siente en un sillón y lo escuche como haces tú? ¿Qué haga de intermediario? No te tenía por una sensiblera —ahora la que rió fue ella.

Así, de forma inesperada, soltó una risa contagiosa que lo dejó aturdido, y con los huesos hechos gelatina.

—Sé muy bien que soy una sensiblera —replicó sincera—, pero quiero que lo envíes a donde pertenece.

Matt redujo sus ojos a una línea. Era la primera vez que ella hablaba de enviar a un fantasma el otro lado sin preguntarle siquiera.

—¿Es uno de tus fantasmas? —inquirió él.

Ella negó de forma elocuente.

—Creo que es un espectro vagabundo.

Matt abrió la boca pero la volvió a cerrar. ¿Había dicho espectro? ¿Conocía ella la diferencia entre uno y otro?

—Tus palabras me inquietan realmente —los ojos de la mujer se oscurecieron al escucharlo—. ¿Se te ha olvidado lo peligrosos que son algunos espectros?

Rachel parpadeó una sola vez.

—Sé lo peligrosos que puede llegar a ser pues lo he tenido pegado a la espalda. Me provocó pavor lo admito.

Lo que decía ella era en verdad preocupante. Ningún fantasma se pegaba a la espalda. Estaban hablando de otra cosa muy distinta.

—¿Qué nivel era?

Rachel se mordió el labio inferior.

—De figura densa —eran los que se manifestaban con siluetas bien definidas—. Y estaba solo.

Matt se llevó las manos a la cabeza y se mesó el pelo. Los espectros generalmente andaban en grupos: mientras más numeroso fuera el grupo, menos poderosos eran los espectros que lo integraban. Así, cuando se daba el raro caso de un espectro solo, su poder solía ser realmente grande.

—Creo que se trataba de un espectro del tercer tipo —siguió ella.

Matt parpadeó sorprendido.

—Los espectros se alimentan de emociones y sentimientos negativos: se nutren del miedo, de la envidia, y sobre todo del odio.

Rachel odiaba a su padre con toda su alma, por ese motivo se le había pegado, porque podía nutrirse de ella.

—Lo sé —admitió cabizbaja y llena de culpa.

—Para trabajar de médium tienes que desterrar algunas emociones dañinas, y que te hacen vulnerable.

A ella no le importaba que Matt censura su trabajo porque tenía parte de razón.

—Pero gracias a mí, muchas de esas almas cruzaron al otro lado —las palabras sonaron con orgullo, y Matt se las tomó tal cual.

—Los recién muertos son fáciles de convencer, pero los espectros son muy peligrosos, sobre todo en ese nivel.

—Matt, permítame que te explique lo que percibí. Lo que sentí, y lo que me tiene aterrada.

—Es significativo que ahora mismo no esté pegado a ti. No lo he percibido en todo este tiempo.

—Hago todo lo posible para que no me encuentre, pero lo hace.

—¿Cómo contactaste?

—Cuando participé en una sesión de mesas parlantes.

Ese era un fenómeno que había hecho furor en Estados Unidos y Europa en

la segunda mitad del siglo diecinueve. Un grupo de personas se reunían alrededor de una mesa con las manos apoyadas en ella, y se concentraban al unísono para que la mesa se tambaleara o girara en un sentido determinado, después de establecer un código de comunicación con un supuesto espíritu.

—¿Por qué? —inquirió atónito pues ese tipo de sesiones parlantes se organizaba cuando se quería desenmascarar un fraude.

—Pretendía ayudar a una madre engañada por sus dos hijas. —Se mantuvo callado esperando a que ella continuara—. Dos niñas de doce y catorce años, Sarah y Lucy, empezaron a recibir mensajes del más allá —calló un momento para tomar aire—, los típicos golpes y apariciones. Tenían a la madre aterrorizada, pero yo sabía que los simulaban. Las niñas utilizaban una manzana atada a un cordón, y con los nudillos de los dedos de los pies la movían para simular los golpes, y lo de las apariciones lo hacían con sombras de velas por toda la casa.

La mirada de él era de total incredulidad.

—Que tú estés presente en una sesión de espiritismo aunque sea falsa conlleva un serio peligro. Eres una puerta que enlaza el más allá de los muertos con el de los vivos.

Rachel hizo un gesto negativo.

—No fue una sesión de espiritismo real e ignoro el motivo, pero un espectro, uno muy fuerte, se pegó a mi lado.

—¿Dónde fue?

—En Boston.

—Continúa —la instó.

—Pude percibir sus ansias de destrucción —los ojos masculinos se entrecerraron.

—Estoy seguro de que lo que se te pegó no era un espectro —musitó pensativo.

—Entonces un desencarnado... —afirmó ella.

Matt la cortó sin brusquedad.

—Es un espíritu, y conoces la diferencia. —Rachel iba a abrir la boca,

pero él con un gesto le conminó a que siguiera callada—. Debía estar en la casa antes de que llegaran las niñas, y mediante algún objeto, entraron en contacto con él.

Rachel tragó saliva al escuchar sus palabras, y no le quedó más remedio que admitir su error: había tocado una joya.

—Entonces, si es un espíritu y no un desencarnado quién se me pegó a la espalda, no me dejará en paz —admitió de forma humilde y consciente del peligro—. Necesito de verdad que me ayudes —Matt cruzó los brazos al pecho y la miró con una intensidad que no se molestó en ocultar.

—¿Eres consciente del peligro que represento para ti? Porque en el pasado me lo repetiste hasta la saciedad —ella se mantuvo en un frío silencioso.

—Soy muy consciente de lo peligroso que eres —tenía la realidad del pasado para no olvidarlo—. Sin embargo, ahora te necesito.

—Me abandonaste, me rompiste el corazón, y dices que soy yo el peligro.

Rachel suspiró profundamente.

—Al margen del daño que te hice, y de lo peligrosa que es tu percepción para la mía, hay algo ahí afuera muy peligroso. Con tu ayuda podemos enviarlo al lugar que pertenece, y estoy dispuesta a hacer de cebo —las cejas de Matt se alzaron con muda sorpresa.

—El orgullo es un mal consejero Rachel —sus palabras la molestaron.

—Tienes mi palabra de que no te lastimaré de nuevo, pero ayúdame.

Matt se acercó tan rápido a ella que no le dio tiempo a una retirada prudente, pero ella no retrocedió. El hombre pudo oler lo que contenía la jeringa.

—¿Opio? Pensaba que sería otro relajante. Ahora entiendo por qué te sentías tan segura —Rachel había clavado sin querer la punta de la aguja de la jeringa en la piel del brazo, pero Matt se acercó un poco más sin mostrar ni un ápice de miedo o duda en sus ojos. Rachel era soberbia, inexperta, y tan decididamente terca.

La aguja penetró en la piel varios milímetros.

—Solo pretendo mantener parte de tu poder bajo control —Matt se bebió el aliento de ella—. Tus habilidades mentales son muy fuertes, y me debilitas.

El efecto narcótico del opio afectaba a la conciencia y a la visión de la realidad. Los alcaloides de la droga llegaban al cerebro ocupando los receptores de las endorfinas provocando un efecto generalizado de relax y sueño.

—No podrás mantenerme todo el tiempo drogado —le advirtió.

Ella carraspeó ante lo obvio.

—No es esa mi intención, pero no quiero ni deseo que controles mis sentimientos de forma indefinida —el hombre se retiró al fin lo suficiente para dejarle un mínimo de aire entre los dos cuerpos.

—Me parece increíble que me estés convenciendo... —Rachel se impacientaba—. Pretendes que te ayude pero sin permitirme que me acerque a ti, paradójico, ¿no crees?

—El opio solo aletargará tu percepción extrasensorial.

—Podría recomendarte un sacerdote para que trate de ayudarte si no deseas que esté cerca de ti.

Eso era impensable. Un sacerdote podía ayudar, pero ella no había tratado nunca con un espíritu como el de Fall River.

—Necesito tu ayuda —le recordó—, sin que manipules mis decisiones ni mis sentimientos.

Matt entendió que ella aludía de nuevo al pasado.

—Nunca te he manipulado —se defendió.

Rachel se mordió el labio inferior porque cada vez que él se le se acercaba, su corazón comenzaba una danza imposible de detener, pero el deseo de atrapar al espíritu se antepuso al deseo primitivo que le provocaba.

—Por favor, Matt, ayúdame.

El hombre entrecerró los ojos de forma especulativa.

—Está bien, lo haré.

Acto seguido le extendió el brazo para que le administrara la droga que

aletargarían su percepción extrasensorial.

CAPÍTULO 3

Un ruido la despertó del sueño intranquilo. La voz extraña penetraba en su cerebro con férrea voluntad, la llamaba en una constante letanía espectral. Se reincorporó en la cama, y se quedó mirando la habitación oscura. Un leve estremecimiento de miedo se apoderó de sus sentidos ante la falta de calidez en la alcoba. Husmeó el aire ausente de olores conocidos. Fue consciente del vaho helado que exhalaba su boca entreabierta con cada respiración que no terminaba de llegar a sus pulmones contraídos por el miedo. Comenzó a jadear inquieta, y completamente alerta. La voz atronadora soltó una risa grotesca. Se tapó con la sábana en un intento de esconderse del espanto que le producía los sonidos que llegaban entrecortados hasta sus oídos.

¡Su madre la necesitaba!

Bajó los pies desnudos al suelo y se alzó en su corta estatura quedándose momentáneamente quieta escuchando, recelando. El camisón arrugado comenzó a arremolinarse entre sus piernas con cada paso que daba para alcanzar la puerta. Cuando quedó a escasos centímetros, alargó la mano para asir el picaporte, pero la risa diabólica la detuvo. Le hizo retroceder un paso hacia atrás completamente acobardada.

Su corazón infantil comenzó a agitarse en el interior de su pecho de forma caótica.

Se miró los pies fríos antes de volver a dar un paso, la puerta representaba la única barrera entre su temor, y la necesidad de acudir en ayuda de su madre. La oía gemir y suplicar en un tono tan lastimoso que la sobrecogió.

Inspiró de nuevo y asió el picaporte que cedió a su presión.

El largo pasillo oscuro conservaba todavía el ambiente cálido de esa noche de Junio. Los rayos prístinos de la luna entraban a través de las rendijas entrecerradas de la persiana entornada, haciendo que las sombras de los muebles se contorsionasen como espectros seductores que se fundían en un abrazo eterno.

Una sombra de muerte pasó junto a ella rápida, silenciosa, y la envolvió en un resplandor sobrenatural que logró aterrorizarla. Ahogó un gemido de desasosiego a la misma vez que se resignaba mientras seguía avanzando en

peregrina decisión hacia la habitación de su madre. Los gemidos eran cada vez más audibles y perturbadores.

Cuando abrió la puerta con sigilo, lo que vio la dejó completamente paralizada, y gritó con un alarido de terror absoluto.

“¡Despierta!”.

Rachel manoteó el aire con fuerza intentado asirse a la realidad que se le escapaba. Abrió los ojos con fuerza, y se llevó las manos al pecho para contener un gemido.

“No ocurre nada, es la misma pesadilla”.

El mensaje consiguió calmar su desenfreno, y logró volver al presente con un suspiro de aflicción extrema.

Peter estaba reclinado sobre ella.

—¡Dios mío! —el largo suspiro logró aminorar los latidos desbocados de su corazón que seguía saltando en su pecho completamente atribulado.

“Es solo un mal sueño”.

Rachel estalló en lágrimas de desesperación e impotencia.

—No pude salvarla Peter, no pude hacer nada contra... —los sollozos entrecortados seguían sacudiéndola sin piedad.

“No tuviste la culpa, eras solo una niña”.

La mujer buscaba el consuelo de sus palabras, pero la amargura hizo presa de ella desbordándola. Saltó de la cama de un salto.

“¿Dónde vas?”.

No respondió. Encauzó sus pasos hacia la puerta, y enfiló el corredor con prisas hacia la planta baja.

“¡Detente!”.

Estaba sorda a la orden. Peter la hizo tropezar y Rachel cayó de rodillas.

—No podrás detenerme —murmuró.

Peter la hizo tropezar de nuevo, pero Rachel se levantó y consiguió

alcanzar los escalones. Los bajó con gran determinación. Peter comenzó una carrera detrás de ella intentando detenerla, pero Charles la esperaba en el último escalón. No era la primera vez que ella se sentía vapuleada por pesadillas que la mortificaban. Rachel trató de esquivarlo pero Charles era un fantasma fuerte. La lanzó al suelo sin que ella pudiera asirse a nada.

—¡Es por su culpa! —la pesadilla que había sufrido había sido por culpa de Matt. Su fuerza era demasiado fuerte y la debilitaba en sus defensas.

“Lo necesitas”.

Ella seguía ciega a todo lo que no fuese la aplastante necesidad de protección que sentía, y que le había arrebatado la pesadilla.

“¡Cálmate! ¡Aleja la ira o te encontrará!”.

Rachel se quedó inmóvil.

“Eso es, tranquilízate, ha sido otro mal sueño”.

Al fin había recuperado el control sobre sus emociones.

—Hoy no podía controlar el miedo —confesó aturdida—. Estoy aterrada.

“Ve a prepararte un té caliente, te reconfortará”.

Le sugirió Peter.

“Ya no recuerdo a qué sabe el té”.

Charles trataba de animarla.

Rachel se dejó acompañar hacia la improvisada cocina habilitada en una de las habitaciones más grandes. Con manos temblorosas se preparó la infusión reconfortante. Después, se abandonó en la silla completamente afligida, las pesadillas conseguían extenuarla por completo, hacía mucho tiempo que no le ocurría de nuevo, y que hubiesen regresado de pronto con tanta brutalidad, lograban desconcertarla.

«Es porque estoy cerca de él, bajo el mismo techo», ese pensamiento no le hizo sentirse mejor.

“Lo necesitas”.

Ambos fantasmas quedaron frente a ella.

“Él, ¿está dispuesto a cooperar”.

Quiso saber Charles que no se atrevía a mostrarse delante del parasicólogo.

Rachel asintió al mismo tiempo que se llevaba la taza a los labios. El dulce y caliente líquido suavizó su garganta reseca.

“¿Qué te ha pedido a cambio?”.

Rachel no respondió. Los miró de forma desolada porque mucho se temía que terminaría en la cama con Matt, y no podía admitirlo en voz alta.

CAPÍTULO 4

Habían pasado varias horas y Rachel decidió salir al exterior. La brisa movía las hojas de los árboles de forma acompasada. La sensación de paz la llenó por completo y la sobrecogió en el mismo momento que se asomó al mar desde el acantilado. La altura era muy considerable, pero deseaba sentir el viento fresco y suave en su rostro al margen del peligro que suponía la ausencia de protección. Contempló las aguas bravas que llegaba hasta los peñascos para golpearlas.

El mar volvía con encendido ímpetu pero sin lograr mover las rocas que se mantenían quietas a pesar de sus continuo oleaje.

Le gustaba el lugar por sus impresionantes acantilados escarpados e inaccesibles, también por sus calas escondidas. El aire fresco jugaba con algunas mechassueltas de pelo que no había logrado sujetar con las horquillas. Le azotaron el rostro, pero no le importó, no le molestaba el aire. Sabía que se debía a las corrientes marinas y a los vientos alisios. Recordaba esos datos desde el instituto, pero parecía que habían pasado años. Rachel había aprobado selectividad con la mejor nota de su clase. Según sus profesores, era una estudiante de primera, con un futuro prometedor, pero ella había abandonado los estudios en el segundo año de carrera. Cuando fue capaz de comprender y valorar su capacidad de conexión con Peter, supo que su destino no era seguir estudiando, sino ayudar a los muertos a cruzar el umbral.

Rachel siguió inmersa en sus pensamientos.

Pasó la mano por su brazo desnudo tratando de borrar la sensación de cansancio que comenzaba a menguar su ánimo. Llevaba años sufriendo la misma pesadilla de siempre. Los mismos miedos que la acompañaban desde la niñez. Por ese motivo odiaba a su padre con toda su alma, porque era el culpable de lo que le había sucedido a su madre. Odiar agotaba, y la sumergía en una vorágine de vacilaciones constantes, y gracias al odio que sentía, el espíritu la acosaba. Cuanto más odio, mas poder le daba sobre ella.

—Sabía donde encontrarte —Rachel no se volvió.

Siguió mirando la sabina milenaria inclinada por el viento: formaba un medio círculo entre el horizonte y la tierra.

—Me gusta contemplar este árbol —dijo ella. Matt siguió mirándole la espalda sin interrumpirla—, parece quebrado en su esencia, y sin embargo, sigue en pie observando el horizonte con una tenacidad que me subyuga. Es como si le plantara cara al mal tiempo y a los elementos.

La oyó suspirar mirando el horizonte. Las palabras de ella le recordaron una discusión del pasado.

—Lamenté tu pérdida, ya lo mencioné en su momento —se condolió.

Esa frase le resultaba demoledora aunque no lo demostró. En el principio de la relación entre ambos, Rachel se había mostrado introvertida. No compartía sus pensamientos con él, pero Matt fue debilitando sus defensas, y meses después de iniciar su vida juntos, terminó por contarle la gran tragedia de su vida: la pérdida de su madre por culpa de su padre. Recibió de Matt lo que le pareció indiferencia, pero ese no fue el motivo por el que tuvo que huir de él.

—Gracias —respondió con un tinte sombrío en la voz—. Necesitaba tus palabras de consuelo aunque lleguen diez años tarde.

Matt no había podido consolarla como ella esperaba, sobre todo cuando había tratado de que sus amigos fantasmas cruzaran al otro lado, y esa acción desató una verdadera guerra entre ambos.

—Este trabajo no es para ti, pequeña —el apelativo hizo que Rachel alzase la barbilla porque ese apelativo cariñoso le traía recuerdos de un pasado que quería enterrar.

—No te cansas de decirme esas palabras, ¿verdad? —le recriminó ella. Rachel se giró apenas un cuarto y quedó de perfil frente a él—. Y no me llames pequeña.

Matt no podía evitar saber sus pensamientos. Sentir sus miedos y sus frustraciones.

—Sabes que siempre cumplo mis promesas aunque vayan contra mis principios —esas palabras le hicieron mirarlo con atención y prudencia—. He prometido ayudarte, y lo haré.

Él le llevaba mucha ventaja en experiencia, en madurez, y en habilidad con los no vivos.

—A lo largo de estos años he podido aprender que los muertos ya no tienen principios como los vivos —Matt no tomó en cuenta las palabras pues sabía que estaba asustada.

Entendía mucho más de lo que ella se imaginaba.

—Somos almas, unas corpóreas otras no, que sufren los mismos miedos e inquietudes, estemos vivos o muertos —respondió él.

Rachel suspiró porque él nunca sabría el dolor que la traspasaba cada vez que recordaba a su madre, cada vez que lo recordaba a él. Matt había sido muy importante en su vida...

Cuando volvió a suspirar, ella misma se sorprendió de su ansiedad vehemente. Matt se acercó un poco más.

—Me gustaría que me vieras ahora como un amigo, y que no te pongas a la defensiva como en el pasado.

—Mi postura defensiva me protege de ti —confesó.

Matt apretó los labios al escucharla.

—Te recuerdo que siempre tratabas de herirme con tus palabras porque te enfurecía que no me sintiera aludido por ellas —Rachel cuadró los hombros con cautela a su comentario—. Pero es que yo no necesito usar ninguna máscara para vivir la vida porque he aceptado el lugar que me corresponde sin cuestionarme siempre el por qué. No escondo mi vulnerabilidad por temor a la almas atormentadas, como te sucede a ti —la mujer no pudo parar la réplica.

—Hablas de la Rachel del pasado —se defendió.

—Te conozco muy bien.

—Matt, ahora no me conoces en absoluto —él, se acercó un poco más a ella—. He cambiado mucho, y dudo que seas vulnerable como mencionas.

La trayectoria profesional de Matt era indiscutible. Lo reclamaban a diario en cualquier parte del planeta. Era el mejor parasicólogo, y él lo sabía aunque no presumía de ello, todo lo contrario.

—Todos somos vulnerables, salvo que algunos lo ocultan tras una falsa valentía —siguió él.

—Tengo un propósito en la vida, Matt, y abandonarte fue necesario.

Sí, eso se lo había dejado muy claro en el pasado.

—Abandonarme fue lo más cobarde que pudiste hacer —Matt la vio encogerse y lo lamentó. Trataba de encontrar un resquicio en la armadura que ella se había colocado. Rachel necesitaba más ayuda que muchos de los no vivos con los que contactaba. Ella hizo amago de irse—. No, no te vayas —le suplicó—. Podría calmar la angustia que sientes —la mujer ya comenzaba a negar con la cabeza de forma enérgica. Las palabras de Matt le producían en su interior un sufrimiento físico—. Siempre has tenido reservas de lo que soy, pero ahora somos aliados y tenemos un trabajo que realizar juntos —Rachel entrecerró los ojos con cierta debilidad—. Tenemos que cazar un espíritu, pero no uno cualquiera.

Matt la miraba de una forma que le provocaba escalofríos. ¿Por qué su cercanía le hacía revolotear mariposas en el estómago? Porque la miraba de una forma que le resultaba irresistible: como si fuese la única mujer en el mundo. Matt no había cambiado nada en todos esos años. Y Rachel tuvo que aceptar que se alegraba por ello.

—¿Confiarás en mí? —le preguntó con semblante serio.

Si no llevaba cuidado, su corazón podría sufrir mucho. Matt estaba consiguiendo que bajara la guardia.

—Sigues siendo el mismo hombre que dejé atrás —contestó—, y me pregunto cómo haré para no sufrir el tiempo que esté a tu lado.

Matt redujo los ojos a una línea. Él, era el último hombre en el mundo que le haría daño de forma consciente.

—¿De verdad piensas que no he cambiado? —le preguntó.

Ella deseó que no ahondara en el pasado.

—No sé qué me da más miedo, si que seas el mismo hombre que dejé atrás, o que seas alguien que ya no conozco —Matt alzó una ceja con burla.

—¿Qué prefieres tú? —le preguntó.

Rachel decidió parar en seco sus preguntas.

—Recuerdo cada día el miedo que me provocabas —lo acusó seria—. Tu

poder es inmenso, como el del hombre que odio con toda mi alma.

El brillo en los ojos de Matt se acentuó.

—Cuando te lo propones eres tan aguda como el filo de un cuchillo.

Rachel había pretendido contenerlo porque su fuerte personalidad estaba en claro detrimento de la suya propia, pero él no se dejó intimidar.

—Era la única forma de sobrevivir que encontré cuando vivía con él, y cuando estaba contigo.

Matt suspiró de nuevo. Le daría el espacio que ella le reclamaba.

—Nuestro vuelo sale dentro de dos horas —le recordó él.

Habían reservado un vuelo para Boston. Matt quería investigar la casa de Fall River donde ella había participado en una falsa sesión de espiritismo. Allí donde había tenido contacto con el espíritu.

El hombre comenzó a enfilear el sendero de piedra, no esperó a que ella lo siguiera porque pensó que lo haría. De pronto, Rachel percibió calor sobre su nuca y un peso sobre los hombros. No tenía que haber salido de la vivienda ni de la protección que representaba para ella. Sintió un escalofrío que le recorría la espina dorsal. Cuando sintió que le rozaban el brazo, lanzó un grito agudo. Matt se giró de golpe, y al ver el terror en la cara de ella, corrió a su encuentro, pero cuando llegó estaba sola.

—Por favor, no te separes de mí —le rogó abrazándose a él.

Matt era un muro de contención. A su lado ningún espíritu podría atormentarla. Los ojos de él eran pura preocupación.

—No lo he percibido, Rachel —el tono era de verdadero pánico porque Matt siempre percibía a los espíritus—. ¡No lo he percibido!

CAPÍTULO 5

Para colmo de males, Rachel sufría de aerofobia. Inhaló profundamente y exhaló muy despacio. Desde adolescente le tenía pánico a los aviones, y ese temor en ella se había vuelto atávico. Un miedo continuo y lacerante que no podía controlar aunque se armara de valor. Le suponía un suplicio estar encerrada en un habitáculo claustrofóbico, aunque fuera por un corto tiempo, y cuando el aparato se ponía en movimiento, la sensación de vacío espantoso que le revolvía el estómago, le duraba varios días. Había intentado vencer la fobia, pero era inútil.

Dentro de un avión se sentía irremediamente vulnerable, menos mal que se había tomado un par de sedantes.

Se abrochó el cinturón con un chasquido y desvió sus ojos hacia la pequeña ventanilla. El suelo gris de la pista del aeropuerto le parecía mucho más interesante que el bullicio que creaban los pasajeros acomodándose en la aeronave, lograban ponerla aún más inquieta. No sabía cómo tranquilizar sus nervios ante las horas de vuelo que tendría que soportar. Suspiró impaciente tratando de serenarse aunque estaba llena de contradicciones. Tenía que meditar mucho en la situación tan extraña que se había planteado con respecto a Matt. Cuando los motores rugieron al llegar al final de la pista de aterrizaje, cerró los ojos a las sensaciones y aferró con las manos los brazos del asiento. Su aprensión a volar la superaba, sin embargo, la distancia que la separaba de Boston resultaba demasiado grande como para optar por otra vía de viaje. Matt ocupó su asiento un segundo antes de que comenzara el despegue, Rachel se percató de que trataba de asir su mano, pero no se lo permitió.

Comenzaba a importarle demasiado su contacto.

Un cálido sopor se fue apoderando de ella. Cuando el corazón comenzó a latir a un ritmo normal, abrió los ojos, pero sin moverse de la postura rígida que había adoptado. Tenía la cabeza apoyada en el hombro de él que mantenía los ojos cerrados, parecía dormido. ¿Cuándo se habían relajado tanto? El vuelo desde Nueva York apenas duraba una hora y veinte minutos.

Rachel temía moverse pues podría despertarlo.

Se miró las manos entrelazadas y rígidas. Apenas podía mover los dedos

para asir el brazo del sillón. Al momento notó que él se sacudía con inquietud en un sueño agitado. Matt comenzó a murmurar palabras ininteligibles. Movía la cabeza de un lado hacia otro al mismo tiempo que apretaba los puños a sus costados. Rachel supo que estaba sufriendo una pesadilla, y se encontró con la circunstancia de no saber qué hacer a continuación. Había resultado toda una sorpresa comprobar que el padecía pesadillas como ella, y tras valorar las posibles consecuencias, se armó de valor y con su mano sujetó la mandíbula cuadrada para despertarlo con suavidad. La descarga la pilló por sorpresa a pesar de que la esperaba, le recorrió el brazo por entero hasta llegarle al corazón.

Matt, incluso dormido, tenía una fuerza psíquica poderosa.

—¡Despierta, Matt, tienes una pesadilla! —no se permitió volver a tocarlo.

Enrolló una revista y lo golpeó con suavidad en las costillas. El hombre abrió los ojos de golpe y se volvió hacia ella, que no pudo retroceder a tiempo. Se inclinó y se acercó tanto, que Rachel pudo percibir con absoluta claridad el fuego que emanaba de su cuerpo. Matt estaba tan tenso como las cuerdas de una guitarra. Cuando le puso sin querer la mano en su muslo, cientos de agujas comenzaron a torturarla sin compasión. Rachel ahogó un gemido estrangulado y le apartó la mano con cierra brusquedad aunque no fue intencionada.

La miró tan intensamente, que parecía que estaban ellos dos solos en el avión sin pasajeros, y suspendidos en emociones irrazonables. Rachel se asustó por el brillo que asomó a las pupilas de él, y que le mostraban en su profundidad dolor y olvido al mismo porcentaje.

Matt parpadeó recuperando la sonrisa, y de nuevo el control sobre sus emociones.

—Lo lamento. He tenido un sueño agitado —Rachel conocía demasiado bien esa sensación angustiosa—. No suelo dormir mientras vuelo.

Esa declaración sí la pilló por sorpresa, pero no tanto como conocer que sufría pesadillas como ella. Y las sufría desde que era una niña, y no podía deshacerse de ellas por más empeño que pusiera. Seguían torturándola.

—Tienes demasiado poder extrasensorial —le recordó ella—. Por favor, no vuelvas a tocarme porque me provocas un caos —aunque viviese durante

una eternidad, nunca podría olvidar la mirada suspicaz que le dedicó él cuando terminó de pronunciar las palabras.

La percepción extrasensorial de Matt le permitía adquirir información por medios muy diferentes a los sentidos. El hombre volvió la vista al frente sin responderle, y con una serenidad en el rostro que resultaba contagiosa.

¡Esa fuerza de control la admiraba!

—¿Sabes lo que es la soledad? —inquirió él. Rachel hizo como si no hubiera oído la pregunta—. ¿Alguna vez te ha removido hasta el punto de producirte un ahogo físico?

—No me asusta la soledad —respondió queda—. Es algo necesario en personas como nosotros.

Matt mostró apenas una sonrisa que no dejó entrever del todo. Sus pupilas se mantuvieron fijas en la distancia.

—Y no te asustó lanzarme al vacío de la soledad aunque yo no la quisiera, ¿verdad?

Otra vez le recordaba el pasado.

—Tenía que irme, Matt —respondió—. Por encima de lo que sentía por ti, por encima de lo que sentías tú.

—A raíz de tu marcha, y del dolor que me provocaste, fui consciente de que mi razón se volvía locura —Matt inspiró antes de continuar—. Cuando la desilusión se adueñó de mis actos, me convertí en un preso de los tuyos.

Rachel comenzó a tragar con cierta dificultad, cada palabra la implicaba a ella como la culpable de lo que había sufrido él.

—Nunca llegué a sospechar que te sentirías así.

—Me hiciste aborrecer la soledad —continuó él—. La falta de esperanza llegó a acongojarme hasta un punto desquiciante. A raíz de tu marcha miraba al cielo en busca de soluciones, pero solo encontré vacío. Entonces fue cuando comprendí que mi existencia perdía todo significado —Matt calló durante un momento—. ¿Conoces lo que es el olvido, Rachel? —le preguntó, ella apretó los labios, pero no le respondió—. Aprendí a vivir sumido en tu olvido, cuando fui consciente de que no me amabas lo suficiente para quedarte conmigo a pesar del miedo que dices que te provocaba —Rachel se pegó al

lateral de su asiento, sin dejar de escucharlo. Las palabras de Matt le provocaban sentimientos contradictorios—. Pero eres impermeable a esa necesidad, ¿verdad? Siempre lo has sido —ella seguía en un silencio oneroso.

Rachel sentía ganas de llorar.

—Necesito ir al baño —un brillo de lo más extraño se paseó por los ojos de Matt que asintió con la cabeza.

—¡Cobarde! —le susurró él—. La misma cobarde del pasado.

Rachel necesitaba poner distancia entre ambos de forma inmediata.

Su confesión había removido un sentimiento en su interior que creía enterrado para siempre, pero, ¡maldita fuera que no! Durante muchos años la ausencia de su madre asesinada había minado su confianza. Él, ni podía imaginarse lo que había visto y sentido de niña. Tampoco, el motivo por el que odiaba a su padre, ni la razón de por qué lo había abandonado, y Matt con sus palabras venía a recordárselo de forma fulminante. Se mojó la cara en el pequeño lavabo antes de volver junto al él.

El resto del viaje iba a resultar muy incómodo porque sus remordimientos eran muy largos.

Cuando enfiló el pasillo de la primera clase, se paró con un terrible disgusto en sus ojos castaños, una de las azafatas tenía su mano izquierda apoyada en el antebrazo de Matt mientras lo miraba con el rostro arrobado. Las mejillas de la mujer estaban encarnadas, y el brillo de sus ojos había aumentado hasta el límite de parecer a punto de sufrir una lipotimia. Era tan atractivo que las mujeres podían desmayarse a su lado. Caminó los pasos que la separaban de su asiento más rápido de lo normal, y con su cadera separó la mano de la azafata del brazo de Matt.

La mujer parpadeó coqueta varias veces.

—Disculpe, ¿qué me había pedido? —preguntó la azafata.

Matt dirigió su mirada hacia Rachel con humor en sus pupilas.

—Una botella de agua con gas —le recordó.

La azafata le permitió que tomara asiento en el pasillo pues él se había pasado un asiento hacia la ventanilla.

—¿Y usted...? —Rachel no se lo pensó.

—Si pudiera elegir, una botella de cloroformo —Matt alzó sus cejas en un interrogante tras oír la petición de ella.

—Rara elección —dijo él.

Rachel le mostró una sonrisa ausente de humor.

—Tengo que estar el resto de vuelo sentada a tu lado... —no terminó la frase, la dejó suspendida en el aire tras soltar un suspiro.

Para ella sería una tortura su cercanía.

—No tengas miedo —¡por supuesto que tenía miedo!—. Puedo protegerte.

—Me has dado tu palabra de que no me provocarás un caos —Matt chasqueó la lengua con pesar y ella continuó con acritud—. Confío que te portarás bien... —él le mostró un gesto tierno que hizo que el estómago de ella saltase con un júbilo difícil de ignorar.

—No tengo la culpa de que las mujeres me encuentren interesante —le respondió con humor—. Ni que parezcas celosa.

La llegada de la azafata no le permitió ofrecerle una respuesta. Tiempo después, Rachel se giró y lo miró, Matt tenía los ojos cerrados. El ritmo de su respiración era acompasado, pero no la miraba a ella sino a un punto indeterminado de la nave.

—Te dejé, es cierto, pero te amaba con toda mi alma —susurró apenas con un hilo de voz—, y no, no estoy celosa...

Giró el rostro hacia la ventanilla, y se dedicó a mirar las nubes que cruzaban.

CAPÍTULO 6

El Logan International Airport se encontraba completamente saturado de viajeros que esperaban su turno para embarcar hacia sus diferentes destinos. Tardaron casi dos horas en poder tramitar el alquiler de un vehículo, y recoger el poco equipaje que habían facturado. Salieron de la terminal E con rumbo a North End: el barrio residencial más antiguo de Boston. Matt se movía con total facilidad conduciendo el pequeño vehículo por los cinturones de entrada y salida al aeropuerto. Rachel admiró la ciudad y sus contrastes, sus románticas calles con casas de ladrillos rojos, sus grandes avenidas arboladas y sus edificios históricos.

—¿Deseas que hagamos un alto en el camino para tomar un café en un área de servicio? —Rachel negó con la cabeza al mismo tiempo que volvía la vista de la ventanilla para fijarla en el anguloso rostro.

—Deseo llegar cuanto antes.

—La distancia no es muy larga —le informó—. Llegaremos en unos cuarenta y cinco minutos —miró de forma especulativa su rostro concentrado mientras conducía.

Su seguridad, su aplomo, y ese atractivo arrebatador anulaban sus esfuerzos de mostrarse indiferente a la atracción que ejercía sobre ella.

—Parece que conoces bien la ciudad —le dijo pensativa.

—He vivido aquí durante un tiempo —Rachel se preguntó en qué momento. Después de la separación de ambos, él había decidido vivir en Boston—. ¿Sigues viviendo en Albany? —le preguntó él.

Ella asintió.

—¿Sigues manteniendo la casa de Nueva York? —quiso saber ella.

—Sí, y todo en su interior me sigue recordando a ti.

Rachel se mantuvo en silencio tras escucharlo, y Matt se dio cuenta que la había molestado. Trató de variar el rumbo de la conversación.

—¿Sabías que los primeros pobladores europeos bautizaron a esta área con el nombre de Tramontana? Luego fue rebautizada en homenaje al pueblo

inglés de Boston en Lincolnshire del cual muchos peregrinos eran originarios... —ella lo interrumpió.

—De aquí solo me interesa una cosa, que contactes con el espíritu, y lo envíes al lugar donde pertenece.

—Me emociona tanta confianza en mis habilidades —por primera vez mostró una sonrisa auténtica que hizo que el corazón de Matt saltase en su pecho con una alegría inusitada. Le devolvió la sonrisa y Rachel torció los labios con remordimientos.

¡Si no fuera parasicólogo! ¡Si no tuviera tanto miedo!

—¿Dónde está el hotel?

—Mi casa querrás decir —no se sorprendió por su respuesta—. Cerca del Boston Public Gardens, en la calle Arlington.

—¿Cuántas casas posees? —le preguntó con curiosidad pero sin mirarlo. Ella sabía que poseía un apartamento en Nueva York porque había sido el nido de amor de los dos.

Matt amplió la sonrisa que no había abandonaba su rostro desde que se había reencontrado con la médium más hermosa y esquiva de todas.

—Las compro y las vendo según las necesidades que van surgiendo —su respuesta no le había aclarado nada—. Reclaman mis habilidades en todo el mundo —no era una presunción sino un hecho.

Matt hizo un gesto con la boca, y que hizo que el pecho de Rachel sufriese un espasmo de emoción porque le recordó un momento vivido en el pasado.

—Presumo que te has hecho un hombre rico a costa de los muertos —Matt no la contradijo.

—Cazar fantasmas es una buena profesión.

La miró durante un segundo con una sonrisa tierna que le resultó desquiciante.

—No me gusta que me sonrías constantemente, logras incomodarme —él volvió a mostrarle sus blancos y parejos dientes en otra sonrisa más amplia.

—Lo que realmente deseas decir es que mi atractivo logra ponerte nerviosa, y no sabes a qué atenerte —Rachel no lo admitiría ni en cien años, ni

aunque estuviese suspendida en el vacío y cogida solamente por los cabellos.

—Lo que realmente quiero decir es que me desagrada que estés tan seguro de todo. Puedes llegar a ser detestable —el hombre negó con la cabeza.

Matt sabía que ella detestaba que fuera parasicólogo como su padre, pero Matt y Dominic no tenían nada en común salvo la profesión.

—Alguna vez tendrás que admitirlo —ella tensó la espalda inquieta, y le respondió de inmediato.

—Admito que me provocas un rechazo difícil de disimular —Matt frenó en seco el utilitario justo en el arcén a un lado de la carretera vacía de vehículos. Rachel apretó los labios porque no entendía el motivo de la parada brusca, hasta que vio sus ojos encendidos que seguían mirándola con el deseo rebosando por el zafiro de su iris.

—Esa es una provocación que no puedo obviar, y ahora mismo voy a demostrarte el rechazo que te produzco —no fue lo suficientemente rápida o previsoramente.

Las manos de Matt sujetaron sus hombros que comenzaron a temblar.

Cuando el aliento de él comenzó a resbalar por su barbilla, Rachel supo que algo iba a cambiar en ese preciso momento, y no pudo ni quiso detenerlo. El contacto de sus manos era pura delicia. Cientos de escalofríos comenzaron a recorrer su piel desde los dedos de los pies hasta la punta de sus orejas. Tragó saliva cuando sintió la dureza de sus dedos apretar la tierna carne de sus brazos, la ansiedad que la sobrecogió la dejó paralizada.

¡Por todos los fantasmas!

¿Cómo podía hacer que lo deseara solamente con su contacto? Suspiró cuando los labios de él se posaron en los suyos, un suave roce hizo que perdiera el contacto con la realidad. No podía controlar su voluntad, y en ese preciso momento no le importó su pasado, su futuro, nada. Lo único realmente trascendental era que Matt estaba consiguiendo una grieta en su coraza, lograba con su contacto que se sintiera la mujer más hermosa y deseable del mundo. Le despertaba sensaciones que ella no tenía modo de sujetar. Matt trató de profundizar el beso para borrar la amargura que habitaba en el interior femenino, pero Rachel reaccionó a tiempo. Con manos temblorosas lo empujó y se separó de él, cuando al fin recobró el control y logró enfocar la vista, los

ojos de él prometían... una eternidad en el más deseable de todos los paraísos existentes.

—Has roto tu promesa —la precaución la cubría de nuevo.

La mujer volvía a poner distancia, pero él aún se estremecía bajo la intensidad de las emociones que ella le despertaba. Lo afectaba a unos niveles que alcanzaban lo irrazonable. Ninguna mujer lo había perturbado así, con ella podía permitirse el consuelo que le pedía su alma.

—Entonces la próxima vez medirás tus palabras cuando presumas del rechazo que te produzco —Matt enfrió sus ojos hasta el punto de la displicencia porque se le había pasado el enfado—. Parece que te complace provocarme para comprobar mi resistencia.

Rachel tragó con dificultad pero pudo mirarlo sin pestañear.

—No pretendía herirte, lo dije sin pensar —confesó sincera.

—Lo sé, esa cualidad en ti no ha cambiado con los años.

—Conozco tu poder de persuasión —le dijo ella—, puedes anular mi voluntad si lo deseas, y eso es jugar con ventaja.

—Eras consciente del efecto que podías provocarme cuando contactaste conmigo.

—Por eso te pido que no mantengas contacto físico —casi rogó.

Matt arrancó el motor de nuevo, y con un fuerte acelerón volvió a incorporarse a la carretera.

—Algún día lo admitirás —ella se encogió levemente en el coche.

Estaba mucho más afectada por el beso de lo que podía admitir.

—Soy arcilla en tus manos, Matt, no seas muy duro conmigo.

El silencio que siguió al resto del trayecto resultó muy significativo.

Rachel no sabía cómo encauzar los sentimientos contradictorios que le habían provocado los labios de él porque había logrado que se sintiera como en el pasado, pero su parte racional seguía odiando todo lo que representaba él porque le recordaba lo que había sufrido de niña por culpa de su progenitor.

Rachel odiaba a su padre con toda su alma.

El asalto brutal a sus sentidos con el suave beso la había noqueado por completo, se sentía físicamente aturdida y emocionalmente devastada. Los próximos días podían resultar muy difíciles si Matt seguía en su empeño de recordarle lo que sintió por él en el pasado, afortunadamente ignoraba lo que sentía por él en el presente.

Ella no había huido porque no lo amara, sino por miedo: un terrible miedo que la acosaba de día y de noche.

CAPÍTULO 7

La agradable y cálida casa de Matt la sumió en una sorpresa inesperada porque no se parecía en nada al apartamento que habían compartido ambos en Nueva York.

—¡Es muy acogedora! —la exclamación le hizo volver los ojos hacia ella.

Ver algo diferente en la tormentosa mirada de Rachel resultaba esperanzador.

—Gracias.

—Y muy grande —su menuda figura seguía parada frente a la casa una vez que hubo bajado del coche.

Matt se encargaba de los bolsos de viaje.

—Las construcciones del estilo de Boston se caracterizan precisamente por tener grandes volúmenes, así como los techos de pizarra asfáltica a dos aguas y dormers —ella alzó una ceja curiosa porque no sabía lo que eran—. Son una especie de balcones que salen desde el techo. Como en Boston los veranos son más frescos, los diseños originales no tienen galerías, salvo excepciones.

Una vez que Matt sacó la llave de la puerta, permitió que ella le precediera hacia el interior. Cuando conectó la llave de la luz, Rachel creyó que había entrado en otra dimensión. Los suelos de mármol y las paredes de piedra la sumergieron en otra época.

—No hace juego contigo —le dijo.

Matt ladeó la cabeza al mismo tiempo que depositaba los dos bolsos en el primer peldaño de la escalera adosada a la parte derecha del vestíbulo.

—¿Demasiado clásica? —ella negó.

—Demasiado predecible —la respuesta lo desconcertó. Observó el amplio vestíbulo intentando ver su hogar con los ojos de ella—. En realidad es perfecta.

—Tengo personal contratado que la mantienen en excelentes condiciones cuando no estoy aquí para disfrutarla —la mujer se desplazó con lentitud hacia

uno de los dos salones que se integraban con perfecta armonía a la casa. Percibía con claridad lo feliz que había sido él entre esas cuatro paredes—. Ven, te mostraré tu dormitorio —Rachel cabeceó al mismo tiempo que lo seguía.

Cuando enfilaron el corredor principal, Matt detuvo sus pasos y le abrió una puerta.

—Confío que el tuyo esté lo bastante lejos —él se acercó hasta quedar a un centímetro del cuerpo femenino que se tensó involuntariamente esperando, con un anhelo reprimido que no podía ocultar.

Matt, de forma suave, le colocó un rizo que se le había soltado del moño, y lo colocó detrás de la oreja que estaba ausente de pendiente. Ella se estremeció a causa del escalofrío que le produjo ese leve contacto. Sus ojos se oscurecieron, pero con un gesto echó la cabeza hacia atrás a la vez que le increpaba con palabras duras.

—Puedes lograr que mi cuerpo te responda, cuentas con esa ventaja, pero sigo teniendo el control sobre mis emociones, y estas no quieren nada contigo. Por favor, contrólate, o te controlaré yo con litros de opio. —Matt, en esta ocasión, no sonrió, y Rachel fue plenamente consciente de que lo había ofendido con su desconfianza habitual.

Cuando Matt se volvió para dejarla sola, a Rachel le costó una eternidad no rogarle que la perdonara. Usó todo su control para contener las ganas de lanzarse a sus brazos. Cuando la puerta se cerró tras él, bajó los ojos al suelo completamente atribulada.

Se sentía agotada hasta tal punto que creía que no podría soportarlo más. La larga agonía de su aislamiento voluntario hizo que le temblasen tanto las piernas, que tuvo que sostenerse en el pequeño tocador para no caer al suelo desvanecida.

«¿Por qué deseo alejarlo? —se preguntó de nuevo—, porque es como mi padre». Se respondió firme.

Cada fibra de su ser comenzó a estremecerse como si hubiese estado en contacto con el hielo. Matt le había dejado al descubierto un sentimiento a parte del miedo, y que había estado escondido durante mucho tiempo: inseguridad.

Lo había conocido en la universidad, y la atracción fue inmediata.

Los ojos se le llenaron de lágrimas, y los hombros comenzaron a temblarle. Solo ella tenía la culpa por buscarlo, porque al hacerlo había reavivado el lazo emotivo que los mantenía unidos a pesar de su recelo. Dio rienda suelta a su amargura, y se abrazó las rodillas con una congoja extrema. No solo se sentía terriblemente afectada por un parasicólogo, sino que ansiaba regresar a lo que tuvieron en el pasado. ¿Algo tenía sentido?

Podía escuchar su dolor y su desconfianza. Su llanto penetraba en su alma produciéndole un anhelo vehemente por protegerla encerrándola en sus brazos para siempre. Y se sentía incapaz de comprender el deseo de ella de mantenerlo alejado.

“No le hagas daño”.

Matt abrió los ojos en el mismo momento que percibió el espíritu de Peter.

—Nunca lo haría —contestó sincero.

Inspiró profundamente para recuperar los latidos desbocados. Se miró las manos que temblaban sin control por el deseo que sentían de acariciarla.

“Ha sufrido mucho”.

—Soy consciente de ello —contestó en voz baja—. ¿Por qué no has cruzado el umbral? —le preguntó al espectro—. Y no me digas que es por Rachel.

Pero no recibió respuesta salvo silencio, y así estuvo durante un momento largo. Tiempo después percibió la presencia de ella tras su espalda, se volvió dibujando en sus labios la misma sonrisa que le ofrecía en cada momento. Rachel se había convertido en su lucha particular. Los diez años separado de ella le parecían una eternidad. Le había herido su abandono, pero más su desconfianza. Ella estaba parada justo en la doble puerta que unía el salón con el confortable comedor, sin atreverse a dar el paso decisivo de entrar donde estaba él esperándola para la cena.

—Quiero ofrecerte una disculpa pues mi comportamiento contigo es imperdonable —le dijo. Matt dio un paso hacia ella, pero Rachel levantó una mano para detenerlo con una súplica en sus ojos castaños que lo enterneció, se veía solitaria e inaccesible—. Soy consciente del peligro que representas para mí, y de que no podré negarme sexualmente si es eso lo que pretendes como

pago por ayudarme —él, se mantuvo quieto sin apartar la vista del rostro de la mujer que mostraba de forma clara las huellas del llanto—. Te confieso que no me gustaría negarme porque el sexo contigo siempre fue espectacular, pero debo hacerlo porque si me entrego a ti, no podré marcharme de nuevo.

Matt no agradeció su confesión porque Rachel se mantenía, a pesar de ellas, tan lejos de él como la luna del sol.

—Gracias por tu sinceridad.

—Tendré que dejarte de nuevo Matt, cuando todo esto acabe, por eso te pido que no me lo pongas más difícil.

El hombre la miró larga y profundamente.

—Y lo harás para no romperme el corazón —aceptó él. Ella le hizo un gesto afirmativo—. Pero ya lo hiciste.

Rachel no quería continuar con ese tema de conversación.

—Conozco que te has hecho un experto en telepatía —Matt lo confirmó con sus palabras.

—Es cierto, mi sentido de la telepatía está más desarrollado —Rachel hizo una aceptación con la cabeza—. Mi percepción extrasensorial me permite conocer lo que sientes aunque no lo expreses —calló un momento—, pero te recuerdo que tú percibes cosas parecidas cuando contactas con un fantasma.

Pero ella no tenía esa percepción para los vivos como lo tenía Matt.

—Siempre he creído que las magnitudes de energía que el cerebro humano es capaz de producir, resultaban insuficientes para permitir la transmisión de información... —Rachel hizo una pausa pensativa antes de continuar—, hasta que supe de la existencia de los fantasmas.

—Hay individuos que han catalizado esa percepción psíquica, y han trabajado en ella hasta el punto de controlarla —le informó él.

La silueta masculina avanzó un paso más.

—Como tú —respondió ella.

Matt se mantuvo en silencio observándola. Parecía que trataba de indagar en su interior.

—Como yo —admitió al fin.

—Necesito una promesa —siguió Rachel. Los labios de él seguían cerrados—. No volverás a penetrar en mis pensamientos —Matt se mantuvo en un silencio largo que a ella le resultó incómodo—. Y el beso del coche no puede volver a repetirse.

Las manos de Rachel comenzaron a retorcerse junto a su regazo mostrando el nerviosismo que la embargaba esperando una respuesta. Cuando habló por fin estaba a un solo paso de ella.

—No puedo evitar escucharte en silencio, llámalo maldición o bendición, pero tienes mi palabra de que nunca he manipulado tus pensamientos —ella se debatía en la duda de creerle o no—. Me he limitado a conocer a la Rachel de ahora, que no es tan diferente a la del pasado.

Ella creía que sí era muy diferente.

—Me resulta difícil aceptar tu palabra porque me haces desearte. Me siento terriblemente vulnerable —Matt se metió las manos en los bolsillos en un intento de no abrazarla.

La demostración que había pretendido darle en el coche se había vuelto en su contra.

—¿Tú, vulnerable? —se burló.

A Rachel comenzaba a importarle demasiado su contacto.

—Indefensa entonces —corrigió ella.

—Existe una atracción muy real entre los dos, aunque te empeñes en ignorarla —ella trató de negar de forma vehemente esa afirmación—. Percibo tu soledad, visiono tus recuerdos, y mi deseo te reclama con el conocimiento de que sientes lo mismo que yo —la médium inspiró tan profundamente que perdió la voz por un momento.

—Soy incapaz de darte lo que buscas... —Matt la interrumpió.

—¿Y qué busco, Rachel?

—Compromiso... —ella no necesitó decir nada más.

Entre los dos se suscitó un silencio largo, que minutos después interrumpió él con voz muy seria.

—Me conoces muy bien, Rachel —contestó seco—. Mucho mejor que yo

mismo —ella trató de responderle, pero Matt le extendió la mano con una invitación—. Ven, sigamos hablando mientras alimentamos nuestro cuerpo. La cena se preparó hace tiempo —tras dudar durante un instante, finalmente lo siguió.

—¿Cómo eliges a los fantasmas que cazas? —Matt sonrió el comentario de ella.

La dirigió hacia el comedor.

CAPÍTULO 8

Rachel miró con atención la mesa que estaba vestida con un mantel de hilo blanco y bordado con flores de lis en color plata. La comida estaba servida y adornada en una vajilla cara. Lo sabía porque su madre había tenido una muy parecida. ¿Quién había preparado la cena? Se preguntó.

Cuando Matt le ofreció una copa de champán de una botella Bollinger del 61, alzó los ojos curiosa, un segundo después con escéptica.

—Creo que he logrado sorprenderte —le dijo él.

Rachel dudó en aceptar la copa de cristal de Baccarat llena del champán dorado que chispeaba juguetón.

—Hace tanto tiempo que no bebo.

—Se bebe socialmente, y hace mucho que tú te mantienes aislada.

La mujer la aceptó al fin.

—¿Sabes a qué me recuerda todo esto? Por un momento he creído que estaba a punto de cenar con el agente secreto James Bond —Matt le soltó una mirada que la perturbó.

La tensión sexual entre ellos había disminuido hasta un nivel tolerable, y ella no dudaba de que era obra de él.

—Podría decirte que he cambiado las camisas Turnball and Asser, por las Briori, y el Dom Perignon del 53 por el Bollinger del 61, pero lo creo innecesario —Rachel se relajó y se permitió un respiro.

En el pasado, los dos habían disfrutado de las películas del famoso Bond.

—Pero no conduces un Aston Martin ni fumas habanos cubanos, gracias a Dios —Matt contuvo su ánimo al verla tan cómoda en su presencia. El puño de hierro que había comenzado a estrujar su corazón, había aminorado un poco la fuerza—. El último agente secreto británico es mucho más atractivo.

—Créeme, es una copia mala de mí, y además no caza fantasmas —Rachel tomó uno de los dos asientos que presidían la cabecera de la mesa, Matt se situó justo en frente de ella, y dejó con suma elegancia la copa encima del mantel para rendirle los honores de servirle el bocado más exquisito de cada

plato.

Ella se dedicó a observarlo mientras cenaban.

—Es asombroso como ha pasado el tiempo para nosotros —dijo al mismo tiempo que lo observaba, como el hombre que fue en el pasado, y no como el caza fantasmas que era en la actualidad.

En ese momento la apariencia de Matt era impecable: el cabello peinado hacia atrás, y sus modales exquisitos, lograban que no pudiera apartar la vista sobre él, además, era un perfecto caballero de conversación fluida, atento, y lograba con cada mirada penetrante, que una mujer se sintiera la más especial de todas.

Desde la universidad tenía esa capacidad de seducción. Y cuando daba caza a los fantasmas, se convertía en el perfecto macho alfa dominante. Su cuidada barba y su cabello largo lo hacían parecer un hombre tan peligroso como libre, cualidades que enamoraban por completo.

—Tú, por el contrario, pareces más joven —Rachel no se molestó pues era cierto que su rostro seguía siendo el de una muchacha que apenas comienza a vivir, pero su alma era todo lo contrario, la sentía vieja.

Ella pensó que en el presente, Matt debía dedicar varias horas al día a duros entrenamientos para tener esos músculos tan bien definidos, porque en el pasado no había perdido el tiempo en el gimnasio.

Había dedicado todo su esfuerzo físico en hacerle el amor a cada momento.

—No pierdo el tiempo en gimnasios —ella, sonrió al escucharlo—. Y me gusta que tus pensamientos estén ahora centrados en mí.

Matt se adelantaba a sus pensamientos.

—Eres un hombre afortunado porque cuentas con una buena genética.

—Como mi padre antes que yo, y mi abuelo antes que mi padre —respondió él.

Rachel pensó que Matt podría ser el compañero perfecto... para otra mujer que no tuviera su capacidad psíquica. Su fuerza innata producía un sentido de protección que anhelaría cualquier otra, pero era un parasicólogo como su padre, y ella no podía olvidar lo que su padre había provocado.

Fijó los ojos en la cena acabada. Todo había sido tan delicioso que ya no se acordaba de lo estimulante que podía ser una cena en compañía de un amigo o un colega compartiendo vivencias. Inspiró de nuevo y movió las últimas burbujas del champán con ojos de oscura melancolía, y en un debate continuo de lealtades.

—Mi fortuna por uno de tus suspiros —bromeó él.

Rachel alzó los ojos sin poder sonreír la broma. Él, conocía sus pensamientos mejor que ella. Sus razonamientos era un crescendo que iba a terminar por ahogarla.

—¿Alguna vez te has equivocado? —le preguntó muy seria. Matt negó en silencio la pregunta hecha en un susurro. La mujer bajó los ojos completamente abrumada por el sentimiento de culpa. Esa pregunta se la hacía de continuo cada vez mantenía contacto con un fantasma—. Me convengo de que el fin justifica los medios, pero me angustia pensar que puedo equivocarme al tratar de ayudarlos.

Matt se puso trascendental pues la situación lo requería.

—Puedo asegurarte que nunca te has equivocado al ayudarlos —Rachel lo miró perpleja y con la esperanza asomando por sus pupilas—. Eres una excelente médium, pero eso ya lo sabes.

Sus palabras había aligerado el peso de su alma.

—¿Qué sientes cuando contactas con un espectro? —quiso saber ella.

Matt pensó muy bien en la respuesta que podría ofrecerle. Quería ir con pies de plomo para no avivar de nuevo su desconfianza, ahora que parecía que existía una cierta cordialidad entre los dos.

—Como ya sabes por mi historial, mis contactos habituales son con espectros que manifiestan un sadismo incontrolado y violento. —Rachel volvió a quedarse callada asimilando la información que le ofrecía—. Pero muchos otros —continuó él en un tono de voz más bajo—, aceptan su muerte con naturalidad, y no oponen resistencia en cruzar al otro lado.

Rachel se quedó pensativa unos instantes.

—Desde que el mundo es mundo, se ha especulado mucho con respecto a los fantasmas al margen de las pruebas realizadas por diversos parasicólogos.

Apuntó pensativa.

—La ciencia moderna es la primera que descarta la posibilidad de que sean reales —contestó él.

—Y sin embargo, esa misma ciencia no encuentran explicación plausible para los cientos de experiencias reveladoras de gente sencilla, y que no tienen desarrollado ningún poder extrasensorial.

—Te recuerdo que los antiguos Chamanes u Oráculos basaban su trabajo en el supuesto uso de poderes sobrenaturales para obtener conocimiento como son la Precognición o la Clarividencia.

—Lo sé —contestó casi en un susurro.

—Ancestralmente, siempre se ha relacionado el uso de estos poderes con alguna deidad o poder diabólico, y no fue sino hasta el siglo diecinueve cuando se intentó profundizar y darle una explicación científica o más esotérica —le explicó.

—Algunas veces me gustaría pensar como los científicos —era un pensamiento dicho en voz alta.

Matt la miró asombrado.

—¿De verdad te gustaría formar parte de ese nutrido grupo de escépticos que no acepta los resultados al no poder reproducirlos?

—Sabes como yo que se han manipulado muchos hechos en el pasado.

—Estás pensando en el caso del propio Joseph Banks Rhine —Rachel asintió—. La veracidad de sus experimentos se vio cuestionado por su propia esposa, que fue copartícipe en los experimentos.

—Leí el libro donde se declaraba testigo de la manipulación de los datos para falsear los resultados obtenidos —matizó ella.

—¿Crees realmente que manipuló los datos para perjudicar a su esposo?

Rachel bajó la cabeza ante la pregunta.

—Soy médium, y conocí de la forma más dura la existencia de lo sobrenatural, pero también soy consciente de los charlatanes que buscan dinero de ingenuos.

—Lo siento —se disculpó él porque recordó el fallecimiento de la madre

durante los experimentos de Dominic Day, su padre.

—¿Por qué Dios permitiría algo así? —Rachel seguía pensativa—. Almas errantes que ignoran cómo cruzar al otro lado.

—La naturaleza es sabia, y por eso algunos humanos desarrollamos poderes extrasensoriales para comunicarnos con ellos.

—Siempre me hago la misma pregunta, ¿nos buscan ellos? Me aterra encontrarme con mi madre, que trate de buscarme —reveló al fin—. No lo soportaría.

—¿Por qué?

Pero Rachel no le contestó, se mantuvo en silencio con una mirada de auténtica desdicha.

—A veces me pregunto dónde estará Dios, y el sentido común me dicta que debe estar tomándose una cerveza con el Diablo, y apostando en un juego macabro las almas que cada uno se llevará.

—El demonio es la excusa perfecta para que los humanos justifiquen los errores que cometen —Rachel lo miró atónita por su aseveración, pero algo en la forma de mirarla, le hizo comprender que hablaba muy en serio.

—Me resulta inconcebible la existencia de Dios sin estar unida a la del Diablo.

Aceptó ella.

—La mayoría de humanos no están capacitados para comprender algunas verdades sobrenaturales.

—Pues entonces Dios subestima la capacidad humana de reacción ante lo sorprendente, ¿no crees? —Matt mostró una sonrisa con auténtico humor tras escucharla—. ¿Qué te parece tan gracioso?

Se bebió el brillo de los ojos de ella con un suspiro que dejó incompleto. Estaba muy hermosa sentada frente a él, y Matt se debatía entre la gran necesidad que sentía de abalanzarse sobre ella y abrazarla, y seguir ganándose su confianza.

—Cuando estés preparada, posiblemente lo entenderás —la respuesta la dejó más perpleja todavía.

—¿Y quién te dice que no lo estoy? —Matt ya le había dicho demasiado.

Mantuvo silencio con respecto a su última pregunta. Entrecerró los ojos para que ella no advirtiera lo mucho que ansiaba besarla. En ese momento a Matt no le importó el pasado, ni que ella lo hubiera dejado con la explicación más absurda de todas.

—¿Qué se siente al ser un clarividente? —se interesó ella.

Matt desvió la vista del mantel para fijarla en las pupilas de Rachel al mismo tiempo que cruzaba de forma descuidada una pierna sobre la otra, como tomándose su tiempo antes de responder.

—Prefiero la palabra adivinación —la mujer asintió y lo miró con ojos especulativos—. Ya sabes que está presente en todas las sociedades y culturas sin excepción alguna, desde el neolítico hasta nuestros días, incluso a pesar del triunfo del empirismo científico como única visión cosmológica dominante.

—¿No sientes que vives entre dos mundos sin pertenecer en realidad a ninguno? —Matt no respondió de inmediato. Siguió bebiendo de su copa con naturalidad—. ¿Cómo controlas la fuerza?

«¡Cuéntamelo!».

Ella alzó la frente al oír su nombre en los labios masculinos. El sonido había pasado junto a su oído como un susurro aterciopelado, pero se dio cuenta de que él no había abierto la boca para decir nada.

—No puedes evitarlo, ¿verdad? —le preguntó, y Matt negó con la cabeza varias veces antes de volver a llenarle el vaso de agua.

Volvió a sonreírle, y hasta ella llegó su voz callada flotando en una nube de perfume lleno de esencias que le hizo evocar el olor del césped recién cortado en una tarde de verano. El olor de la tierra mojada en el bosque, y el pan caliente que preparaba su madre antes de ser asesinada...

Sus ojos se oscurecieron con una amargura difícil de ocultar.

«Soy fuerte, estoy capacitado para sobrellevar tu carga. Permíteme que lo haga».

La espalda de Rachel se tensó como si fuese la cuerda de una guitarra, en el mismo instante que la voz de él penetró en su mente sin que la hubieran

pronunciado sus labios. Durante la cena había olvidado quién era él y quién era ella, pero la cruda realidad volvió a poner distancia entre los dos. Ella odiaba a los parasicólogos porque por culpa de uno de ellos le habían arrebatado al ser que más quería en el mundo: su madre.

«Pero yo no soy culpable».

El pensamiento germinó en su cerebro, aunque se negó la oportunidad de analizarlo con detenimiento.

Se sentía profundamente avergonzada porque había bajado la guardia.

—Estoy cansada. Mañana nos espera un día duro —Matt vio cómo se alejaba llena de dudas otra vez, sin embargo, en esta ocasión, no trató de detenerla.

El avance que había conseguido esa noche le sabía con el mismo regusto amargo de la victoria, pero había dado un paso decisivo de acercamiento pues Rachel ya no bloqueaba su mente. Le permitía el libre acceso, y para un hombre como él, ese poder resultaba una verdadera tentación.

Cuando la vio por primera vez en la universidad, fue en una clase sobre filosofía antropológica. Y sentada en la última fila, supo que ella era especial, única, también la muchacha más insegura de todas.

En un principio, él no supo quién era el padre de ella, ni lo que había sufrido en su niñez, pero Rachel no le permitió que la ayudara pues confiaba más en los dos fantasmas que siempre la acompañaban que en él mismo, lo que provocó violentas discusiones entre ambos. Cuando ella descubrió su verdadera profesión, entró en pánico, y ya nada fue igual para los dos.

Rachel aprovechó un viaje suyo para desaparecer, y entonces Matt dedicó parte de su tiempo en conocer sus motivos. En atar cabos. Pero ella no volvió ni se puso en contacto con él durante diez largos años.

Ahora tenía que protegerla, y Rachel no podía imaginar cuánto.

CAPÍTULO 9

Matt la miró con interés al contemplar lo que Rachel metía en la práctica mochila de nailon negra: un par de móviles. Un arsenal de espejos, cruces, unas ampollas de opio, y un arma de fuego. Vio atento cómo accionaba el cerrojo del arma para introducir una bala en la recámara, a continuación le puso el seguro y se la guardó detrás en la espalda al mismo tiempo que se ajustaba la correa de piel a su cintura. Estaba perplejo. ¿Cómo diantres había pasado el arsenal por la seguridad del aeropuerto sin que saltasen las alarmas? Inaudito. ¿Y cómo él no se había dado cuenta? Los pantalones negros de cuero y el suéter de cuello alto la hacían parecer más seductora. Reprimió a duras penas el impulso de besarla.

Esa mujer lo estaba volviendo loco. ¿Lo estaba? Nunca había dejado de estar loco por ella.

—Hacia donde nos dirigimos no necesitas armas —le dijo con un tono neutro de voz—. No sirven contra los fantasmas. —Rachel dudó un solo instante al escucharlo, pero descartó la sugerencia de un plumazo—. No puedes andar así por las calles de Boston pues atraes la atención sobre tu persona mejor que si fueras desnuda —esta vez las palabras sí tuvieron el efecto deseado.

Ella se quedó inmóvil, mirándolo como si no lo comprendiera aunque asintiendo a la vez.

—Tenemos que estar preparados ante cualquier eventualidad, sea terrenal o espiritual.

—Creo que te he subestimado —fue el seco comentario de Matt.

La casa estaba vacía. Matt accionó el picaporte y la puerta se abrió a la suave presión de su hombro. El vestíbulo principal de la casa era tal como lo recordaba. Rachel se paró durante unos segundos para admirar los cuadros de paisajes marítimos que había colgados en la pared del salón.

Ignoraba qué iban a encontrarse, pero en modo alguno una casa vacía. Además, le asustaba la frialdad del interior.

—Espérame aquí.

Ni loca pensaba hacerle caso. La casa le provocaba estremecimientos de miedo.

—¿Lo percibes? —le preguntó casi en un susurro.

Matt hizo un gesto negativo con la cabeza. Y se dedicó durante un buen rato a tocar objetos abandonados mientras ella miraba las motas de polvo acumuladas sobre los muebles.

—La casa parece abandonada mucho tiempo.

—¡Estuve aquí hace dos semanas, y no estaba vacía! —exclamó con miedo.

—Mira la cantidad de polvo —le dijo él—, ¿crees realmente que aquí vivía alguien hace dos semanas?

La evidencia era tan clara que se sonrojó. Pero ella no mentía. Rachel había visitado la casa cuando vivían dos niñas y su madre viuda.

—¿Y qué podemos hacer ahora? —inquirió.

Matt le sonrió con infinita paciencia al escuchar su tono desolado.

—¿Visitar la ciudad como dos turistas más? —Rachel lo miró con censura.

—Podríamos pedirle a Peter o Chales que traten de atraerlo —apuntó decidida.

A Matt le parecía imposible escuchar semejante disparate.

—Tienes que explicarme el motivo para que esos dos fantasmas sigan en el mundo de los vivos cuando sabes que deben abandonarlo.

Ella respondió la verdad.

—Me protegen —respondió de forma llana.

—No eres justa con ellos, deben dar el paso.

—Son mis amigos —Matt la observó atónito—, y los quiero muchísimo.

Una médium no podía tener como únicos amigos a dos fantasmas.

—Y por cierto que no los percibo desde hace dos días —dijo Matt como de pasada.

—Les he ordenado que no se aproximen a ti.

—¿Por qué?

—Cerca de ti te están en peligro.

Matt masculló algo ininteligible.

—Ya hablaremos sobre tus amigos fantasmas más adelante.

No, ella no pensaba hacerlo.

Cuando Rachel se daba la vuelta, Matt la sujetó por el codo e impidió que se alejara, pero en el mismo momento en que la tocó, el deseo prendió en el vientre de ella de tal forma que le hizo soltar un gemido violento. La soltó de inmediato cuando percibió el oscurecimiento de sus pupilas por el deseo abrasador.

—¡No vuelvas a tocarme! —el arrepentimiento en los ojos de Matt le hizo apretar los labios, no había podido detener la orden que había salido por su boca—. ¡Mira lo que me provocas, CAOS! —exclamó con una sinceridad brutal.

El contacto entre ambos no había sido premeditado.

Matt no lo había hecho a propósito. Rachel le hizo un gesto con la cabeza y lo condujo hacia el jardín situado en la parte trasera de la vivienda, y cuando al fin alcanzaron uno de los rincones del frondoso jardín, se volvió hacia él con las manos apoyadas en las caderas a modo de jarra, y con una advertencia en los ojos.

—¿Tienes idea por un momento de lo que me provocas cada vez que me tocas aunque no sea de forma deliberada? —Matt optó por mantenerse callado, aunque no borró la sonrisa de sus labios. Rachel se lo tomó mal—. Tienes que tratar de mantenerte a una distancia segura para mí.

—¿Distancia segura? Imposible —respondió el otro en voz baja.

Ella lo miró con súplica.

—¡Me descentras! Cada vez que me tocas, ardo por dentro —Matt amplió la sonrisa y ella lo miró compungida.

Acababa de admitir el poder de atracción que tenía sobre ella una vez más.

—Sobreestimas mi capacidad —apuntó.

Rachel se alejó un paso.

—¿Qué tratas de decirme? —le preguntó alterada.

—Lo que sientes no es debido a los poderes psíquicos que, según tus palabras, malgasto contigo. Lo que te hago sentir es en verdad la respuesta racional de atracción entre dos seres humanos que están conectados psíquica y emocionalmente —Rachel entrecerró los ojos a la misma vez que lo negaba, aunque se engañaba a sí misma—. Rachel, yo siento exactamente lo mismo por ti. Cada vez que te toco, salto al vacío —ahora los abrió completamente perpleja.

Que él admitiese su debilidad por ella la dejó enmudecida, pero reaccionó antes de dar un paso en falso.

—Mayor motivo para no mantener ningún contacto —volvió a pedirle.

Matt alzó la mano para coger la de ella, aunque lo pensó mejor, la bajó de nuevo y la encerró en el bolsillo de su pantalón tratando de resistir el impulso ciego de besarla.

—Cada vez que te toco, cada fibra de mi ser se estremece con una descarga que soy incapaz de controlar. Cuando mi piel roza la tuya, todas las sensaciones parecen desvanecerse en una zambullida aleatoria que me sumerge en un volcán que me abrasa los intestinos con un deseo que me atormenta, y cuando pones distancia entre los dos, es como si me rodease la negrura de la noche eterna. El aire se vuelve tan pesado que me resulta imposible de respirar... —Rachel se había puesto mortalmente seria—. Dime, pequeña, ¿es lo mismo que sientes tú?

Su declaración se le había clavado en cada poro del cuerpo con una marca que no iba a poder borrar en la vida.

Pero era un maldito parasicólogo como su padre.

—Únicamente sé, que cuando me tocas, ya no me siento perdida —el pecho de Matt se llenó de un sentimiento desgarrador—, y no me llames pequeña.

—¿Por qué? —era la segunda vez que se lo pedía.

—Porque así me llamaba mi padre.

Matt respiró profundamente. Rachel se había cubierto con una capa de

indiferencia que no era tal.

—¿Por qué negarnos lo que sentimos el uno por el otro? —le preguntó él.

La razón volvió a la mente de Rachel con una claridad estremecedora. Y la verdad la golpeó con una fuerza que no pudo obviar. Lo miró durante un instante con una pena tan profunda, que sintió cómo caía al vacío sin poder sujetarse a nada. Afortunadamente, se repuso a ese segundo de aflicción. Inspiró profundamente antes de responderle de forma seca y contundente.

—Porque el deseo que me provocas no logra que olvide lo que eres capaz de hacer, y de los dos, lo último es lo más fuerte —ella lo hería de nuevo.

Se dio la vuelta y enfiló la salida hacia el exterior de la casa sin esperarlo. Matt, tras un momento, la siguió golpeado nuevamente por sus palabras. Y se preguntó de qué modo la había herido su padre para que lo viera a él poco menos que como un demonio.

Antes de meterse en el coche, Rachel lo miró de una forma que no tenía explicación.

—¡Oh Dios mío! ¿Cómo no me he dado cuenta? —exclamó—. Espérame aquí.

Matt la miró con sorpresa. ¿Qué pretendía al regresar sola a la casa?

Rachel había tenido una premonición. Cuando subió los escalones del porche, abrió la puerta y se introdujo en la casa, sus ojos volvieron a verlo igual que dos semanas atrás. La casa ya no tenía polvo. Y podía escuchar a las niñas en la planta superior. Caminó directamente hacia la cocina y vio a la madre que pelaba verduras mientras tataraba una canción sureña. Se llevó la mano a la boca para contener un gemido. ¡Eran fantasmas! Pero había más. Y de pronto sintió de nuevo el peso sobre los hombros y el aliento de fuego en su nuca. Utilizó toda su fuerza de voluntad para no gritar ni echar a correr. Caminó despacio hacia la salida de la casa aunque temblando como una hoja. Matt se encontraba en la parte trasera del coche con el maletero abierto. Cuando alzó el rostro para mirarla, se quedó blanco como la pared.

—¡Cuidado, Rachel!

Algo la empujó con fuerza y cayó por los escalones rodando. Matt se abalanzó sobre ella para sujetarla aunque no llegó a tiempo.

—¿Lo has visto? ¿¡LO HAS VISTO!?! —gritó fuera de control y llena de pánico.

Pero Matt no la miraba a ella sino hacia una de las ventanas de la planta superior. La cortina estaba parcialmente corrida. Cuando se aseguró de que ella estaba bien, le ordenó tajante que se metiera en el coche. Matt sacó maquinaria del maletero y se introdujo de nuevo en la casa. Rachel temblaba como una hoja. Estaba aterrada, casi en estado de shock, aunque pudo ver los destellos de luz que Matt provocaba en el interior de Fall River.

Cuando Matt salió de la casa estaba hecho un desastre. Necesitó un tiempo para tener de nuevo el control sobre su respiración y sus acciones. Un momento después dejó de nuevo en el maletero la maquinaria que había usado en la casa. Se cambió de camisa. Siempre llevaba algunas de repuesto.

Rachel vio en sus ojos angustia, lo que le provocó un escalofrío.

—Puedo conducir de regreso —creyó que él lo necesitaba, pero Matt negó con la cabeza al mismo tiempo que la miraba de arriba abajo sin ocultar un brillo oscuro preocupación—. Si tengo las manos ocupadas, no pensaré —Rachel era la imagen misma de la desolación.

—No conoces la ciudad como yo —le informó poco después en un tono neutral.

Rachel trató de ofrecerle una sonrisa, pero le salió una mueca. No le había preguntado qué había hecho en el interior de Fall River porque no hacía falta. Estaba claro que en la vivienda habitaban fantasmas, y él los había cazado.

—No necesito conocerla porque el GPS también funciona en esta parte del mundo, ¿verdad? —finalmente, él le tendió las llaves que ella tomó aunque teniendo especial cuidado para no rozarlo.

Ese detalle hizo que frunciera sus labios.

—Nunca te haría daño —le dijo serio.

—Lo sé, pero ahora no soportaría ningún tipo de contacto, no después de lo que he sentido en la casa.

Rachel seguía algo conmocionada, y Matt esperaba que le hiciera preguntas sobre lo que se había encontrado en el interior, pero ella guardaba un silencio preocupante. Arrancó el vehículo tan rápido que Matt apenas se

había abrochado el cinturón.

Veinte minutos después, Matt rompió el silencio.

—¿Hacia dónde vamos? —quiso saber.

Rachel tomó la desviación de la derecha para tomar la rotonda. Matt admiró la soltura de ella al volante en una ciudad que no conocía.

—Hacia el Pine Banks Park, he quedado allí con alguien —fue su sencilla respuesta.

—¿Cuándo? —inquirió con sorpresa.

Él no se había separado de ella.

—Cuando cazabas a los fantasmas en la casa. He utilizado uno de los móviles.

—¿Cómo lo supiste? —le preguntó.

Rachel suspiró hondo y soltó el aire de forma lenta. Se giró brevemente hacia él sin abandonar la atención sobre la carretera.

—Hace dos semanas visité esa misma casa y estaba habitada por una madre y sus dos hijas. Ya te conté la historia.

—Sigue, por favor.

—En el jardín me percaté de que cuando estoy cerca de ti dejo de ver fantasmas —eso tenía su lógica, pensó Matt—. Eres un muro de contención como siempre he sabido. Y cuando he salido de la casa, lo he tenido muy claro. Tenía que entrar sin ti para comprobar que mi premonición era cierta, que no estaba equivocada.

—Confío que ahora aceptes que eres clarividente —le dijo él.

—No me había pasado nunca, Matt.

—¿Estás segura?

No, no podía estarlo porque sufría una ingente cantidad de pesadillas sobre su vida pasada, y no acertaba a clarificar qué partes podrían ser ciertas, y cuales no.

—Por ese motivo tengo que hablar con una persona.

—¿Con quién?

—Con la misma que me habló sobre esa casa, y de la familia que la habitaba.

—Ya sabes que puedo ayudarte —le ofreció de nuevo

Rachel desvió los ojos apenas un segundo de la carretera para fijarlos en él con marcada pretensión.

—Ya lo has hecho —respondió—. Me has mostrado el camino.

CAPÍTULO 10

Detuvo el coche cerca de unos sauces llorones que tenían las ramas tan bajas y frondosas que llegaban a rozar el suelo. Situó el vehículo de tal forma que no era visible a los viandantes, aunque, a esa hora de la mañana, el Pine Banks Park estaba prácticamente vacío.

Apagó el motor, pero dejó las llaves puestas.

—Quédate aquí, y no es una sugerencia —Matt alzó una de sus cejas en un interrogante.

Él era el experto, y ella lo trataba como a un principiante.

La vio dirigirse hacia el maletero para sacar la pequeña mochila de viaje que se colgó del hombro derecho con un movimiento rápido. Enfiló el sendero que quedaba hacia la derecha del camino, hacia una zona aún más apartada. Los ojos de él la contemplaron alejarse con paso decisivo. La figura de la muchacha se detuvo alerta, y oteó los alrededores como si buscara a alguien. Al momento silbó, y una silueta emergió de detrás del tronco de un inmenso castaño. Decidió no seguir esperando en el coche. De forma sigilosa abandonó el interior del pequeño vehículo, y se fue ocultando entre las adelfas al mismo tiempo que caminaba hacia donde estaban las dos figuras conversando en murmullos. Susurros que él oía con total claridad. Justo un poco antes de llegar al pequeño claro, la punta de un cañón de pistola se le clavó en las costillas.

Había estado tan absorto escuchando a las dos personas que conversaban, que no se había percatado de que una tercera lo vigilaba a él.

—Vas a reunirte con tu creador, cabrón —Matt detuvo sus pasos y Rachel volvió la cabeza al oír la clara amenaza.

Entrecerró los ojos con enfado al comprender que Matt le había desobedecido.

—¡Tenías que esperarme dentro del coche! —la irritación era claramente manifiesta en el tono de la voz.

—Eres realmente una mandona —le replicó él con desánimo porque el arma lo seguía encañonando—. Creía que necesitabas ayuda —ella resopló al

mismo tiempo que le recriminaba a su compañera con los ojos, pero ésta seguía mirándolo con atención, evaluándolo.

—Baja el arma. Está conmigo —Matt no supo cómo tomarse esas palabras que le parecieron posesivas.

Tampoco tenía forma de saber si esa orden expresada con autoridad conseguiría calmar el hambre de venganza que percibía en la persona que lo tenía amenazado con una pistola semiautomática del calibre treinta y ocho.

—¿Quién coño es? —la mujer escupió las palabras, y Rachel volvió sobre sus pasos al mismo tiempo que él se daba la vuelta para encararla.

—Es Matt Taylor —el cañón de la pistola había dejado de apuntar a su pecho para apuntarle a sus testículos.

—Mayor motivo para reventarle los huevos —sentenció decidida.

—¡Lo conseguiste, Rachel! —la tercera voz femenina había hablado por fin, y lo hizo con entusiasmo no disimulado—. Sabía que lo conseguirías.

—¡Baja el arma! Por favor —ordenó y suplicó al mismo tiempo.

La mujer optó por obedecer aunque lo hizo de forma renuente, y sin apartar la vista. Matt seguía en un profundo silencio.

—¡Demonio, qué guapo eres! —él, no supo si reír o enfadarse ante esas palabras contradictorias, pero al fin tuvo una visión clara de las tres mujeres que hacían un contraste bastante significativo.

—Puedes enfundar el arma, soy inofensivo —dijo con voz suave.

Matt no ocultó una sonrisa ante ese gesto de fastidio femenino cada vez que pronunciaba esas palabras en concreto.

—Permitidme que me presente... —dijo él.

Rachel no le permitió continuar.

—No hace falta pues saben de sobra quién eres —Matt cruzó los brazos al pecho al mismo tiempo que separaba ligeramente las piernas.

Se estaba cansando de que lo ignoraran

—Me llamo Iris Neuman —la mujer más pequeña extendió la mano en franco saludo y él no la despreció.

La tomó entre las suyas para corresponderle.

—Es un placer conocerte, Iris —Rachel contempló la amplia sonrisa que describió la boca de Matt cuando miró a su amiga, y una oleada de recelo la golpeó con fuerza dejándola momentáneamente abatida.

Iris soltó la mano con total naturalidad, y Rachel no fue capaz de percibirle el deseo en los ojos de su amiga. No había visto el mismo deseo que la abrasaba a ella desde que había mantenido contacto por primera vez con él en la cueva negra.

«Solo sucede contigo».

Rachel masculló completamente frustrada cuando la respuesta a su pensamiento se había materializado en su cerebro sin que Matt hubiese pronunciado palabra.

—Y esta es Alma Rodríguez.

—Imagino que también sois médium —las dos asintieron a la vez.

—Iris es experta en sortilegios —informó Rachel.

Matt se fijó en la muchacha menuda y rubia. Parecía frágil, pero estaba seguro de que era solo una impresión momentánea porque la mujer tenía una determinación férrea, podía verlo en la profundidad de sus pupilas negras. Luego fijó la mirada en la mujer que lo había amenazado. Su piel morena delataba su origen mulato. El odio profundo y constante le indicó que podría matarlo sin sentir ningún remordimiento.

—Alma es astróloga —Matt se volvió hacia la presencia de Rachel esperando más respuestas aunque no las necesitaba.

—¿Estaban contigo en Fall River? —ella pensó la respuesta un momento antes de ofrecérsela.

—Solo Iris —Alma respondió por Rachel como era habitual en ella.

—Pero no me di cuenta de que eran fantasmas —confesó pensativa y con la mirada baja—. Parecía todo tan real.

—Yo tampoco me percaté —la animó Iris.

A Matt no le gustaba en absoluto lo que percibía de esa mujer. No le pareció sincera, y se dedicó a observarla concienzudo.

—Podríamos continuar esta animada charla en un lugar menos concurrido y más privado —sugirió Alma.

Algunos viandantes comenzaban a pasear a sus perros por los diferentes senderos del parque, y se detenían a observar con cierta atención el grupo que formaban los cuatro.

—Tienes razón, vayamos a Rainbowcoffee —sugirió Iris—, allí podremos hablar sin interrupciones ni sobresaltos. Alma y yo os seguiremos hasta el aparcamiento, tenemos el coche detrás de aquél cartel informativo —Rachel asintió con la cabeza, y le hizo un gesto con la mano a Matt para que la siguiera.

El corto trayecto hasta la cafetería les llevó menos de quince minutos. Uno de los rincones del café era el más idóneo para mantener conversaciones privadas pues hacía, la mayoría de las ocasiones, de reservado para parejas que querían compartir una cierta intimidad sin ser molestados por clientes quejosos o gritones. Tras el saludo inicial y las correspondientes presentaciones, el dueño del local les llevó una cafetera llena. Abrió un biombo chino para mantenerlos apartados del resto de clientes. Él, lo observaba todo con inusitada curiosidad. Los movimientos casuales de Rachel cuando hablaba con sus compañeras lo atrapaban por completo. Podría estar eternamente observándola. Ella se pasó la servilleta blanca por la comisura de los labios para eliminar el resto de café, y ese simple gesto, hizo que el corazón de Matt se tensara con un dolor agudo. Apenas un par de horas atrás había recibido un susto de muerte, y ahora se comportaba como si nada hubiera ocurrido en la casa de Fall River.

La primera en comenzar fue Iris.

—Encontré a Rachel cuando buscaba contactar con una médium —la mencionada le mostró una sonrisa fraternal que no escapó a los ojos inquisidores de Matt—. Me explicó que acababa de pasar por una separación sentimental, pero yo necesitaba su ayuda.

Matt terminó por apurar su café de un trago. Se preguntó por qué motivo Rachel no le había dicho a sus amigas que de ruptura sentimental nada, simplemente lo había abandonado. La convivencia mutua no había durado ni un año completo.

—¿Hacéis sesiones de espiritismo en conjunto? —las tres asintieron al

unísono, pero fue Rachel la que le contestó con cierta rudeza.

—La fuerza que se crea entre las tres, los trae directamente hacia nosotras.

—¿Cómo llegasteis a la conclusión de compartir vuestras aptitudes psíquicas? —ahora fue Alma la que respondió, y puntualizando cada palabra.

—Por la propia experiencia de Rachel, ya sabes —la aludida ni admitió ni negó la aclaración de la otra joven, siguió en silencio meditando.

Matt desvió sus ojos de Alma hacia Rachel con una preocupación en su profundidad que no supo disimular.

—Los vivos ignoran lo que sucede a pesar de los diversos estudios científicos que se han llevado a cabo a lo largo de la historia sobre los fantasmas.

—Eso es debido a que es mejor ignorar que tratar de conocer —apuntó serio—. Muchas de las creencias de hoy día se tambalearían si las personas aceptasen la existencia de los fantasmas.

Alma asintió.

—Tú, ¿por qué eres un caza fantasmas? —le preguntó Alma.

Se le borró la sonrisa de los labios ante la pregunta que le formuló la mujer. Estaba claro que distinguía muy bien entre hacer de mediador entre los vivos y los muertos, y cazarlos como hacía él.

Seguía con la mirada expectante y supo que era una especie de prueba. Lo estaba midiendo.

—Porque algunos espectros son especiales, muestran un sadismo incontrolado. Son muy peligrosos para la estabilidad de los vivos —las tres se quedaron pensativas durante un instante meditando las palabras que les había ofrecido Matt—. Ya sabéis a lo que me refiero.

Sí lo sabían.

—Estoy realmente asustada —confesó Rachel.

—Fall River tenía fantasmas —dijo Matt de pronto—. Y también algo más... —no fue capaz de continuar.

La mirada aterrada de Rachel le provocaba verdadera angustia.

—¡No los vi como fantasmas! —exclamó con un hilo de voz.

Alma la miró con cierta sorpresa.

—Visionó el pasado —puntualizó Matt.

—¿Una visión? —preguntó Alma atónita—. ¿Cómo es posible?

—Rachel es clarividente —afirmó él.

Las dos amigas la miraron atentamente.

—Si lo soy, lo ignoraba —se disculpó ante sus amigas.

—¿Nunca habías visionado nada del presente ni del futuro? —preguntó Alma—. ¿Cómo es posible?

—Me dijiste que la mujer era amiga tuya —le recordó Rachel a Iris.

—Y lo es —respondió la otra—. Tras tu visita dejaron la casa y se mudaron a San Francisco. La casa está en venta.

Matt tenía los ojos entrecerrados. Se levantó un momento para ir al coche. Necesitaba buscar algo.

—Hace un momento he visitado la casa y parecía vacía desde hace mucho tiempo. Estaba llena de polvo y los muebles cubiertos con sábanas blancas.

Iris estaba perpleja.

—¿Hablamos de Fall River? —quiso saber.

Rachel echó la espalda hacia atrás para apoyarse en el respaldo de la silla. Matt regresó con un mapa de la zona. Lo extendió encima de la mesa y le señaló a Iris un punto.

—Fall River está cruzando el río, no antes —aclaró Iris.

Rachel no sabía qué pensar. Trató de hacer memoria de cuando Iris y ella fueron a visitar la casa. No recordaba si habían cruzado el río o no.

—Es la misma casa, lo sé —afirmó convencida de lo que decía—. La conozco, he estado ahí.

Matt pensaba a toda velocidad.

—Los fantasmas que había en la casa eran de baja frecuencia —las tres mujeres lo miraron sin un parpadeo—, pero lo que Rachel tenía pegado a su

espalda, era un espíritu, uno muy fuerte.

Rachel tembló solo de pensarlo.

—¿Un espíritu? —la pregunta de Alma sonó aterrada.

—Cuando la acompañé para registrarla, no percibí ninguna presencia, y cuando regresé al interior de la casa momentos después, ya no estaba, salvo los cuatro fantasmas que Rachel visualizó en su primera visita.

—¡Eran tres! —volvió a exclamar—. La madre y las dos niñas.

Matt pensó que algo no encajaba.

—¿Podrías confundirte con recuerdos del pasado?

Rachel pensó el motivo para que Matt le hiciera esa pregunta. Algo en el brillo de su mirada le decía que conocía más de lo que contaba.

—¿Y no los percibiste cuando entraste con él? —inquirió Alma.

—Matt es un muro de contención —les explicó Rachel llanamente—. A su lado dejo de percibir a los no vivos.

—Por ese motivo lo buscaste, ¿verdad?

Por ese, y porque necesitaban enviar al espíritu a su lugar no terrenal, se dijo Rachel.

—¿Podría ser una casa tetra-dimensional? —preguntó Alma, y tratando de encontrar una respuesta objetiva.

Iris, Matt y Rachel se giraron hacia ella tras hacer la pregunta, pero Matt negó un segundo después.

—El espacio a nuestro alrededor es tridimensional a simple vista, pero en realidad hay más dimensiones, por lo que también puede ser considerado un espacio tetra-dimensional si incluimos el tiempo como cuarta dimensión —explicó Matt—, pero yo lo habría percibido.

—¿Es posible que Rachel tenga una percepción extrasensorial más potente que la tuya? —la pregunta de Iris no pretendía molestarlo.

Matt se mantuvo callado meditando en todo lo que había sucedido.

—Tenemos que irnos —dijo Matt de pronto.

Alma lo secundó, no así Iris que se quedó sentada un segundo más, antes de decidir ponerse finalmente en pie y seguirlos a la calle.

—Llama a tu amiga, dile que deseo verla —le pidió Matt.

—Ahora vive en San Francisco —respondió Iris.

—No importa, dile que necesito hablar con ella —insistió.

—Te acompañaré —se ofreció Iris, pero Rachel negó de forma categórica.

—Lo acompañaré yo —afirmó.

—Bien, nosotras seguiremos esperando tus noticias aquí en Boston.

Matt las miró larga y profundamente. Percibía que Iris estaba en verdadero peligro, pero no deseaba preocupar a Rachel. La premonición era muy fuerte, pero logró controlarla.

Tenía que hablar con la madre y sus hijas antes de tomar una decisión.

CAPÍTULO 11

Seguía mirando por la amplia ventana la espectacular vista de la ciudad de Boston y del río Charles. La madera oscura recordaba a esas viviendas hermosas de la antigua ciudad que solían salir en las películas de época. La casa la hacía sentir cómoda y relajada. Se apartó de la ventana de forma renuente mientras miraba el reloj. Matt estaba sumido en un silencio pacífico en el confortable sillón de piel. Engrasaba el arma de ella completamente absorto. La destreza de sus manos no la sorprendió.

Ella seguía esperando la llamada de Iris.

—Lo haces mejor que yo —reconoció humilde.

Matt levantó la vista y la detuvo en los labios de ella con una emoción que Rachel no se animó a descifrar. Se frotó la palma de la mano en el pantalón vaquero tratando de mitigar la incipiente incomodidad, y el hormigueo que comenzaba a bullir en su estómago.

—Cuando me miras así me pones nerviosa —la boca masculina se curvó en una sonrisa enigmática que no fue a más porque ella decidió darle la espalda.

—Permíteme que dude que mi afecto sea el causante de ese nerviosismo que expresas —respondió él.

Rachel suspiró profundamente por la alusión que había hecho del afecto que le profesaba. Se volvió para mirarlo.

Le dolía la banalidad con la que él usaba la palabra amor.

—Espero que no sean ciertas tus palabras... —respondió. Matt le sostuvo la mirada con una dignidad tenaz y elocuente—, porque no quiero que sientas nada por mí.

Matt hizo un leve encogimiento de hombros.

—¿Sabes una cosa? —comenzó—. En el verdadero amor poco importa si el otro no ama —terminó de forma natural.

Su respuesta, dicha sin rencor, le hizo saltar con un respingo inesperado. La había sentido como una mordedura de serpiente.

—Verdadero amor... —Rachel tragó con fuerza—. ¡Verdadero peligro diría yo! —al momento se avergonzó de su respuesta.

No quería herirlo, pero lo había hecho.

Matt dejó el arma con sumo cuidado encima de la mesita, y se limpió las manos con el paño sin dejar de mirarla.

—No te lamentes por tus palabras ni te preocupes por mis sentimientos porque han sufrido ultrajes mucho peores, y como ves, sigo intacto en tu empeño de herirme a cada momento, y afirmó, ¡nunca seré un peligro para ti!

La vergüenza tiñó las mejillas de Rachel tras escuchar su resignado sarcasmo.

—Discúlpame —le dijo al fin—. Mi lengua va más rápida que mi cerebro.

—Tienes que confiar en mí —le dijo él.

Esas palabras contenían un peligro mortal para ella. ¿Confiar en un parasicólogo? Era del todo imposible, pero absolutamente tentador. Y maldijo a su padre estuviera donde estuviera.

—Jamás podría confiar en un parasicólogo —le confesó. Matt se fue acercando lentamente hacia ella con cuidado para no alarmarla—. Mi padre provocó la muerte a mi madre.

Rachel no retrocedió, aunque siguió mostrándose cautelosa y preparada para un posible ataque a sus sentidos. Ataque que iba a comenzar como siempre que se encontraban a solas. Casi temía y a la vez anhelaba esa tensión que los unía en un lazo emocional.

—¿Es eso lo que temes de mí? —se atrevió a preguntar—. ¿Qué pueda provocar tu muerte?

—Me aterra tu poder —admitió ella—, y detesto que sigas diciéndome que me quieres, y que me sigas recordando lo que te herí en el pasado.

Matt suspiró profundo porque ella escurría el bulto.

—Un corazón inflamado de amor muere peleando aunque le digan que la batalla está perdida, ¿lo sabías? —ahora sí que retrocedió.

Matt se quedó parado a menos de un paso de ella que no sabía qué hacer con sus manos salvo retorcerlas con nerviosismo.

—Consigues con tus palabras confundir mi corazón, lo admito, pero sé de lo que eres capaz. Por eso no puedo tenerte confianza —Rachel estaba perdiendo terreno—, salvo para que envíes al espíritu al lugar donde pertenece.

La penetrante mirada de Matt no le permitía una retirada decente, seguía clavada al suelo con la única protección de su orgullo.

Matt no se dio por vencido.

—¿Te das cuenta de lo absurda que sueñas? —Rachel dio otro paso hacia atrás y quedó con la espalda apoyada en el enorme cristal de la ventana—. Me juzgas por las acciones de otro, sobre todo cuando nunca te he causado ningún daño emocional o perjuicio físico.

—No te hablo de otro cualquiera sino de mi padre, parasicólogo como tú.

—En el pasado no confiaste ni en mí, ni en mi capacidad para actuar, pero permíteme que te recuerde que yo no soy tu padre —le espetó dolido—. Y me sigue hiriendo que me veas así cuando no hice nada para merecerlo.

Le costaba respirar. Miraba la puerta de la habitación esperando un milagro que la salvara de las palabras atrayentes de él.

—¿Hacia dónde nos dirige esto Matt?

Él sabía el lugar exacto a donde quería llevarla.

—Fuiste alguien muy importante en mi vida, lo sigues siendo porque no he podido superar el amor que sentía por ti, que siento por ti —rectificó sin dejar de mirarla—, a pesar de la desconfianza que llena tu corazón —las palabras de él lograban subyugarla hasta lo irrazonable, pero no podía atreverse a considerar su significado, aun así, la atracción inminente clavó sus garras en sus entrañas con premeditada alevosía.

—No puedo superar el miedo —le confesó triste—. No pude hacerlo en el pasado ni puedo hacerlo en el presente —continuó demoledora—. Huí de mi padre, huí de ti, fue necesario para seguir cuerda.

—Déjame que te ayude a vencer el miedo —pidió Matt.

—¿Cómo? —preguntó con los ojos llenos de inseguridad.

—Confiado.

Rachel alzó la mano de forma espontánea para rozar el mentón masculino que seguía ofreciéndole una mirada llena de esperanza.

Estaba a punto de tocarlo de forma voluntaria.

—Dame el incentivo que necesito, Rachel —el ruego había prendido en su cerebro como si un rayo hubiese alcanzado un árbol seco—. Vamos, confía...

Rachel se mojó los labios secos en un gesto lento, indeciso, tratando de ordenar el caos de su cerebro.

—El deseo como el amor es un fuego que no podemos esconder —dijo ella—. Es como una agradable llaga. Un sabroso veneno, y una dulce amargura...

—Pero el riesgo merece la pena —aseveró firme.

Su respiración se volvió loca y descontrolada. Si lo tocaba, ya nada importaría. El contacto la abrasaría entera con todos sus prejuicios, sus dudas y sus creencias. Lo sabía, y esa certeza la hizo vacilar un instante antes de posar la yema de sus dedos en la piel del rostro de él.

Detuvo sus dedos en el último segundo. La imagen de su madre acudió a su mente con una ferocidad alarmante.

—¡No... no puedo! —finalmente bajó la mano y sintió que las fuerzas la abandonaban—. Perdóname.

Temía no poder sostenerse en pie por la lucha que mantenía con su conciencia. Había estado a punto de capitular. La voz dulce de él. Su timbre profundamente afectado, había paralizado el dominio de sí misma que se debatía en una lucha constante entre el deseo de tocarlo y el rechazo que le producía. La decepción en los ojos de Matt, tras su voluntaria retirada, le arrancó un quejido a su alma que se grabó en su memoria con el hierro candente de su enorme estupidez. De su miedo y de sus dudas.

Matt soltó un suspiro.

—Cuando realmente se ama, lo único que se persigue es la felicidad de la persona a la que amamos, incluso si esa felicidad no se la puede brindar uno mismo.

—Mi madre amó a un hombre como tú, y ese sentimiento la llevó a la muerte, pero no una muerte cualquiera, sino una horrible y llena de

sufrimiento.

Matt alzó las cejas sin dejar de mirarla.

—¿Estás completamente segura? Porque presumo que puedes equivocarte en tu apreciación sobre lo ocurrido en el pasado —tras las palabras enigmáticas, Matt se dio la vuelta y la dejó sola en la habitación.

¿Por qué le afectaba herirle? Porque seguía amándolo. La afligía hasta lo indecible, esa mirada de decepción absoluta que se le habían clavado en el alma antes de que Matt abandonara la estancia?

Las dudas la mordían. El corazón le decía que Matt era diferente, pero no su corazón que no podía superar el miedo que le provocaba. Y esa certeza no hacía sino acrecentar su anhelo y remordimiento. Se mesó el cabello, y soltó un suspiro profundo y largo ante la encrucijada en la que se veía. Controlar lo que Matt le inspiraba le estaba resultando difícil si no imposible.

“Estás aquí de nuevo sola”.

Rachel volvió su rostro hacia Charles que atravesó la puerta cerrada seguido de cerca por Peter.

—¡Qué...! —fue incapaz de continuar la frase.

Los dos fantasmas habían tomado posición justo detrás del sofá. Sus músculos se tensaron.

“Nos necesitas”.

—Os pedí que os mantuvierais lejos de él.

“No es peligroso”.

—Os recuerdo que Matt es un parasicólogo como mi padre —admitió con un nudo en la garganta—. Y ha enviado a muchos fantasmas al otro lado.

“Haremos un trato con él”.

Rachel se mostraba extremadamente cauta. Avanzó hacia la mochila negra de Matt y trató de abrir la cremallera, pero algo se lo impedía.

—No lo hagas —le pidió a Peter—, quiero que veáis por vosotros mismo lo peligroso que es.

Abrió la cremallera y les mostró el contenido de su interior: instrumentos

cazafantasmas. Al momento la envolvió un frío glacial y echó vapores helados por la boca. Cuando los fantasmas tenían miedo, los humanos percibían frío.

—¡Debéis marcharos por vuestro bien! —les urgió.

La fuerte tensión se palpaba en el aire de la estancia, tensión que aumentó cuando Matt cruzó el vestíbulo y entró en el salón donde estaban los tres con posturas claramente nerviosas. Las figuras fantasmales de Peter y Charles se posicionaron detrás de ella. Rachel lo miró un breve instante y se percató que acababa de darse una ducha, llevaba puesto únicamente unos pantalones de algodón negro. Se tragó la saliva espesa al contemplar el torso desnudo y seductor que mostraba sin un atisbo de pudor. Sus sentidos se desbocaron.

Matt caminó directamente hacia las figuras de Peter y Charles.

—Os habéis tomado vuestro tiempo, ahora ha llegado el mío —Rachel inspiró tan profundamente que creyó que se iba a desmayar con su propio aire.

—No te permitiré hacerlo —Rachel dio varios pasos y puso sus manos en el pecho de Matt para impedirle el paso, inmediatamente el deseo prendió en sus entrañas y subió hasta su cerebro como una lava de fuego.

Matt parpadeó porque ella lo había tocado voluntariamente.

—Es hora de que crucen al otro lado... —Matt bajó la voz antes de continuar con su explicación, pero ella lo interrumpió.

—No puedes decidir por ellos —los ojos castaños de Rachel se contrajeron ligeramente en las comisuras, y le dieron a su expresión un matiz de peligrosa sagacidad.

—Ha llegado la hora, Rachel, acéptalo —insistió.

Lo miró con sorpresa pues la hizo sentir tremendamente vulnerable, y consciente por primera vez de su desventaja en todo, e hizo lo único que se le ocurrió. Se alzó de puntillas y besó a Matt. Entrecerró las manos tras su nuca al mismo tiempo que introducía su lengua en la boca de él. Matt la abrazó por la cintura y la alzó para poder besarla mejor.

El deseo entre ambos era incendiario pues Rachel sentía que la sangre hervía en el interior de sus venas. Para Matt todo giraba en rededor con un silbido caliente.

Tras unos momentos de auténtico frenesí, Rachel cesó el beso y giró el

rostro.

—¡Cooorred!

En la estancia se hizo un silencio absoluto. Matt la miró decepcionado, pero seguía respirando de forma entrecortada porque el beso de ella lo había dejado noqueado.

—No puedo creer lo que has hecho —le espetó seco tratando de ocultar el enorme deseo que sentía por ella.

Rachel se mordió el labio inferior arrepentida.

—Estoy ardiendo por la culpa —confesó sin mirarlo—, pero tenía que protegerlos.

—Pues ahora vas a acarrear con las consecuencias...

Matt la tomó en brazos y caminó con ella hacia el dormitorio.

—¡No, Matt, no! —exclamó llena de pánico.

Comenzó a patalear con fuerza para que él la bajara, y lo hizo cuando la soltó sobre la cama.

—Me tienes a punto de explotar —le advirtió el hombre.

Rachel hizo algo sorprendente, se abrazó a su cuello y lo llevó hasta ella.

—¡Joder! —masculló encendido y sin control.

El beso fue una detonación para los dos, y lo que siguió, un cataclismo para Rachel, pero había capitulado. No quería negarse a lo que Matt le hacía sentir. La arrancó cabellos en su ansias para que le hiciera el amor. Se había resistido todo lo que pudo, y se había rendido en el momento más inesperado. Pero ya no quería pensar, solo sentir. Y las manos de Matt sobre su cuerpo eran descargas de adrenalina continua que actuaban en ella como si sintiera un hambre voraz.

Rachel terminó sin ropa en un abrir y cerrar de ojos.

Matt quería admirarla, pero el deseo en el interior de ella era como un volcán en erupción. El calor la recorría de pies a cabeza sin control y sin indicios de que menguara, y por eso Rachel no le permitía una mínima separación entre ambos cuerpos.

Cuando la penetró, Rachel gritó, pero no fue nada comparado al momento en el que la llevó al orgasmo. Tembló la cama bajo el peso de ambos, y ella se contorsionó de tal forma que los dos cayeron al suelo, donde Matt continuó despertando en ella un deseo abrasador tan inmenso como en el pasado.

Siguió amándola con todas sus fuerzas, y cuando ella gritó de nuevo, Matt la acompañó. Minutos después, la llevó de regreso a la cama y se tumbó a su lado. La cubrió con la colcha porque Rachel se había dormido. La abrazó con fuerza y pegó su pecho a la espalda de ella. Su entrega había sido increíble, como en el pasado. Los encuentros sexuales entre ambos eran tan intensos, que los dejaba completamente agotados. Matt cerró los ojos, y suspiró saciado y sereno.

Rachel volvía a ser suya.

Cuando despertó, estaba solo en la cama. Necesitó varios segundos para calmar su pulso debido a la preocupación.

—¡Rachel! —la llamó, pero solo obtuvo silencio.

La figura de Charles se apareció frente a él.

“La expones al peligro”.

Matt hizo un movimiento con la mano que desdibujó la figura espectral.

—¿Dónde está? —la pregunta era retórica porque sabía que Rachel no estaba en la vivienda.

“La expones al peligro”. Repitió el fantasma.

Matt cogió un suéter gris claro de cuello alto que había dejado sobre la silla antes de ducharse, y salió precipitadamente tras los pasos de ella.

—La traeré de vuelta, y os quiero a los dos aquí cuando regrese.

CAPÍTULO 12

Estaba tan llena de congoja que no se dio cuenta del rumbo que seguían sus pies en los pasos anárquicos que daba sobre la calzada gris. Le había costado tiempo aceptar que Peter y Charles no deseaban cruzar al otro lado, y no sabía cómo hacérselo entender a Matt. ¿Realmente eran ellos los que no deseaban cruzar, o ella egoístamente lo impedía?

Alzó la mirada un momento de sus botas para fijarlas en el nombre de la calle. Se había despistado de su ruta hacia la casa de Iris. Tomó el callejón adyacente a la vía principal. Rachel ya se arrepentía de la decisión de no haber cogido un transporte público, pero agitada en su fuero interior, había sentido la urgente necesidad de despejar su cabeza dando un paseo, y sin ser plenamente consciente de lo lejos que se encontraba el domicilio de su amiga. Ahora recordaba que no la había llamado por teléfono para decirle si había logrado un encuentro con la madre de las niñas.

De repente, Rachel percibió que la observaban. Se giró sobre sí misma y ojeó el vacío de la calle, pero nada. Comenzó a caminar de nuevo hasta que el ladrido de un perro la paró en seco, instantes después el perro le enseñó los dientes, y tras un segundo se acostó sobre el suelo de la acera en actitud sumisa, y gimiendo. Rachel se puso tensa pues supo que el perro había visto algo tras su espalda. Un segundo después sintió que algo pasaba a través de ella. Tocaron su pelo, percibió una mano en el hombro, y de repente fue lanzada hacia delante con un fuerte empujón.

No le dio tiempo a prepararse.

La atacaron de forma repentina. Rachel no se lo esperaba, y por ese motivo tenía la guardia baja cuando la apresaron. Lograron sujetarle los brazos y la aplastaron de cara al frío muro del callejón. El aliento frío que exhalaba le provocó un miedo terrible porque sabía lo doloroso que podía ser que se apropiasen de su cuerpo físico. Trató de revolverse a pesar del dolor que se infringió pues acababa de dislocarse la muñeca con el giro. Eran cuatro espectros, y su fuerza muy superior a todo lo que había experimentado anteriormente.

—Por favor, soltadme —suplicó con un hilo de voz.

Sentía que la zarandeaban. La movían de un lado hacia otro como si no tuviera voluntad, como si fuera una muñeca de trapo.

Supo que estaba perdida.

—¡Puedo ayudaros! —les dijo a los espectro cuando creyó que la buscaban para que hiciera de puente para ellos.

Había varios tipos de encuentros con entidades paranormales. Las experiencias podían ir desde una sensación de frío extremo a extraños sonidos. Objetos que se movían impulsados por una fuerza invisible. Misteriosas luces. Voces cuando no había nadie presente, y sombras oscuras en medio de la noche. Por lo general, ese tipo de encuentros no implicaban un daño físico real para los humanos, pero por desgracia, para algunos médium como ella, la experiencia se volvía mucho más peligrosa y personal.

—¡Deseo ayudaros! —gritó.

Ya no pudo decir nada más. Rachel sintió una opresión en el pecho, y supo que se estaba ahogando. No podía respirar mientras la arañaban y la zarandeaban. Estaba paralizada sobre la fría acera, y cerró los ojos rindiéndose a lo inevitable: la posesión.

—¡Deteneos! —la voz de Matt surgió de entre las sombras—. ¡Obedeced!, estáis entre los vivos, y tenéis que iros de este mundo al vuestro —un segundo después comenzó una oración—. *Dómine, quam multi sunt qui tribulant me. Erípe me. Domine, ab hómine malo. Dómine, clamo ad te: cito succurre mihi...*

Rachel sintió que la aplastaban todavía más.

—¡Malditos! —escuchó decir—. ¡Obedeced!

Rachel no pudo ver que Matt sacaba de su mochila un haz de luz bastante potente. Apuntó directamente hacia ella y activó el interruptor. Segundos después pudo respirar profundamente. Cuando abrió los ojos, Matt estaba inclinado hacia ella.

—Gra...gracias —balbuceó con los ojos llenos de lágrimas—. Estaba desprevenida y no los percibí.

—Eran de baja frecuencia, pero estaban desesperados.

Matt la ayudó a reincorporarse, y la abrazó con infinita dulzura.

—Al principio pensé que no me harían daño, pero me equivoqué.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

Rachel asintió con la cabeza, a la vez que pasaba las manos por sus pantalones para secar la humedad de sus dedos, un gemido de dolor escapó de su garganta, Matt se había percatado de ese detalle.

—Déjame que te ayude —sostuvo su mano y le palpó la muñeca para verificar si tenía algo roto, afortunadamente solo había sufrido una luxación.

—Me han susurrado un lugar al que debo ir.

Matt la contemplaba con cierta precaución. Rachel se preguntó por qué motivo no le extrañaba eso.

—No está rota. Te la vendaré cuando llegemos a casa —el dolor había disminuido de forma considerable con el suave roce de los dedos de Matt.

—Tengo que ir a ese lugar —dijo ella pensativa.

Matt la ignoró.

—Tengo el coche a la vuelta de la esquina —le dijo él, y lo siguió completamente enmudecida—. Te llevaré a casa para vendarte la muñeca.

—¿Siguen cerca? —preguntó asustada.

—La luz solo los espanta durante un tiempo, aunque dudo que regresen.

En cuestión de cinco minutos había pasado del completo miedo a la total admiración.

¡Había creído que moriría!

Aunque la respiración de ella no volvía a la normalidad por más que lo intentaba del susto que se había llevado. Matt se acercó tanto que rozó con sus dedos la piel de las mejillas de ella que se incendiaron de forma instantánea.

Su cercanía era en lo único que pensaba.

—¡Matt! —el deseo prendido en los ojos femeninos e hizo que él olvidara por un momento el miedo que había sentido al verla rodeada de espectros.

Si Rachel se hubiera visto así misma...

Matt soltó una blasfemia y se dio la vuelta deprisa. Rachel lo siguió con el

rostro enrojecido y las pupilas brillantes. Le abrió la puerta del coche y la ayudó a acomodarse sin tocarla. Ella seguía en una nube de tensión. Con un acelerón enfiló la calle hacia las afueras sorteando el tráfico de la ciudad con gran habilidad, pero su pensamiento estaba centrado en la persona que tenía sentada en el asiento del copiloto. Escuchó su suspiro resignado y fijó sus ojos en su rostro ovalado durante un segundo. Los sentimientos de Matt se debatían a la misma velocidad que el vehículo.

La amaba con una intensidad que lo dejaba febril y vulnerable.

—Tienes la psique descontrolada —Matt seguía sujetando el volante con excesiva fuerza sin quitarle la vista a la carretera.

—Estoy muerta de miedo —confesó sincera—. Quiero acabar con todo, pero sobre todo quiero que me vuelvas a hacer el amor —Matt se había quedado sin respiración, Rachel continuó mirándolo de forma intensa—. ¿Cómo he podido sobrevivir sin ti?

Esas últimas palabras hicieron que Matt perdiera la concentración en la conducción por completo, tuvo que dar un volantazo para no salirse de la carretera. Era el momento menos idóneo para confesarle algo así.

Estaban cruzando la autopista principal de Boston a una velocidad alarmante, Rachel creyó que iba a salir desprendida del vehículo en cualquier momento por los giros rápidos del volante.

—¿Y ahora me lo preguntas, Rachel?

—Te he puesto nervioso, lo lamento —Matt no pensaba responderle porque no lo consideró apropiado al ir conduciendo—. Siento que estás sexualmente receptivo, y yo me he cansado de negar la realidad.

—Lo que sucede es que ambos tenemos un subidón de adrenalina por el último encuentro con los no vivos —fue su cáustico comentario.

—Y yo creyendo que me deseabas —lo dijo de forma sarcástica.

Matt soltó un suspiro largo y profundo.

—Siempre. Nunca me sacio de ti —reconoció sincero—. Y tengo que llevarte a la protección de mi casa pese a la provocación de tus palabras.

—Me he dado cuenta de que si pienso en el sexo no pienso en fantasmas.

Rachel soltó un suspiro largo rindiéndose a lo inevitable. Seguía amando a Matt, lo deseaba, y estaba cansada de luchar contra ello. Sacó de la pequeña mochila un pequeño frasco de cristal, desenrolló la tapa y sacó unas cápsulas. Se las metió a la boca y se las tragó.

—¿Qué son? —se interesó Matt mirándola de soslayo.

—Tranquilizantes.

—¿Cuántos te has tomado?

—Solo cinco.

—¿Solo cinco? —preguntó alarmado.

Rachel se reclinó hacia atrás al mismo tiempo que cerraba los ojos.

—Otras veces me he tomado diez —Matt estaba realmente preocupado por ella—. Tengo tanto miedo, que siento el corazón a punto de estallar.

—Ya no tienes de qué preocuparte —le dijo él—. Voy a protegerte de todo.

Matt siguió conduciendo.

CAPÍTULO 13

Quince minutos más tarde, Rachel estaba más tranquila. Los sedantes habían hecho su función. Se sentía amodorrada, con sueño, pero serena.

—Creí de verdad que podría controlar lo que sentía por ti cuando te busqué para que me ayudarás —le dijo ella muy seria.

—Y si sientes eso por mí, ¿por qué me abandonaste?

—Porque te tengo miedo —confesó en un susurro—, pero te deseo tanto que se me olvida, como en la casa, cuando te besé para que mis amigos pudieran escapar de ti.

A Matt le dolía que ella le temiera. Y en ese momento se moría por besarla. Estaba loco por ella, mucho más que en el pasado, y esa certeza penetró en el alma de Matt como la punta de una flecha.

Ella seguía con el rostro quieto mirando la carretera. Con las manos descansado en su regazo, y los hombros ausentes de tensión.

Le preocupaba que ella tuviera que tomar tranquilizantes debido a lo mal que lo pasaba con sus experiencias paranormales. Y supo que ella estaba receptiva a mantener una conversación transcendental. Había llegado el momento de llevarla de nuevo a su terreno.

—¿Sabes, Rachel? No siento remordimiento alguno por lo que hemos hecho, a pesar de tus continuos rechazos en el pasado y en el presente — Rachel suspiró, Matt siguió en su declaración—. Te reconozco, como tu boca mi sabor, y da gracias a que estoy conduciendo porque de lo contrario volvería a hacerte el amor de nuevo.

La miró de soslayo antes de centrarse de nuevo en la carretera.

—Es curioso —reconoció con voz temblorosa—, pero desearte no mitiga el temor que siento de que me hagas daño, como me lo hizo mi padre —los ojos de Matt relampaguearon tras escucharla.

Rachel recordó el terrible miedo que pasó en su niñez cada vez que su padre se embarcaba en un proyecto paranormal. La última vez que vio a su padre, ella tenía ocho años y su madre acababa de morir. Desde entonces

había ido de internado en internado. A la edad de catorce años, lo vio en televisión en un programa sobre ocultismo, y a raíz de eso siguió con interés sus investigaciones en la prensa, pero nunca había mantenido contacto con él. Ni cuando a los dieciocho años Dominic trató de ponerse en contacto con ella llamándola por teléfono. Siempre que lo hacía, rechazaba sus llamadas...

Matt la devolvió al presente.

—Estropeas un deseo hermoso por un recuerdo de tu niñez —ella alzó los hombros como si no le importase—. Nuestras almas se han encontrado, y no permitiré que me des la espalda otra vez, no después de lo que hemos compartido.

Era toda una declaración de intenciones.

—Me importas tanto como desconfío... —calló un momento—, no sé si sería capaz de entregarte el rumbo de mi existencia. Escapa a mi control este miedo atávico que siento cuando estás cerca, joder, pero te deseo como la primera vez.

—Nunca dudes de mis sentimientos, y de que jamás te haría daño de forma voluntaria —ella se preguntó por enésima vez si podría confiar en él como le pedía—. Pero no voy a conformarme con un encuentro esporádico.

—Nunca he dudado de tus sentimientos, y me duele que no comprendas que mi rechazo nada tiene que ver con tu persona, sino con el poder que tienes.

Matt entrecerró los ojos ante la afirmación que hacía ella.

—¿Has reconsiderado tu postura? —le preguntó, y Matt detuvo el asentimiento de la cabeza de ella con su mano alzada—. Porque yo te amo con toda mi alma, y deseo que regreses a mi lado —ella bajó los ojos en silenciosa meditación—. Quiero ofrecerte algo más que buen sexo para que no pienses en fantasmas.

En el pasado, Rachel se había mostrado sexualmente insaciable.

—Me enamoré de ti Matt, no solo por el sexo, y me ofende que lo dudes, pero no puedo regresar a tu lado. Aunque me haces dudar cada minuto.

Matt no se inmutó por sus palabras críticas.

—Yo te amaba de verdad, mucho más de lo que te deseaba físicamente.

—No necesito que me lo recuerdes —pero él desoyó las palabras de ella.

—Es que te comprendía Rachel....

Ella lo interrumpió.

—¿Tratas de decirme que comprendías el rechazo que me provocabas? ¿El miedo que me hacías sentir?

Ella no lo había expresado bien.

—Entiendo que mi percepción extrasensorial te asusta, a pesar de que nunca te he dado motivos para que sientas ese temor.

—Quizás es porque sigo siendo una mujer inmadura emocionalmente, e incapaz de mantener una relación duradera con un ser humano con tus poderes psíquicos —Matt comprendía mucho más de lo que ella explicaba—. Y lo admito, de verdad. No pude continuar a tu lado porque me recordabas demasiado a mi padre, y no podré quedarme ahora porque nada ha cambiado.

Apretó con más fuerza el volante pues el regreso le estaba costando un verdadero esfuerzo.

Las palabras de ella le provocaban un deseo irreprimible de asirla por los brazos y zarandearla con fuerza. Se dijo que ella necesitaba tiempo para aceptar que estaban hechos el uno para el otro. Que sus miedos eran superables. Rachel terminaría aceptando, que llamándolo a su lado, había sellado su destino porque no pensaba dejarla huir de nuevo.

Tras la extraordinaria confesión de Matt, los remordimientos habían vuelto a arañarle el corazón, y su silencio logró provocarle una molestia en el estómago que ignoró. Cuando llegaron juntos a la casa, Matt ya no le mostraba la sonrisa genuina cada vez que sus miradas se encontraban, pero ese cambio hacía más cercano poder trabajar con él.

Decidió encerrarse en su habitación para meditar. Matt le había dicho que los espectros estaban muy cabreados, ¿por qué? Normalmente los fantasmas o espectros no atacaban a los humanos.

¿La buscaban a ella? ¿Por eso le habían susurrado un lugar a dónde ir?

Matt se sentía furioso consigo mismo porque había perdido el control

sobre sus emociones. Había creído que ella podría verlo como realmente era y lejos de la imagen difuminada que tenía de su padre, pero se había estrellado en su arrogancia de la forma más estrepitosa posible.

La vio marcharse a su dormitorio, y no se lo impidió. Le había dado un susto de muerte, en realidad dos si contaba el de Fall River, y supo que corría un verdadero peligro.

Cada vez que ella se alejaba de él, se jugaba la vida, y él no pensaba permitirlo.

Aceptó su miedo, sus dudas, que se envolviera en su dolor como si fuese un manto caliente en una noche fría. Pero Matt había roto la primera de sus barreras, el contacto físico. Ahora solo quedaba la segunda, la emocional.

Aunque primero tenía que protegerla de todo, incluso de ella misma.

CAPITULO 14

Dominic miró con detenimiento la taza de café que sostenía entre sus manos. El líquido humeaba, y por eso sopló suavemente antes de llevarse la blanca porcelana a los labios. El rictus de su boca seguía siendo severo y frío. Cuando alzó su rostro, el brillo calculador había asomado por fin a sus pupilas negras.

—¿La viste? —el sujeto le hizo la pregunta a otro con tono frío.

—Fue atacada por espíritus de baja frecuencia, pero no le causaron daños significativos, solo un susto tremendo —contestó otro.

El que había hablado, tenía la misión de seguirla en la distancia.

Dominic rodeó el escritorio de caoba para alcanzar la ventana. Con dedos largos y cuidados, apartó el visillo celeste hacia un lado para tener una mejor visión de la calle. Miró el horizonte sin fijar las pupilas en ningún punto determinado, completamente ensimismado en sus pensamientos.

—¿Qué quiere Matt? —preguntó con cierta ira.

—Más tiempo.

Dominic se volvió sobre sí mismo con rapidez.

—Sabe que no me queda más tiempo, y me sorprende su actitud.

Brad escuchaba la conversación desde su posición sentada en el lujoso sillón de piel marrón. Cruzó una pierna sobre la otra en actitud despreocupada mientras seguía removiendo su copa de coñac en círculos pausados. Miró el líquido ambarino con el ceño levemente fruncido.

—Está en su naturaleza ser obstinado. No es la primera vez que se muestra arrogante —apuntó el científico en voz baja.

Brad y Matt habían coincidido en un par de ocasiones en el pasado.

—Puede, porque es el mejor de todos —contestó Dominic.

La afirmación era sincera.

—El tiempo se agota —fue la escueta respuesta de Brad.

Dominic asintió al mismo tiempo que pasaba su mano por su mejilla sin rasurar. Clavo su mirada en la figura del sillón, y lo observó a conciencia. Brad era un respetado demonólogo como lo fue su mujer en el pasado. Juntos lograban grandes trabajos para la ciencia, pero ninguno podía compararse a Mathew Taylor.

—¿Dónde está Rachel? —preguntó Dominic.

Brad vaciló un instante antes de responder.

—En Arlington, en su casa —Dominic echó la cabeza hacia atrás para apurar el último trago de café.

Brad se levantó del sillón para llenarse la copa de nuevo.

—Muy típico de él tratar de controlar el terreno —concluyó Dominic.

—Estará haciendo planes —las palabras de Brad le hicieron chasquear la lengua pensativo—, en vista de las circunstancias.

Se mesó el espeso pelo rubio canoso con impaciencia ante esa nueva posibilidad. Él, no podía acercarse a su hija, y no había nada que lamentara más.

—Planes que no servirán de nada porque el tiempo se agota —Dominic meditó un segundo antes de continuar—. Habíamos llegado a un acuerdo. Me extraña que lo incumpla.

—Matt no se deja sobornar por nadie —nuevamente Dominic entrecerró los ojos pensativo al escuchar a Brad.

—¿Rachel se mostró valiente? —Brad hizo un encogimiento de hombros pero satisfizo la curiosidad del padre.

Indudablemente se refería al encuentro de la hija con los fantasmas.

—Mucho —respondió raudo—. Desprende un aura de paz muy atrayente para los espectros.

Ahí estaba el quid de la cuestión. Rachel Day no podía ni imaginarse lo que estaba en juego. Lo que era capaz de hacer, y que no podía perdonarle a él.

Dominic dio dos pasos hasta quedar frente a Brad con el rostro mortalmente serio.

—¿Matt le habrá dicho...? —Dominic dejó la pregunta sin concluir, y Brad se apresuró a negar de inmediato.

—Es del todo improbable pues nos dio su palabra.

—Entonces tenemos muchos planes que hacer antes de la cita esperada.

Sentía los nervios crispados. La tensión en la casa de Matt superaba los límites aconsejables para mantener la cordura. Rachel maldijo a su cerebro que seguía regresando a la imagen de él a pesar de sus intentos de no pensar, y maldijo su debilidad porque no lo conseguía.

¡Lo quería, lo deseaba! ¡Le temía!

Sabía que la culpa no la tenía él si no ella misma. Frotó con más fuerza el trapo sobre el granito de la cocina tratando de disipar las dudas que salía por los poros de su piel.

Tras unos minutos en los que el esfuerzo realizado le provocaron jadeos, dejó el paño sucio encima de la bancada y se miró las manos, ¿qué estaba haciendo? La cocina no podía brillar más.

“Necesitas relajarte”.

Rachel se volvió con ímpetu, pero seguía en la cocina sola. Miró hacia un lado y otro de la espaciosa habitación pero no había nadie salvo sus pensamientos.

—No puedo soportar este silencio ni un minuto más —al momento tiró el trapo en el cubo que había debajo del fregadero, y se lavó las manos para quitar los restos de suciedad—. Tengo que hablar con Iris.

Como una exhalación, abrió la puerta de la cocina con un golpe seco.

“¿Dónde vas?”.

Dio un respingo involuntario ante la presencia de Peter que la seguía desde el otro lado del vestíbulo.

—¡Me has asustado!

Fijó su mirada atribulada en la figura del fantasma que había comenzado a arrastrarse hacia ella.

“No puedes salir”.

A pesar de su advertencia, Rachel no soltó el tirador de la puerta.

—Necesito verla —quería salir y comentar con ella asuntos importantes como el encuentro con los fantasmas, y el nombre que le habían susurrado.

Con la psique descontrolada, le resultaba imposible tranquilizar su espíritu. Seguía esperando en la casa de Matt una llamada de su amiga que no se realizaba.

—Cogeré un taxi hasta su casa, tengo que hablar con ella.

“Entonces te acompañaré”.

Rachel pensó que Peter se mostraba protector como siempre.

—No es normal que no haya llamado, tiene que haberle sucedido algo.

La preocupación era evidente en el tono de voz.

“Recuerda el incidente en la calle”.

Ella no tenía modo de olvidarlo. Salir a la calle sola era mucho más negativo que enfrentarse a su peor pesadilla.

—Algo le ha pasado a Iris, y yo sigo esperando en la casa una llamada que no llegará.

“Puedes llamarla”.

—Ya lo he intentado muchas veces, pero no contesta.

“Te acompañaré”.

Rachel negó con la cabeza.

—Llevaré cuidado, lo prometo. Me mantendré alerta.

“No puedes impedirme que vaya contigo”.

—Ahora deseo que te quedes aquí.

“Te esperan allí afuera”.

Rachel era muy consciente de ese detalle. Desde que había contactado con el espíritu, todo había cambiado para ella.

—Lo sé.

“Espera algo mucho peor”.

Le advirtió.

—¿Peor que el espíritu con el que contacté en la casa de las niñas?

“Te busca el que no quiero nombrar”.

Rachel se estremeció violentamente.

—¿Qué tratas de decirme?

Todo era como un jeroglífico. En ocasiones Peter se comunicaba con ella de forma confusa.

—Si estás decidida a salir, yo te acompañaré —la voz de Matt le llegó por la espalda, e ignoraba cuanto tiempo había estado de pie mirándolos a ella y al fantasma sin que se percatara. El otro fantasma estaba detrás de su espalda.

Rachel no tuvo fuerzas para negarse porque le aterrorizaba contactar con la presencia violenta que acosó a su madre. Se había tomado la advertencia de su amigo fantasma muy en serio.

Pero cuando llegaron a la casa de Iris, no estaba. Todo era silencio. Rachel tocó el timbre de la puerta con insistencia, pero nada. La casa estaba completamente a oscuras.

Matt se sintió impotente y ella preocupada. No era normal en su amiga ese silencio. Finalmente regresaron de nuevo a la casa de él.

CAPÍTULO 15

Se removió cuando el frío que le recorría el cuerpo entero. Por instinto, se puso boca abajo. El helor le provocó un escalofrío. Antes había soñado con flores frescas, con agua de lluvia, pero ahora percibía un olor fétido que le provocó una arcada. Aferró con sus manos la almohada cuando sintió que la arrastraban hacia abajo. ¡Por qué motivo no podía abrir los ojos! Ahora estaba boca arriba.

«Ven».

El susurro le arrancó un estremecimiento de la cabeza a los pies. Rachel sentía que se caía de la cama.

«Ven».

Estaba paralizada. Sintió sobre su oreja un aliento de muerte que la dejó sin fuerzas. El peso enorme le impedía cualquier movimiento. Rachel sollozó cuando un dolor le cruzó el corazón. Parecía que una mano invisible le había traspasado el pecho y le estrujaba el órgano principal de su cuerpo para aplastárselo. Hizo un esfuerzo sobre humano y logró abrir los ojos apenas una rendija, y al hacerlo, vio una sombra terrorífica sobre ella.

El grito de su garganta acuchilló el silencio de la noche.

Se reincorporó sobresaltada, y con el terror más absoluto saliendo por sus ojos. Al momento, la puerta de la habitación se abrió con estrépito para cerrarse inmediatamente después. Los muebles se deslizaban de un lugar a otro, y los objetos más pequeños volaban por doquier en la habitación mientras la cama parecía que bailaba bajo ella.

La enorme sombra planeaba sobre ella, Rachel cerró los ojos y repitió la misma oración que había escuchado a Matt, volvió a sentir de nuevo la opresión en el pecho, pero fue durante un solo instante. Un segundo después, todo quedó quieto de nuevo. Rachel fijó sus pupilas negras en los espectros que había en la habitación, ¡eran decenas! Se mantenían a una distancia prudente, pero ella sentía un miedo real.

Peter fue el primero en acercarse.

“No pueden descansar, te necesitan”.

No hacía falta la explicación de Peter.

—¿Dónde está Matt? —pero Peter no contestó.

Y no hizo falta porque Rachel supo que si había fantasmas en la casa, era debido a que Matt no se encontraba en ella.

Lo siguiente que sintió Rachel fue que el frío se intensificaba. Los vellos se le pusieron de punta, y un segundo después que la zarandeaban con fuerza y la lanzaba contra la pared. Rachel tenía que salir de la casa, pero la aplastaban. Tenía que respirar porque se ahogaba, y trató de caminar hacia la ventana para lograrlo. Llegar hasta ella le costó lo indecible porque la empujaban, la arañaban y golpeaban. Cuando abrió las hojas para salir por ellas y escapar, Matt llegó a tiempo para sujetarla por la cintura. Había estado a punto de saltar al vacío. A Rachel no le importó la altura ni lo que había debajo, simplemente sentía una urgencia por huir de ellos.

Si Matt no la hubiera sujetado, ahora estaría muerta en las frías losas de la calle.

—¡No, no, basta! —gritó histérica.

Matt se hizo cargo de la situación y restauró el orden mientras ella gritaba como una loca. Peter y Charles también se marcharon.

—Ya se han ido —le dijo Matt en un susurro—. Querían que los ayudaras. Deseaban contactar por última vez —ella comenzó a llorar con desconsuelo mientras él la abrazaba con fuerza.

La llevó con cuidado hasta la cama.

—¡No estabas aquí! —exclamó angustiada—. Y me encontré—. estaba aterrada—. Creí que eras un muro de contención.

Rachel sufría una crisis nerviosa. Matt utilizó toda su fuerza para serenarla.

—No sabes cómo me duele que hayas pasado por esto.

Rachel hipaba y temblaba.

—¡Lo he visto! ¡Ha estado aquí! —gritó—. ¿Dónde estabas?

—Cálmate, Rachel —trató de tranquilizarla—. Había salido un momento del edificio, pero no he estado fuera ni veinte minutos.

—¡Déjame! —Matt no obedeció su orden, siguió sujetándola con ternura mientras iban remitiendo los escalofríos de pavor que la habían azotado momentos antes.

Matt la acercó a su pecho de forma protectora al mismo tiempo que le susurraba palabras de aliento, palabras que en ese momento no despreció porque las necesitaba.

—No tienes nada que temer, querían tu ayuda —las palabras pacientes fueron penetrando en su alma agitada de la misma forma que penetraba el cuchillo caliente en la mantequilla sólida.

Rachel relajó los músculos y se abandonó en sus brazos. Matt la fue llevando de nuevo al lecho, ella no podía pronunciar una palabra pues estaba mentalmente agotada. Sufría en silencio las pesadillas que seguían acosándola, y que le provocaban una angustia continua.

Matt la recostó sobre el almohadón.

—No quiero sufrir más pesadillas —confesó llena de inseguridad.

Los sollozos llegaron en silencio, y continuaron sacudiéndola hasta que fue incapaz de soltar una lágrima más. Matt se bebió sus lágrimas al mismo tiempo que acariciaba sus cabellos intentando transmitirle la paz que necesitaba.

—Puedo liberarte de ellas —Rachel no lo escuchaba, seguía sumida en sollozos pero que iban remitiendo poco a poco—. Cuéntamelas, y una vez que lo hagas, aligeraré tu carga —esta vez las palabras de Matt sí penetraron en el cerebro confuso de Rachel.

—Mis pesadillas son el único hilo que me mantiene unida a mi madre... ¿lo comprendes? No las quiero, pero tengo que sufrirlas —Matt le colocó un mechón detrás de la oreja con ternura.

—Te aferras a un recuerdo borroso. Ninguna madre querría que la recordaran de esa forma.

—¡No tengo más recuerdo de ella que ese! —lloró varias veces—. El día que murió fue el más trascendental de mi vida —los ojos de Matt seguían mostrándole una paciencia infinita.

El dolor de ella era un tormento para él.

—Voy a besarte... —Rachel lo ansiaba. Matt se fue inclinando hacia ella

lentamente—. De esa forma te tranquilizarás.

—Hazlo ya —lo urgió ansiosa.

—Besarte romperá las barreras del miedo y podrás caminar con absoluta libertad hacia los recuerdos que deseas —Rachel cerró durante un instante sus ojos.

—Sería maravilloso que pudieras hacer algo así —susurró esperanzada.

Matt le mostró una sonrisa llena de promesas.

—Ni te imaginas lo que sería capaz de hacer por ti... —la mano de Matt había sujetado la cabeza femenina con suavidad para girarla al encuentro de sus labios.

Cuando la boca de él tomó posesión de la de ella, una extraña tibieza comenzó a instalarse dentro del vientre de Rachel, y que ascendió desde su abdomen hasta su cerebro de forma imparable. El sabor de Matt, el olor de su piel, le trajo a la memoria el aroma de las tortas de canela que tanto le gustaban de niña, así como el olor de la lavanda que se mecen en los campos en un verano caluroso. La lengua de Matt se movía sobre la suya como si explorase una reliquia exquisita y delicada, buscó los rincones más escondidos, y los acarició con avidez aunque con infinita paciencia. Lamió el hueco en el interior de sus mejillas, mordisqueó sus labios con los dientes con sumo cuidado, sin brusquedad, haciendo con el movimiento de su lengua un rito de mansedumbre que aceptó ella sin una queja.

Rachel se perdía entre las sensaciones que le provocaba la lengua de él, y sintió cómo el nudo que había atenazado su corazón tras la pesadilla, iba deshaciéndose poco a poco.

Los dedos de Matt se habían deslizado por su cuello hasta sujetar su nuca. Masajeó la zona tensa sin despegar los labios de la boca de ella que seguía abierta a su reclamo. Estaba superada en sensaciones, y se extasió ante la paz que el transmitía, pero Matt no se conformó con un solo beso. La acarició despojándola suavemente del corto camisón, y honró los pechos descubiertos con sus dientes hasta endurecerlos. Rachel se retorció bajo las manos expertas de él, perdida en una nebulosa de placer indescriptible. Sintió la caricia en su centro femenino y se arqueó de forma involuntaria. Cuando instantes después Matt la penetró, Rachel estaba preparada para recibirlo.

Sentirlo era glorioso, y cuando comenzó a moverse en su interior de forma acompasada, el tiempo se detuvo para ambos, y los arrastró por ríos de lava candente. Nada la preparó para el potente orgasmo que sacudió su cuerpo, que se rindió al acto de amor de una forma completa.

Matt no había dejado de besarla en todo el tiempo que duró el orgasmo, Rachel se sentía feliz, saciada y completa. Supo que podría cerrar los ojos con abandono sin temor a sufrir otra pesadilla, y se encontró haciendo precisamente eso. Cuando Matt despegó sus labios de los de ella, estaba sumida en un sueño profundo, y por primera vez, libre de malos sueños.

Rozó ligeramente las tersas mejillas, le apartó una guedeja de pelo que dejó descansando en el hueco de su esbelto cuello.

¡Tenía que protegerla!

Matt inspiró profundamente antes de abandonar el lecho donde descansaba ella. Salió de la habitación en silencio mientras hacía planes urgentes.

Pero el descanso de ella duró muy poco. Dentro de la mente femenina una voz insistía llamándola. «Ven». Le indicaba un destino desconocido. Pedía auxilio, y cuando Matt abandonó la habitación, Rachel se alzó de su posición recostada. Tenía los ojos vidriosos.

—Ya voy...

CAPÍTULO 16

La calle Bacon era sin duda alguna la calle más famosa de Boston. Metro a metro iban apareciendo los edificios públicos: la State House, las casas de antiguas familias coloniales. Las edificaciones de los últimos tres siglos parecían obras de reciente construcción por el buen estado de conservación en el que se encontraban. La calle en sí era un derroche de elegancia y buen gusto, pero esos detalles no le importaban. Los pasos de Rachel eran seguros y firmes. Miró los números de las casas mientras las iba pasando en premeditado silencio. Cerró los ojos y concentró su percepción.

«Calle Bacon, casa de las cortinas azules».

La sensación de urgencia era algo que no podía ignorar. Sentía temor, pero la curiosidad era demasiado poderosa. ¿Quién la incitaba a ir? Lo más preocupante, ¿qué quería de ella?

Rachel se había escabullido entre las sombras y el silencio, para salir de la vivienda hacia un lugar que se repetía en su mente. No fue consciente de que había salido sola y sin protección en busca de respuestas. Recordaba perfectamente la paz que la había embargado tras la monstruosa pesadilla y posterior ataque que sufrió. Valoró el esfuerzo de Matt para aliviar su tortura, y cuando recordó el hermoso encuentro sexual de ambos, el corazón se lanzó a un galope temerario.

Diez años atrás, ella siempre había tenido miedo de él, pero en la actualidad se sentía protegida por él. ¿Qué había cambiado? Lo amaba, más incluso que en el pasado, y aceptó su derrota. Lo quería por encima del recuerdo monstruoso que tenía de su padre. Incluso aunque era el parasicólogo más fuerte de todos. Rachel quería pasar el resto de su vida a su lado, y lo había comprendido después de entregarse por segunda vez a él, quería confiar, sin embargo, antes tenía que averiguar quién la reclamaba, y mientras caminaba, sus pensamientos regresaron a Matt. Al hombre que había vuelto su vida del revés.

Era el muro de contención que siempre la protegería, y se preguntó por qué motivo le había llevado tanto tiempo aceptarlo.

Soltó un suspiro largo y pesado.

Rachel vio a los espectros que se agolpaban frente a una vivienda. Sus ojos reconocieron las cortinas de color azul que adornaban las ventanas de una casa pintada en blanco. Tras las rejas, había varias macetas con eneldo. Detuvo sus pasos frente a la puerta oscura, las figuras espectrales se apartaron a su paso, la rozaban y ella comenzó a percibir el miedo de ellos.

Por su boca comenzó a salir un espeso vaho helado.

—Ahora no puedo ayudaros...

La vivienda le resultaba familiar, pero los recuerdos se le escapaban. Su estructura grande y pesada se erguía hacia el cielo. A cada lado del marco de la puerta había dos grandes maceteros de terracota que tenía plantados dos pequeños laureles. Y los escalones tenían pintadas gruesas líneas blancas. Rachel supo que estaban hechas con sal. Bajó los ojos hacia la aldaba con forma de puño. De pronto, y sin previo aviso, a su memoria acudió la visión de una niña pequeña que subía los tres únicos escalones que separaban la casa de la calle arbolada. Unas manos masculinas y fuertes alzaban a la niña que no había terminado de entrar, y la estrechaba en su recio pecho. En su mente se formó la imagen de la sonrisa cálida, y la mirada de unos ojos de color verde intenso. El recuerdo la golpeó con brutalidad dejándola paralizada durante un momento. Cada poro de su piel comenzó a percibir el peligro, aun así no detuvo su insaciable sed por saber lo que se iba a encontrar tras la hoja de madera. No hizo sonar el timbre, pero retrocedió un paso hacia atrás de forma involuntaria. Inspiró de forma profunda y cuadró los hombros buscando el valor que necesitaba para cruzar el umbral. Tras la hoja de madera podría encontrar la respuesta a los cientos de preguntas que se hacía, y no lo pensó más. Intuía que la puerta no estaba cerrada, y no se equivocó. La madera cedió a su empuje con un chasquido suave sin haber hecho apenas presión con la mano. Se giró entonces, y observó a los espectros que deambulaban. Querían entrar, pero no podían. La hoja se abrió un tercio y Rachel pudo atisbar algo del interior antes de decidirse a entrar, y cuando lo hizo, escuchó un tintineo. Alzó los ojos y vio el colgador de campanas para puertas que todavía resonaba.

La casa olía a limón, laurel, romero y ruda.

El oscuro vestíbulo estaba bellamente decorado con oleos que mostraban diferentes grabados antiguos que ella reconoció. Había un único mueble en la entrada para depositar las llaves, y tenía varias campanas de plata de

diferentes tamaños. También un jarrón de cristal con un ramo de lirios blancos. La suave alfombra blanca cubría la mayor parte del suelo de madera. Hacia la derecha, el perchero contenía un abrigo y un sombrero de tweed inglés. En el suelo había un paragüero con un bate, diversos paraguas y un bastón con una cabeza de águila en la empuñadura. Las paredes estaban empapeladas de un suave color melocotón, y los ojos de Rachel volaron hacia la escalera pegada a la pared que subía en un único tramo a la segunda planta.

La sal, los laureles, las campanillas, las flores y el olor, era muy significativo: la casa entera estaba protegida contra los espectros malignos.

Todo estaba en silencio. Miró hacia un lado y hacia otro para determinar dónde podía comenzar su inspección, pero no había terminado de dar el primer paso cuando la detuvo una voz profunda.

—Te estaba esperando —el tono grave le llegó de forma precisa—. No tienes nada que temer —eso tendría que decidirlo ella, pensó Rachel llena de aprensión.

Había creído erróneamente que no había nadie en la casa.

Giró la cabeza hacia la calle, decidiendo si cerraba la puerta tras de sí o la dejaba entreabierta. Su atención estaba completamente centrada en la casa, y en la persona que esperaba su llegada.

—¿Quién eres? —preguntó con mucha cautela.

Un instante después, se movió un paso de forma sigilosa.

—Hace mucho que espero tu llegada —Rachel trató de que sus ojos se habituasen a la penumbra del vestíbulo. Una silueta se mantenía frente a ella quieta, como preparándose para su entrada en la casa. Rachel optó por cerrar la puerta tras de sí consciente de que eso podía significar un serio peligro—. Nadie va a hacerte daño. La casa está protegida.

No hacía falta esa aclaración porque ya lo sabía.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, el chasquido de un interruptor le hizo girar la cabeza de forma inconsciente hacia el sonido, y de inmediato una luz intensa la cegó por completo. Tuvo que parpadear varias veces para poder enfocar la visión de nuevo.

—Bienvenida —retrocedió un paso cuando fue consciente de la figura que

la seguía observando apoyado en el marco de madera—. ¿Puedo ofrecerte un café? —negó apenas con un gesto.

Quería verle el rostro, pero estaba en penumbras. Su cuerpo se mantenía en máxima tensión.

—Estoy aquí por un único motivo —la figura no respondió aunque avanzó un paso más hacia ella, entonces la luz dio de lleno en el rostro que se había mantenido parcialmente oculto a su escrutinio.

Cuando lo vio, soltó un gemido de espanto.

El culpable de sus pesadillas estaba parado delante de ella con una mirada ansiosa en sus ojos verdes. La sensación de alerta y angustia le produjo un pavor que fue incapaz de controlar. Recordó vívidamente y con crudo realismo, los sucesos que acontecieron años atrás y que provocaron la muerte de su madre y el terrible miedo que padecía ella. Empezó a respirar de forma entrecortada, con sobresalto.

¡Era una completa estúpida!

Se había metido por voluntad propia en la boca del lobo, y el pánico comenzó a bajar sin control por su estómago hasta sacudirle las entrañas. Las piernas le temblaban tanto, que Rachel era incapaz de comprender cómo no caía al suelo sobre sus rodillas. Su corazón había comenzado una carrera loca y sin control, los latidos golpeaban sus sienes. Era incapaz de emitir sonido alguno.

¡Tenía que huir!

Cuando lo vio caminar directamente hacia ella, cerró los ojos con impotencia ante su falta de energía para hacerlo. No podía moverse a pesar del odio que se reflejaron en sus pupilas. Tenía que escapar, pero seguía clavada en el suelo con el sudor perlándole la frente.

Matt se sentía terriblemente furioso consigo mismo. Suspiró con la paciencia hecha trizas. La había dejado apenas un momento cuando el crepúsculo aún no se había marchado, y cuando había vuelto a la habitación, ya no estaba. Matt miró con dureza al fantasma que ella llamaba Peter, y lo observó con una advertencia porque estaba deseando enviarlo al otro lado.

“No está herida”.

Esa conclusión lo llenó aún más de preocupación.

Charles hizo que tropezara cuando Matt se disponía a salir por la puerta con una determinación en sus ojos.

“Tiene un asunto que resolver”.

Matt no se conformaba.

—¡Pensé que estabais con ella para protegerla!

Con un movimiento brusco se giró hacia la ventana.

“No está en peligro”.

Reiteró Peter. Matt soltó una maldición precaria al mismo tiempo que se mesaba el pelo de forma impaciente.

“No, mientras esté con el otro caza fantasmas”.

Matt no creyó necesario decir nada porque ya sabía dónde podía estar ella, y un temor cierto le perforó los huesos hasta alcanzar el tuétano. Por ese motivo desconocía su ubicación, el padre de ella se lo impedía, y masculló de impotencia porque no estaba preparada todavía para enfrentarlo.

¡Maldito Dominic!

“La está esperando”.

Peter se refería a un peligro muy real.

—Lo sé, y gracias a su padre es posible que la encuentre.

“Hiciste mal al mentirle”.

Matt volvió su rostro con ira hacia la figura de Charles.

“No se miente a las personas que se aman”.

—Pospuse una conversación, nada más —la simple respuesta no convenció al fantasma amigo de Rachel.

“Ocultar, posponer, es una mentira más larga”.

Matt estuvo de acuerdo en que ella debía conocer los detalles antes de encarar a Dominic.

—Estoy perdiendo un tiempo valioso.

“Ella está a salvo”.

Matt no pudo apartar la vista del fantasma que delante de sus ojos se desdibujaba.

—Rachel conocerá los motivos de mí silencio.

“Él, no le hará daño”.

—Dominic Day se lo hizo cuando era una niña.

Matt tenía el cejo arrugado. Ideando, maquinando cómo manipular los acontecimientos a su favor.

“Iré con ella, la protegeré”.

La figura espectral de Charles ya abandonaba la estancia. Matt cerró los ojos ante el desastre que se avecinaba porque el fantasma no podría entrar en la casa de Dominic para proteger a Rachel.

CAPÍTULO 17

Seguía en completo silencio, observando el rostro que tenía delante de ella. Era un hombre tan imponente como recordaba. La mirada precavida subió desde la fuerte complexión de sus hombros hasta los ojos, ojos que le parecieron fríos y tremendamente peligrosos. Observó la gran estatura de él, así como su corpulencia. Su voz le había hablado con excesiva suavidad, pero para ella, esa ductilidad era sinónimo de amenaza. Rachel supo por instinto que ese hombre podía ocasionarle mucho daño, tanto como en el pasado, y cuando lo vio dar un paso hacia ella, se obligó a no retroceder hacia la puerta, si bien mantenía la alarma reflejada en los ojos.

—No tienes que tener miedo —si pretendía confundirla con sus palabras, lo había conseguido con creces.

Todas las pesadillas que sufría eran por su culpa. Su madre había muerto por su culpa. Había abandonado a Matt por su culpa...

El hombre seguía caminando despacio hacia ella con un propósito en los ojos que ella entendió.

—Te odio... —fue incapaz de terminar la frase. Le temblaba tanto los labios que no podía organizar las palabras en la boca para formar una frase coherente—. Ojalá estuvieras muerto.

Fuera se escuchó un sonido atronador, un tañido que muy pocos humanos podían captar.

—Pero no lo estoy.

Siguió retrocediendo hasta que su espalda dio contra la madera de la puerta de la calle, estaba a un paso de la liberación, podría darse la vuelta y escapar por segundos, aun así, sus pies siguieron clavados al suelo.

—Tu lugar está aquí, a mi lado, bajo mi protección —le dijo su padre.

Las pupilas femeninas brillaron con el horror más absoluto, y la desconfianza más negra.

¿Protegida por él? ¿Su madre estaba muerta por su culpa!

—¡A tu lado, jamás! —la exclamación salió como una exhalación por su

boca—. ¿Por qué motivo me has traído hasta aquí? —la capacidad extrasensorial de él era tan fuerte como la de Matt—. ¿Piensas asesinarme como a mi madre?

Dominic soltó un suspiro largo, al mismo tiempo que cruzaba los brazos al pecho. Separó las piernas para afianzarlas al suelo.

—¿Por qué motivo querría asesinarte o mentirte? —la mente de ella trató de analizar las posibles razones y se le ocurrieron cientos.

—¿Venganza? —se aventuró a preguntar, pero la mirada severa del hombre le produjo otro nuevo escalofrío que le llegó hasta la base de la nuca.

Estaba completamente desconcertada.

—No estás aquí para que te asesine —Rachel suspiró porque quería irse pero algo la retenía en la casa—. Siempre has sido mi único propósito, y Matt lo sabe —no entendía nada. ¿Por qué mencionaba a Matt? ¿Y por qué Matt no le había dicho nada?—. Tengo que protegerte, pequeña —las palabras enigmáticas le hicieron perder la poca serenidad que había logrado reunir.

Rachel siguió desorientada y perdida allí de pie en el vestíbulo cerrado. Un momento después, sujetó el pomo de la puerta con cuidado.

—No debí venir —admitió arrepentida.

—Pero no vas a huir porque sientes demasiada curiosidad para esa salida cobarde a pesar del temor que te produzco.

¿Cómo la conocía tan bien? ¡Qué estúpida! Sabía lo que pensaba a cada momento.

—Es cierto, no soy una cobarde —al menos no le había temblado la voz, y esa circunstancia la hizo sentirse en parte orgullosa—, pero temo lo que eres capaz de hacer porque lo he visto, ¡mi madre lo sufrió! —Dominic entrecerró los ojos con un brillo extraño.

Rachel era consciente de que solo podía tratar de ganar un poco de tiempo hasta conocer qué pretendía, y por qué estaba en la casa. Después pensaba marcharse para siempre.

—Me alegro de que estés aquí —no se permitió creer sus palabras—. Es cierto, pequeña. He tratado de ponerte en contacto contigo en innumerables ocasiones, pero siempre me has rechazado.

Rachel no supo por qué, pero no se creyó esas palabras.

—Yo no me alegro en absoluto.

—Soy tu padre, y merezco un respeto.

—Mi padre murió en el mismo instante en el que permitió la muerte de mi madre.

Dominic ladeó la cabeza y la miró con intensidad. Rachel, en dos pasos, cruzó por delante del hombre sin rozarlo, y sin darle la oportunidad de asirla por el codo como había sido la intención de él. Había descartado salir de la casa porque en ese momento necesitaba respuestas para los recuerdos borrosos que tenía.

Se dirigió directa hacia al salón.

—Palabras demasiado duras para alguien tan joven —replicó Dominic aunque ella le daba la espalda.

Una vez en la amplia y acogedora estancia, Rachel se mantuvo cerca de la chimenea con el fuego calentándole el dorso, aunque era junio la casa estaba demasiado fría. Rachel rectificó, no era la casa sino ellos que estaban rodeados de fantasmas. Cruzó las manos detrás en la espalda mientras paseaba sus ojos por la estancia evaluando las posibles vías de escape.

Tras un momento que a ella le pareció eterno, Dominic terminó de cruzar la estancia con pasos precisos.

—Estoy aquí por... —con un dedo la conminó a que callase mientras le servía un café sin que ella se lo hubiera pedido.

Cuando Dominic extendió su brazo con la taza llena del oscuro líquido, fue consciente de la desconfianza que rezumaban los ojos de su hija. ¿Creía que estaba envenenado? Dominic se llevó la taza a los labios y bebió un trago con rostro severo.

—No te recordaba así de desconfiada —Rachel seguía callada, y sin coger la porcelana que él le ofrecía.

Dominic, tras unos segundos, hizo un leve encogimiento de hombros y depositó el café en una mesita auxiliar.

—Como deseas.

—Tengo muchas preguntas... —comenzó ella.

—Y yo tengo todas las respuestas, siempre las he tenido —Rachel había comenzado a protestar, pero Dominic la volvió a silenciar con la mirada—, pero serán dadas a su debido tiempo. Hasta entonces, te invito a que disfrutes de la hospitalidad de mi casa.

Las palabras de él aumentaron su antagonismo. Durante un momento largo y tenso, Rachel evaluó si ella podría ser el instrumento que necesitaba su padre para seguir con sus experimentos paranormales.

—¿Por qué la mentira? —Dominic seguía sin inmutarse a los ataques verbales de ella.

—Nunca te he mentado —sintió la imperiosa necesidad de hacerle tragar esas palabras—, solo manipulé la verdad un poco en el pasado, y si te incité a venir hoy es por un asunto muy importante: tu vida está en peligro.

Su padre no podía ser más claro ni contundente, Rachel supo que se refería al espíritu que atormentó a su madre en el pasado.

—Va a matarme, ¿verdad?

Dominic la miró completamente serio.

—No lo hará.

Dominic fijó sus pupilas negras en el rostro de ella con una intensidad abrumadora.

—La mató a ella, me busca desde entonces.

Él, dio un paso hacia su hija.

—Las cosas no ocurrieron así. Tu mente las ha desvirtuado para justificar el odio que necesitas sentir. Ese odio es el que te hace tan vulnerable, y vivir en una constante mentira —Rachel inspiró profundamente—. Eras una niña preciosa, con una personalidad fuerte y decidida hasta el extremo de aterrorizar a tu madre —un sonido de sorpresa salió por la boca de Rachel.

Sus palabras le parecieron hirientes.

—¡Mientes!

—¿De verdad lo piensas? —creyó que él adulteraba la verdad para desconcertarla—. Pronto podrás averiguarlo por ti misma —¿a qué se refería?

Se pregunto.

Rachel había abandonado su puesto vigilante en la ardiente chimenea.

—Mató a mi madre por tu culpa —Dominic entrecerró los ojos apenas una línea para mirarla intensamente, pero sin ofensa en los ojos.

Rachel seguía observándolo con el rencor saliendo por sus pupilas negras, como si fuesen puñales envenenados.

Era una niña pequeña, pero recordaba muy bien cuando se mudaron a Amytville para que él pudiera hacer sus investigaciones sobre los espíritus. Era tanto el miedo que observó en su madre, que sus bellos ojos aterrados la acompañaban desde entonces en cada sueño, en cada pesadilla. Su padre las había llevado a un mundo tenebroso lleno de maldad.

—El odio está separado del amor por una línea muy fina —respondió él.

Rachel se sentía incapaz de comprender sus palabras.

—Te odio con toda mi alma —le escupió furiosa.

—Es la segunda vez que lo dices, pero permíteme que te corrija, no me odias, es solo que no sabes discernir la verdad entre las mentiras que ha creado tu mente para justificar mi ausencia —ella le dio la espalda un momento para apoyar las manos sobre la pulida madera del aparador.

Unos fuertes golpes dados en la puerta de la calle los distrajeron. De pronto, Matt hizo su aparición por el hueco que dividía la sala y el vestíbulo. Rachel observó su semblante serio y preocupado. Era consciente que se sentía así por ella.

El rostro de Dominic cuando vio a Matt mostró una emoción indefinida, y algo más, como un sentido de reconocimiento. Ambos hombres comenzaron a medirse con los ojos.

—Confío que hayas sido paciente con ella —Matt parecía amenazante.

—Tus palabras me ofenden —respondió Dominic—. Te recuerdo que Rachel es lo único que me queda en esta vida física.

Rachel recorrió la estancia tratando de recordar por qué sentía esa sensación molesta. Su estómago se sacudía con emociones precisas de afinidad y rechazo.

El rompecabezas se complicaba.

—¡Deja que se vaya! —la orden dada por Matt a Dominic detuvo sus pensamientos confusos.

—Tiene que saber la verdad —dijo su padre.

—¿Qué verdad? —preguntó ella.

Los dos hombres la ignoraron.

Rachel escudriñó con ojos sagaces a los dos hombres que se mantenían de pie en el salón. La estatura de Matt y Dominic era bastante similar aunque Dominic era más recio, y con los rasgos del rostro más marcados.

—No está preparada, todavía no —argumentó Matt—. Pensé que sí, pero estaba equivocado, como tú lo estás ahora.

—¿¡Qué verdad!?! —les grito a ambos.

Con su estallido acaparó la atención de los dos.

—Rachel...

—¡No! —exclamó Matt.

Pero Dominic hizo oídos sordos.

—Rachel, pequeña... —comenzó de nuevo. Ella se giró hacia la voz de su padre—. No tuve la culpa de la muerte de tu madre, la tuviste tú —concluyó.

El silencio que sucedió a continuación resultó premonitorio.

CAPÍTULO 18

Tras escucharlo, sintió que un dolor sordo la espoleaba con fuerza de forma sorpresiva. De todas las respuestas que había venido a buscar, esa era la más inverosímil, y también la más inesperada. Clavó sus ojos castaños en su padre tratando de adivinar por qué insólita razón le mentía, pero la claridad en los verdes le produjo un escalofrío. Si eran ciertas sus palabras, ella lo recordaría. Retrocedió un paso hacia atrás con el estupor dibujado en su rostro que se había vuelto cetrino. Su espalda chocó con el aparador y sintió que las piernas le fallaban. Cerró los párpados un instante ante la magnitud de la noticia que acababa de recibir.

Tras la revelación sintió rencor, vacío, y una profunda desesperación.

—¡Eso es... es... mentira porque...! —tartamudeó—, porque lo recordaría.

Sentía una opresión en la garganta, aunque pudo mantener la postura firme.

—Si vas a contarle la verdad, hazlo de una vez —la orden de Matt hizo que le subiera la bilis a la garganta, donde quedó adherida hasta provocarle náuseas.

—Lo llevo deseando más de veinte años —respondió.

A ella le entró el pánico. ¿Y si le decían la verdad? Sería horrible descubrirlo.

—¡No! —exclamó de pronto—. No quiero saberlo.

—¿No estás preparada todavía? —quiso saber su padre.

Se sentía incapaz de comprender o captar el sentido de lo que se respiraba en la habitación. Sus nervios estaban crispados.

¡Ella no podía haber matado a su madre! La sola sugerencia le parecía infamante.

—El tiempo se agota —dijo Matt que miraba fijamente a Dominic.

—Estoy buscando las palabras adecuadas —respondió el otro.

Rachel seguía la conversación de los dos con sumo interés. Dio dos pasos

para poner distancia entre ambos con una mirada angustiada.

—¡Díselo Dominic de una vez!

Durante una milésima de segundo, ella pudo apreciar en los ojos de Matt un sentimiento de disgusto y de arrepentimiento, que logró desconcertarla por completo. Los ojos de Rachel se redujeron a una línea.

¡Había mantenido contacto con su padre a sus espaldas! ¿Desde cuándo? Se preguntó.

—Creía que ibas a ayudarme, Matt, ¡te necesitaba! —las cabezas de los dos hombres se giraron hacia ella ante el sonido seco de su voz—, pero ya no quiero tu ayuda —Matt apretó sus labios al escuchar sus palabras, le hizo un gesto con la cabeza para que contuviese su impaciencia.

Ella lo ignoró por completo.

—¡Nada es lo que parece! —le contestó serio.

Rachel arrugó el ceño. No había ninguna duda de la participación de Matt en todo ese lío. Ella odiaba a su padre, y Matt la había traído hasta él.

—¿Y qué crees tú que me parece? —le preguntó.

Matt respiró con cierta dificultad pues sabía todo lo que ella estaba sintiendo en ese preciso momento: desconcierto, vulnerabilidad, pero ya no había vuelta atrás.

—Tu padre dice la verdad —contestó al fin.

Rachel se lo esperaba, se lo había temido, y aun así, escuchar las palabras que salían por sus labios, labios que había besado, labios que le habían mentado...

—¡Basta! Dejad este juego —estaba al borde de la histeria, y ninguno de los dos parecía darse cuenta del daño que le estaban infringiendo con sus deducciones y frases inconclusas.

—Debes creerme, Rachel —medió Dominic que se acercaba lentamente hacia ella.

—¡No es cierto! —gritó rabiosa—. Mi madre... mi madre... —no podía continuar de la angustia que sentía—. Recuerdo la poderosa fuerza invisible que la golpeaba en la mejilla hasta partirle los labios. Cómo era lanzada hacia

la cama para violarla mientras presionaba su rostro con la almohada para impedirle que gritara —Rachel jadeaba por los recuerdos—. Cómo temblaba todo en su habitación, y cómo se cerraban las puertas para impedirle el paso. La poderosa fuerza la seguía y la acosaba...

Matt trató de acercarse un paso, pero Dominic se lo impidió. Ella necesitaba mantenerse a cierta distancia de los dos.

—Sigue —la instó el padre.

—Los ataques se intensificaron, pero tú no hacías nada —lo acusó con ira—. Fue a la policía, y nadie la creyó.

—Quiero recordarte que en la casa había un grupo de gente numeroso, y suficiente instrumental científico para tratar de saber lo que ocurría —le dijo el padre.

Los ojos de Rachel estaban fijos en un punto indeterminado de la estancia recordando.

—Mamá se quejaba de que el médico le insistía que todo estaba en su mente —continuó ella.

—Pero tu madre decía la verdad —intervino Matt—. Tu padre casi se da por vencido, pero una noche, el espíritu se manifestó mediante unos rayos de luz alrededor de la habitación, y ante las exigencias de tu padre para que le revelará su verdadero ser, el espíritu se manifestó como un orbe enorme incandescente.

Rachel parpadeó confusa porque no lo recordaba.

—Dos científicos y cuatro parasicólogos —continuó el padre—, debatimos mucho lo ocurrido entonces, y viendo las fotos tomadas y las diversas pruebas, llegamos a la conclusión de que era un espíritu que había cruzado de un plano dimensional a otro.

—Recuerdo que mamá corría desesperada. Gritaba pidiendo ayuda, pero tú no estabas con nosotras.

—¡Rachel! Estaba allí tratando de protegeros a las dos.

¿Por qué su padre había dicho a las dos? Y de repente se despertó en su interior un sentimiento que hizo que su corazón se sacudiese con un miedo súbito, caliente, y tras el primer latigazo de luz, las imágenes comenzaron a

desfilan por su cabeza en un éxodo silencioso que le produjeron una angustia difícil de contener.

—Trataba de proteger a tu madre de ti...

Dominic acababa de abrir la caja de Pandora.

—¿Por qué... por qué de mí?

Matt miró a Dominic completamente furioso, un segundo después un velo amenazador empañó sus ojos en una muda advertencia. El giro que estaban tomando los acontecimientos no le gustaba en absoluto. Dominic no estaba llevando el asunto bien.

El rostro de Rachel estaba mortalmente serio.

Matt la interceptó antes de que alcanzara el marco de la puerta para salir de la casa. La sujetó por el codo, ella trató de soltarse pero no lo consiguió, y al contacto el deseo volvió a prender dentro de ella con una ferocidad alarmante, jadeó ante la sorpresa del ataque a sus sentidos.

—Quiero irme...

—Deberías escuchar lo que tu padre tiene que contarte. No lo está haciendo de la forma correcta, pero escúchalo, por favor —Rachel hizo un gesto airado al mismo tiempo que sus ojos se encendían con una pasión que no podía ocultar.

Subía por su estómago hasta su garganta sin que ella pudiese hacer nada para evitarlo. Se sentía horrorizada por lo que le contaba su padre, y al mismo tiempo excitada por el contacto con Matt.

El intercambio de miradas entre ambos hizo que Dominic redujera los ojos a una línea por la revelación que se abría ante él: entre Matt y Rachel había algo más que palabras, como en el pasado. Dominic se había mantenido en un silencio de lo más extraño que finalmente rompió.

—Juré que te protegería —Rachel volvió su rostro confuso hacia Dominic con una réplica amarga que no detuvo. Estaba tan enfadada, que ya nada le importaba los motivos o las razones que esgrimía.

—Pero estabas tan ocupado persiguiendo fantasmas que no te importó la soledad de mi madre hasta que sufrió el ataque de uno de ellos —soltó ofendida.

Era incapaz de contener su ira, pero no podía huir porque las manos suaves y tiernas de Matt se lo impedían.

—Escúchalo, como lo hice yo cuando me abandonaste esgrimiendo la razón más absurda de todas: que me tenías miedo.

—¡Y te lo tenía! —exclamó con los ojos llenos de lágrimas.

—Hay una verdad importante que tienes que conocer —insistió Matt.

Pero Rachel no quería escuchar.

Matt sujetó sus manos y las llevó a su pecho. Quería calmarla porque conocía sus sentimientos. El enorme sufrimiento que padecía, pero Rachel lo empujó para separarlo.

—¡Idos al diablo!

CAPÍTULO 19

Se miró las manos que se habían quedado frías aunque seguían cogidas a las de Matt. Lo había empujado para separarlo de ella, pero él no se lo había permitido. De pronto, no soportó el roce de su piel ni el intento de confortarla. Hizo un nuevo intento por retirarlas mientras cerraba los ojos vencida. No podía mirarlo pues se sentía llena de desasosiego e incapaz de descifrar el jeroglífico que habían soltado sobre su cabeza.

Las piezas del rompecabezas giraban sin control delante de sus ojos mareándola.

—Te suplico que me escuches —Rachel siguió en silencio—, necesito explicarte mi verdad —las palabras de Dominic quedaron suspendidas en la sala.

Nada podía conmoverla salvo el ansia loca de salir a la calle para poder respirar de nuevo, aunque la presión mental que ejercía Matt sobre ella le impedía dar un paso. Rachel reunió el último vestigio de curiosidad que le quedaba, y se volvió de golpe hacia su padre con un interrogante en sus ojos, interrogante que formularon sus labios de forma áspera.

—¿Por qué te marchaste y nos dejaste solas? —trató de controlar el temblor de su voz, pero inmediatamente después de haber formulado la pregunta, se arrepintió. Había mostrado debilidad—. No, no me contestes, no sé si sería capaz de soportar otra mentira.

Rachel ya se daba la vuelta hacia el vestíbulo cuando la respuesta de Dominic detuvo nuevamente sus pasos.

—Me fui para protegerte —iba a romper a llorar en cualquier momento, lo necesitaba.

—¿Sabes lo que es la resignación, papá? —captó con su pregunta toda la atención de él—. Te resignas cuando aceptas tus limitaciones, cuando sabes que tu capacidad interior es escasa, poco fructífera, y a pesar de ello no te rebelas ni te enfadas. Asumes una actitud apática de conformismo.

—¿Qué tratas de decirme? —le preguntó él.

Rachel abrió la boca pero no pudo responderle porque Peter estaba fuera

de la casa. Lo supo en el instante que trató de comunicarse con ella. Seguramente habría llegado con Matt, pero la casa estaba protegida contra los fantasmas.

—Peter... —dijo el nombre tan bajo que ni su padre ni Matt la oyeron.

“Sufres mucho”.

Dominic tomó las riendas de la conversación.

—Admito que todo comenzó en Rockaway —fue escuchar el nombre, y Rachel sintió una convulsión—. Quería investigar los sucesos que allí le sucedieron a una familia normal, tan normal como la nuestra.

Cuando su padre citaba la normalidad quería decir que los miembros que integraban la familia no tenían ningún don paranormal como la adivinación o la clarividencia.

—Conoces el suceso —le recordó, ella asintió—. Un joven completamente normal asesinó a sus padres y a sus hermanos alegando que se lo había ordenado un espíritu.

—¿Y tus conclusiones fueron que era cierto? —inquirió ella.

—Algo contactó contigo allí —respondió el padre.

Rachel cerró los ojos, un segundo después se dio la vuelta para marcharse.

—¡Escúchalo! —la instó Matt.

—¿Qué tengo que escuchar? —preguntó con angustia.

—Lo que contactó contigo no buscaba a tu madre —continuó Dominic.

—¡La mató! —exclamó ella con un hilo de voz.

—Tu madre se suicidó —soltó de pronto su padre cansado de andar por las ramas.

Rachel no podía creérselo.

—¿Suicidio? —preguntó, y al ver el rostro enjuto de su padre, supo que no le mentía—. ¿Por mi culpa?

Matt se sentía fatal al verla así de desvalida. Pero Rachel tenía que recordar. Era imperativo que lo hiciera.

—Tienes el don de la nigromancia —las palabras de su padre la golpearon.

Rachel sabía qué tipo de don era. La nigromancia pertenecía a la rama de la adivinación que se dedicaba al vaticinio del futuro mediante la invocación de espíritus. Era una práctica antigua común a la tradición mística o sobrenatural de varias culturas como la egipcia, la mesopotámica, persa, etc. En la antigüedad se le había considerado un don negro, maligno.

—¡No es cierto! —exclamó.

—Lo es —aseguró el padre.

—Pero no es un don sino una maldición —replicó agobiada.

—Además del don de la nigromancia, de niña desarrollaste el don de la clarividencia, por ese motivo puedes contactar con cualquier espíritu y puedes verlos como Matt —Dominic calló un momento antes de continuar—. Aquello que se comunicó con el joven Miller, contactó contigo en Rockaway.

Rachel había hundido los hombros.

—¿Por qué me has dicho que te fuiste para protegerme? —en vista del rumbo que había tomado la confesión, Rachel tenía que saberlo todo.

—Tras Rockaway, comenzamos a huir de una ciudad a otra, pero ese espíritu terminaba por encontrarte. Fue tanta la desesperación que sentimos, que tu madre me pidió que me alejara un tiempo de vosotras —Rachel parpadeó una sola vez—. No quería abandonar mis investigaciones sobre lo paranormal, y tu madre me hizo entender que era un peligro para ti, porque te dejaba al descubierto cada vez que contactaba con un fantasma.

Esa explicación tenía sentido.

—¿Por qué se suicidó mi madre? ¿Y por qué mis pesadillas me hacen ver otra cosa?

—Veías visiones de otras mujeres, pero eras muy niña —Dominic calló un momento antes de continuar—. Mientras crecías, las visiones de esas mujeres las confundías con tu madre.

Rachel se llevó la mano a la garganta.

—Entonces, ¿a quién golpeaba y violaba el espíritu si no era a mamá?

Dominic tardó unos segundos en responder.

—A tu tía Elsa. Viviste un tiempo con ella después de lo Rockaway. Tu madre y yo lo decidimos así para protegerte.

Todo cobraba unas dimensiones nuevas para ella.

—¡Oh, Dios mío! —casi gritó porque recordó algo que se había mantenido oculto en lo más profundo de su memoria—. ¿Me llevaste a Fall River?

Los ojos de Matt se entrecerraron. ¿Había dicho Fall River?

—¿Recuerdas ahora a la tía Elsa, y a tus primos?

¡Claro que los recordaba! Había contactado con ellos en Fall River salvo que entonces no lo sabía. ¡Matt los había enviado al otro lado!

—Tu prima Lorraine le prendió fuego a la casa para acabar con el espíritu que atormentaba a su madre. Todos murieron en el intento.

—¿Dónde... dónde estaba yo?

—En el hospital, acababan de operarte de apendicitis. Si hubieras estado en la casa... —Dominic hizo una pausa bastante significativa—. Estás viva de milagro.

Rachel se quedó en silencio tratando de asimilar lo que su padre le contaba. Las joyas que habían encontrado las dos niñas en Fall River pertenecían a su tía, ¡por eso había reconocido el collar de perla!, y ahí estaba el vínculo.

—¿Y mamá? —preguntó con un hilo de voz.

—Tras lo de tu tía y tus primos, tu madre acabó por temer tus dones psíquicos. Vivía asustada de tu facultad y percepción sobre el mundo paranormal —continuó con palabras calmadas—. Atraías a todo ser espiritual con una ferocidad alarmante desde el mismo momento que alcanzaste los dos años —Rachel lo escuchaba atenta—. Al principio creímos que el vínculo con los espíritus era debido a mi trabajo, pero cuando me alejé, comenzaste a desarrollar poderes extrasensoriales muy fuertes.

A Rachel se le hacía difícil seguir escuchando.

—¿Cómo... cómo se suicidó? —preguntó al fin con un hilo de voz.

Todas sus pesadillas eran fruto de su mente confusa.

—Se tomó un frasco entero de somníferos, y se metió en la bañera.

Fue escucharlo y creer que se desmayaría de la impresión.

Tras asimilar la revelación de su padre, Rachel decidió marcharse porque necesitaba comprender todo lo que le había contado.

Y durante un par de días se negó a mantener ningún tipo de contacto con él porque necesitaba tiempo, por ese motivo se recluyó en la vivienda de Matt para pensar y tomar decisiones.

Matt respetó su decisión.

CAPÍTULO 21

Rachel miró la espalda de su padre que seguía observando la ventana completamente en silencio. Había insistido en mantener contacto con ella, pero Rachel necesitó un tiempo para ordenar sus ideas, tomar decisiones, y actuar de la forma más ecuánime posible, pero él no se había dado por vencido. Había decidido acudir a la casa de Matt y esperar hasta que ella decidiera hablar con él.

Dominic Day, el parasicólogo más reconocido desde hacía décadas, era su padre, y un gran desconocido para ella.

—Lamento no haber atendido a tus llamadas —las palabras femeninas fueron pronunciadas apenas en un susurro—, pero tenía que alejarme de allí para aclarar las ideas.

—Comprendo esa decisión —le dijo Dominic.

—Está justificada —replicó ella.

—Lo sé, y no sabes cuánto lamento que desconfíes.

Trató de controlar el nerviosismo que sentía.

—Fui injusta al acusarte de esa forma, pero mis recuerdos te hacían ver como un monstruo cuando el monstruo soy yo —dijo de pronto Rachel con un hilo de voz.

Dominic hizo un gesto negativo que ella agradeció en medio de la tribulación que sentía.

—Ni te imaginas cómo me afectó tener que alejarme de tu lado —había partes de su vida que todavía no recordaba, sin embargo, había sido muy injusta con su padre y era el momento de arreglarlo.

—Deseo recordar todo... y necesito tus explicaciones —le dijo. Los ojos paternos le mostraron que nada en el mundo le gustaría más—. Necesito que me cuentes la historia de mi vida de forma completa, sin obviar nada por más duro que pueda resultarme —Dominic asintió con la cabeza—. Tengo imágenes en mi cerebro que se desdibujan, mucho más con el paso del tiempo.

El hombre extendió la mano derecha en clara sugerencia de acercamiento.

Ella aceptó la invitación con una sonrisa nerviosa. Era su padre, pero lo había odiado durante tantos años, que ahora no sabía cómo actuar con él.

Los nudos en su estómago se deshacían al fin.

—No pude llegar a tiempo —la hija le prestó toda su atención, sabía que Dominic se refería a la muerte de su madre—. Te alejamos de nosotros, apenas tenías cinco años y nos vinimos aquí a Boston. Tu madre te dejó con la tía Elsa porque te temía. En un principio creyó que yo era una influencia negativa para ti, que mis poderes extrasensoriales acrecentaban los tuyos, y no le faltaba razón.

—Me tenía terror, entonces me pregunto ¿me quería más que me temía?

Dominic meditó un instante antes de responder.

—Con toda su alma, pero tenía que alejarte de ella, de los dos —Dominic calló un momento antes de continuar—. Eras una niña preciosa, inteligente, y muy sensible, por ese motivo nunca estabas sola.

Rachel supo que su padre se refería a los espectros.

—Los fantasmas con los que he contactado nunca han tratado de hacerme daño.

—Porque son muertos que no se resignan a dejar el mundo de los vivos, por eso contactan contigo, para que los ayudes a tener un último contacto con los suyos. Tu aura es muy poderosa, pueden verte con facilidad.

Rachel decidió variar el rumbo de la conversación para regresarla de nuevo a su madre.

—¿Por qué no consigo acordarme de todo? —la pregunta dolorosa hizo que Dominic se acercara hasta ella.

Puso una mano en su hombro izquierdo tratando de infundirle ánimos.

—Por esos fantasmas guardianes que siempre te acompañan allí donde vas.

—¿Peter y Charles? —su padre asintió—. ¿Qué sabes sobre ellos?

—Apenas tenías dos años cuando ya hablabas con ellos, incluso desde la cuna. Tu madre pensó que eras una niña precoz en el lenguaje, pero nada más lejos de la verdad. Jugabas con ellos, le hablabas a tu madre sobre ellos, e

ingenuamente creyó que eran amigos imaginarios, como los que tienen cientos de niños en todo el mundo.

Desde que recordara, Peter y Charles siempre habían estado con ella. Incluso en la maldita sesión de espiritismo cuando la urgieron a huir porque corría grave peligro en la casa, pero era la casa de su tía, de sus primos. Los que habían muerto en el incendio.

—No desean cruzar al otro lado, y no soy capaz de obligarlos, pero Matt insiste.

—Tienen que hacerlo, no deben seguir en el mundo de los vivos. Es un poco egoísta por tu parte que los mantengas cerca de ti, sin pertenecer a este mundo ni al otro.

Una duda creciente hostigada a Rachel produciéndole un desasosiego inexplicable.

—Ahora no puedo decidirlo, pues son como los familiares que nunca tuve.

Dominic decidió cambiar de conversación.

—¿Qué hay de nuevo entre Matt y tú?

Rachel parpadeó tímida. Era una pregunta muy personal de la que no quería responder, pero se armó de valor.

—Lo abandoné porque era parasicólogo como tú, y me recordaba constantemente lo que había sufrido por tu culpa, pero cuando fui a Fall River, sentí que mi vida corría un peligro verdadero, y él era la única persona que podía ayudarme, por eso contacté con él.

—Matt siempre ha sido un hombre íntegro.

Rachel entrecerró los ojos.

—Me mintió con respecto a ti. Creía que no te conocía en persona.

—Fui yo el que se puso en contacto con él. Le hablé del peligro que existe ahí afuera para ti, y necesitaba que alguien te protegiera. Matt es el mejor parasicólogo que conozco. Nunca comete un fallo. Siempre se arriesga, no he conocido un hombre como él.

—¿Cómo lo conociste?

—Después de que lo abandonaras. Trabajamos juntos en un par de casos, y

terminé contándole mi terrible experiencia.

Rachel pensó que la confesión de su padre era cuanto menos sorprendente.

—Nunca me dijo nada sobre ti, sobre lo que conocía de mi pasado.

Los ojos de Rachel divagaron por la estancia.

—No hace falta que le digas nada porque lo intuye todo, sabe lo que piensas sin que se lo digas.

—A eso se le llama ventaja.

Dominic no pudo ocultar un suspiro cansado.

—Cuando supe que habías contactado con él para pedirle ayuda, entendí que había llegado el momento de un acercamiento entre nosotros. Matt ya conocía nuestra historia, y estuvo de acuerdo en ser el medio que te acercara de nuevo a mí para sincerarme.

—Ninguno de los dos conocéis el concepto sinceridad —lo acusó.

—Te ama, porque no dudó en protegerte cuando se lo pedí.

Matt había ignorado sus mensajes antes de que lo drogara para obtener su ayuda, y se dijo que todo debía pertenecer a una estrategia porque de lo contrario no podía comprenderlo. De pronto soltó una exclamación sorprendida. En los últimos diez años, ella había contactado solo con fantasmas que en modo alguno eran peligrosos. Y supo en ese instante que Matt la había protegido. Había sido su muro de contención hasta su llegada a la casa de su tía Elsa.

Allí había vuelto a contactar con el verdadero monstruo.

—¿Matt ha estado cerca de mí? —preguntó aunque sabía la respuesta.

—Siempre.

Mantén una conversación con un padre que hacía más de veinte años que no veía. Parecía como si entre ellos no hubiera existido la separación.

—Fui muy injusta con él —admitió turbada—, pero no podía vivir siempre con miedo.

—Dime, Rachel, en estos diez años que has estado alejada de él, ¿no has sentido miedo? —le preguntó Dominic.

Rachel no podía mentir. Siempre había tenido miedo. Primero lo había achacado a su padre, después a Matt...

—Siempre he tenido miedo, y ahora mucho más.

Rachel le contó a su padre todo sin dejarse nada.

—Es el mismo espíritu de la casa de Rockaway —reveló Dominic pensativo—. Llevo persiguiéndole más de veinte años.

—Deseo que me deje en paz, que no vuelva a contactar conmigo.

—Solo hay una forma posible, y es enviándolo al lugar donde pertenece. Este no es su mundo.

Rachel se quedó pensativa unos instantes.

—Tendré que hacer de cebo para lograrlo —admitió asustada.

Dominic quería abrazarla, pero se contuvo.

—Tienes a Matt, me tienes a mí, no permitiremos que te haga daño.

A Rachel le causó curiosidad que su padre su hubiera incluido en segundo lugar por detrás de Matt. Ni padre e hija se dieron cuenta de que la puerta de la habitación se había abierto con sigilo.

—Ahora me toca a mí mantener una charla —anunció Matt con una ligera sonrisa—, y de recibir los reproches que merezco por no decirle la verdad —padre e hija desviaron los ojos hacia la puerta que mantenía Matt entreabierta.

Peter se arrastraba detrás de él. Matt giró la cabeza.

—A solas —le increpó al fantasma—. O te enviaré donde tú ya sabes.

Dominic no pudo callarse cuando percibió la tensión en el cuerpo de su hija.

—Eso deberá decidirlo ella —Matt alzó una de sus cejas, las mejillas de Rachel se sonrojaron por el apoyo que le demostraba su padre con respecto a su amigo fantasma.

¡Lo que podían cambiar unas revelaciones! Se dijo. Ella lo había odiado desde siempre, y ahora veía lo necesario que era en su vida.

—Tengo que hablar con Peter —dijo de pronto—. Algo le sucede.

Antes de que ellos pudieran decir nada, Rachel salió por la puerta rozando intencionadamente la cadera de Matt que soltó un jadeo de deseo pero sin poder atraparla. Una vez que Rachel hubo salido fuera de la biblioteca, Matt y Dominic intercambiaron una mirada de entendimiento.

—Está demasiado involucrada con esos dos fantasmas —afirmó el padre con ojos entrecerrados.

—A su manera la han protegido —murmuró Matt pensativo—, pero es hora de que se marchen.

Dominic miró a Matt con ojos entrecerrados.

—Esos dos fueron una de las razones por las que te abandonó —Matt lo miró perplejo—. Esos dos viejos fantasmas están con ella desde que cumplió los dos años.

—No tienen que estar aquí —continuó Matt—. Desequilibran a los humanos.

—El mundo de los vivos siempre tendrá fantasmas.

Esa era una verdad irrefutable.

Rachel seguía observando a Peter con los ojos llenos de gratitud, acababa de descubrir que estaban con ella desde los dos años.

Ahora lo entendía todo.

—¿Dónde está Charles? Hace días que no lo veo.

“Le tiene miedo”.

—¿A Matt?

“Prometió enviarnos al otro lado, y cumplirá su palabra”.

—Sabe que no lo permitiré —contestó firme—. Sois mi familia, mi familia no viva —rectificó.

“Está en la ciudad”.

—¿Quién?

“La sombra”.

—¿Así se llama?

“Te ha buscado, y te ha encontrado”.

—¿Cómo?

“Por tu padre”.

—Así que mi madre tenía razón —se dijo Rachel en voz muy baja.

La fuerza extrasensorial de su padre actuaba como un imán que lograba atraer precisamente al espíritu al que se había enfrentado tantos años atrás.

“Ha entrado en un cuerpo”.

Rachel miró la figura de Peter atónita.

—¿Qué dices?

“La mujer ha sido poseída y convertida en el avatar que le dará entrada en vuestra realidad”.

—¿Cómo lo sabes?

“La mujer me hablaba en el pasado, ahora me amenaza porque sabe que lo sé”.

Eso era imposible, pensó Rachel. Para que una persona poseída pudiera ponerse en contacto con Peter, éste tenía que conocerla o haber mantenido algún tipo de contacto. Un momento después, Rachel se llevó al mano a la boca para contener una exclamación de horror. Tenía un terrible presentimiento. Había esperado durante días una llamada de teléfono que nunca se realizó.

—¿Alma? —Peter se desdibujó hacia la izquierda—. ¿Iris? —la figura de Peter se desdibujó hacia la derecha, lo que equivalía a un rotundo sí.

“Estás en peligro”.

Rachel ya lo sabía.

—¿Sabes dónde se ocultan?

“En Fall River”.

Rachel ya se daba la vuelta para hablar con Matt y Dominic.

“Espera”.

Se paró en seco y se giró hacia Peter.

“La casa está maldita”.

—Lo sé, fue construida por un constructor que practicaba magia negra.

“Es la abertura dimensional que permitirá el paso al *Creador de puertas*”.

Rachel se quedó blanca como la cera.

El *Creador de puertas* era un demonio vengativo que en el pasado, concretamente en el siglo XVI, había logrado cruzar otra abertura dimensional pero en la ciudad de París. Logró que se asesinaran más de treinta mil personas. Ese suceso espeluznante era conocido en la historia como la Masacre de Saint-Barthélemy.

“Quería tu cuerpo no el de Iris”.

—¡Rachel! —ignoraba cómo había llegado Matt hasta donde estaba ella porque no había escuchado nada. Estaba paralizada—. Te protegeremos.

En verdad era un alivio que Matt tuviera ese poder de percepción. Al momento sus manos fueron cogidas con sumo cuidado y encerradas en las de él con ternura, y por primera vez, Rachel sintió una paz infinita. Volvió sus ojos al rostro del hombre que amaba, y se abrazó a él con todas sus fuerzas. La boca de Rachel fue al encuentro de la de Matt, y tras el contacto, el mundo dejó de existir para ambos. Una súbita tempestad se agitó dentro de ella, y todo su cuerpo se tensó con una descarga eléctrica esperada y conocida. Matt deslizó sus labios sobre su boca con una lentitud temeraria y urgente. Cuando la lengua de Rachel envolvió la de él, su respuesta fue instantánea y demoledora. Sus manos se tornaron calientes, atrevidas, era como si Matt pretendiese marcar con su esencia el alma femenina y lo estaba consiguiendo. Solo eran conscientes de la necesidad urgente y abrasadora de acariciarse. De borrar el abismo del miedo con besos profundos.

Se dejó caer junto al recio pecho mientras se bebía sus besos apasionados. Él no podía separarse, seguía aferrando su cintura como si no pudiese soltarla jamás, pero tras una lucha titánica consigo mismo, separó sus labios de la boca de ella para susurrarle al oído con voz henchida de deseo

—Vamos con tu padre, tenemos que hablar sobre lo que va a suceder en la ciudad si no intervenimos.

CAPÍTULO 22

El *Creador de puertas* había realizado su transmutación completa, pero desconocían su identidad corporal actual porque el cuerpo de la frágil Iris no lo había resistido.

Viendo su cuerpo sin vida en la morgue, Rachel lloró con auténtica pena, también con impotencia. La habían encontrado en los márgenes del río Charles muy cerca de Fox Island. El cuerpo estaba desnudo, y junto al cadáver, la policía había encontrado vello de animal, restos de piel, y rastros que en modo alguno eran humanos. Una fuerza maligna había marcado el cuerpo de Iris de la cabeza a los pies. Sus ojos habían sido empujados hacia adentro. La piel estaba aceitosa, y llena de erupciones. Ver a Iris afianzó su determinación de devolver al *Creador de puertas* al infierno de donde había salido.

Rachel aprendió a utilizar el variado instrumental que siempre llevaba Matt consigo cuando quería atrapar fantasmas: la luz de protones blanca. El espejo inverso donde podían quedar atrapados por un corto espacio de tiempo, y la unidad transitoria, que era la puerta que los devolvía a su lugar porque a los espíritus no se les podía destruir.

Dominic Day había aportado instrumentos que Matt agradeció como la grabadora digital de audio. El detector electromagnético. Una videocámara que grababa en ultravioleta, y el más importante de todos: un sacerdote autorizado por el Vaticano para que realizara un exorcismo sobre la casa.

Rachel aprendió que ciencia y religión no eran antagónicas a la hora de tratar con sucesos paranormales.

La capacidad de Matt para actuar le causó una profunda admiración, mucho más que en el pasado. Ahora comprendía porque era un parasicólogo tan famoso y requerido en todo el mundo. Su padre era muy bueno, pero no tanto como él. Y lamentó los años que se había mantenido separada de él por un miedo que seguía ahí, pero que en nada tenía que ver con sus decisiones.

Matt había logrado cerrar el portal dimensional utilizando la unidad transitoria para evitar que seres del otro mundo lo utilizaran. Durante días se dedicaron a reunir un equipo de expertos. Hombres de confianza de su padre que conocían su forma de trabajar, si bien ignoraban en qué lugar se

encontraba el *Creador de puertas*. Tenían que esperar a que se delatara así mismo, pero la espera resultó larga y tortuosa.

Dominic no sabía qué pensar, pero Matt tenía una teoría. El espíritu necesitaba alimentarse de la fuerza de un médium potente, pero Iris no lo era, por ese motivo había muerto días después de la posesión. El *Creador de puertas* iba a necesitar el cuerpo de un médium tan fuerte como el de Matt o como el del propio Dominic antes de poder llevar a cabo su plan de hacerse con el control de los recién muertos.

—La encontrará —musitó Matt muy preocupado.

Rachel no se encontraba en la sala sino en uno de los dormitorios de la planta superior. Tanto Matt como ella habían decidido instalarse en la casa del padre porque estaba protegida contra los espíritus, y bendecida contra los fantasmas. Matt la quería fuera de peligro, y pensó que la casa de Dominic era la mejor opción.

—¿Estás seguro?

—No lo tengo tan claro —admitió Matt y logró que Dominic lo mirara con interés desmesurado—. Rachel es nigromanciana, es el cuerpo perfecto, el que el espíritu necesita, por ese motivo la ha estado buscando durante tanto tiempo.

—¡Joder! Estoy muerto de miedo —admitió el padre.

Matt hizo un gesto negativo con la cabeza bastante significativo.

—Han pasado muchos días... —Matt calló un momento antes de continuar—. Me preocupa este silencio. No existe ningún suceso paranormal en toda la ciudad.

Tanto Matt como Dominic tenían a colaboradores recorriendo la ciudad buscando sucesos paranormales, pero no encontraban nada. Matt tampoco percibía ninguna sombra. Desde hacía días no veía tampoco fantasmas. Algo muy raro ocurría en Boston.

—¿Dónde están los muertos, Dominic?

El padre de Rachel no tenía respuesta pues él también se preguntaba por qué motivo ya no los percibían.

—Es como si hubieran salido todos de la ciudad —contestó pensativo y

serio—. Boston está muertamente desierta.

De pronto, Matt se giró hacia la puerta de salida.

—¿A dónde vas? —inquirió Dominic muy preocupado.

—Al depósito de cadáveres —respondió Matt—. Tengo que hablar con los recientemente muertos.

Ni Dominic ni Matt fueron capaces de intuir ni de conocer que Rachel pensaba hacer precisamente eso, pero Peter y Charles se lo impidieron manteniendo la puerta cerrada del dormitorio.

Rachel percibió el peligro. La seguían, era consciente de los pasos sincronizados que daban ambos sobre la calzada gris. Cruzó la calle, y su perseguidor la cruzó también. La volvió a cruzar para hacer otra prueba y cerciorarse, la tentativa resultó positiva. Cuando contempló la fachada de ladrillo rojo de la cafetería, se sintió lo suficientemente segura como para aminorar el paso tratando de que su acosador parase los suyos o que la adelantara para marcharse. De alguna manera pretendía descubrirlo, pero no hizo ni una cosa ni otra. Ella se detuvo delante del escaparate de la pastelería, fingió que miraba a través del cristal los dulces de diferentes tamaños y sabores, pero sus ojos no perdían detalle de la figura borrosa que veía a través de ellos. Cuando siguió caminando, alguien la adelantó sin mirarla, y desapareció por la esquina, Rachel se dio cuenta que no era quien había creído sino un hombre normal y corriente, de rasgos regulares, delgado, absolutamente anodino. Soltó el aire que había estado conteniendo para normalizar su respiración ante la sospecha que la había invadido, y que había resultado falsa. Avanzó hasta la puerta del café y asió el picaporte para abrirla pero no hizo falta, Matt la había abierto por ella al mismo tiempo que le daba un beso posesivo en la boca.

—Llegas tarde —vio la preocupación en sus ojos y le sonrió.

—Mi padre no está preparado todavía, se ha demorado más de lo que creía pues la furgoneta tenía una rueda pinchada —Rachel escudriñó el ambiente del café antes de posar sus ojos en la mesa del centro.

La tenue luz de las lámparas de neón, y los sonidos quedos, le hicieron sentir un escalofrío que acentuaron su atención. Siguió observando las

diversas mesas y rincones para mirar a los diversos clientes.

Rachel vio a través de la ventana la calle, y se fijó en las altas viviendas silenciosas. Divisó varios comercios que ya comenzaban a abrir sus puertas. Volvió sus ojos hacia Matt que miraba de forma tranquila un periódico usado, pero sin perder detalle de todo lo que ocurría en el viejo café. La entrada de su padre hizo que varios ojos se parasen en su presencia alta. Su gabán largo y oscuro conseguía alzar incluso la ceja menos curiosa. Un par de policías locales lo miraron con intensidad, pero debieron decidir que no resultaba peligroso porque continuaron con su charla.

Dominic tomó asiento en uno de los taburetes delante del mostrador.

La entrada de un nuevo cliente le cerró la boca de inmediato. Los vellos corporales se le erizaron ante el peligro inminente.

El hombre debía medir cerca de los dos metros de altura. Andaba de forma desgarbada y tenía el rostro marcado con diferentes cicatrices, señal inequívoca de su carácter violento, además desprendía un olor fétido. Rachel supo que el cuerpo comenzaba a descomponerse y por eso el espíritu necesita otro cuerpo. Escudriñó con ojos vivos a todos los que estaban sentados tanto en la barra como en las mesas. Olfateó el aire de forma significativa tratando de diferenciar los diferentes olores que llenaban el café. Giró el rostro hacia la mesa donde estaba ella sentada, y al verla, entrecerró sus ojos negros con calculada frialdad. La había encontrado al fin, pero justo antes de dar un paso hacia la mesa donde estaban sentada, cinco hombres más entraron al café creando bastante bullicio a su paso.

—¡Quieta! No lo mires.

El consejo de su padre llegaba demasiado tarde.

—Me cuesta respirar —Rachel supo que debía hacer algo

La tensión olía a la violencia que precede al caos.

Se oyó otra vez el clic del picaporte de la calle y dos policías locales entraron en la cafetería, se reunieron con los dos que seguían sentados en su mesa esperando y observando todo con ojos adiestrados. Rachel supo que debían irse, el sitio no era el indicado para tener un encuentro con el *Creador de puertas*. Matt le hizo un asentimiento con la cabeza para que ella saliera primero de la cafetería convencido de que el espíritu, en su afán por conseguir

el cuerpo de Rachel, podía caer en la trampa.

Rachel se juró que nunca más iba a actuar de cebo

El frío de la calle la sorprendió pues no se había percatado cuando creyó que la seguían, pero ahora sí lo percibía en cada poro del cuerpo. Afianzó el pequeño bolso a su hombro de forma despreocupada. Sus tacones reverberaban en la calzada con un martilleo incesante provocando un eco continuo. Había cortado de forma inmediata la comunicación extrasensorial con Matt y con su padre. Necesitaba mantener la mente en blanco y bloqueada.

Rachel fijó las pupilas en un punto determinado del frente. Percibía con claridad los ojos inquisidores en su espalda que la evaluaban, pero ese detalle no la amilanó. Tenía que llevarlo hacia la emboscada, y hacia allí se dirigía con el espíritu pisándole los talones.

Dominic la esperaba en el edificio de la estación vieja, el lugar idóneo para una emboscada.

La noche era tan oscura como sus pensamientos.

Cuando dobló hacia la derecha para enfilear la calle, una negra silueta apareció delante de ella tomándola por sorpresa, contuvo un gemido a tiempo. Rachel detuvo sus pasos, el incesante taconeo de sus zapatos se calló sumándose al silencio de la noche. Observó la figura angulosa y encorvada, que daba pasos vacilantes hacia ella como si la hierba verde que pisaba fuese un terreno peligroso y abrupto. Extendió una mano huesuda hacia ella sin pronunciar una sola palabra. Rachel se percató de que podía ser un mendigo habitual del parque. Buscó en su monedero algo de dinero para darle y así ganar el suficiente tiempo para que Matt pudiese alcanzarla. Los pasos que la seguían se detuvieron al mismo tiempo que los suyos, pero los presentía en su espalda aunque no se dio la vuelta, no hacía falta, podía percibirlo incluso a metros. El mendigo aceptó la limosna y le ofreció una sonrisa ausente de dentadura. Rachel comenzó a caminar de nuevo, pero no debía de haber calculado bien la distancia porque sintió cómo la cogían de los hombros con una fuerza brutal.

¡La atacaba antes de lo previsto!

El hombre la agarró con fuerza dañándole los hombros, y la arrastró hacia el suelo al mismo tiempo que la empujaba de espaldas junto a unos matorrales cercanos a unos contenedores. La fuerte mano tapaba su boca para impedir que

gritase. Rachel no pudo ocultar un gemido de dolor al verse aplastada de repente, pero sorprendentemente no mostró miedo. Sentía la urgente necesidad de acabar con él. Durante años había odiado, y a la vez deseado el encuentro para ejecutar su venganza. Su cabeza golpeó el duro suelo, y ella cerró los ojos tratando de asimilar las sensaciones dolorosas.

El aliento pestilente le produjo una arcada, pero pudo ladear la cabeza a tiempo de evitar que le vomitara encima. Su mano trataba de encontrar la abertura de su bolsillo donde descansaba el arma. Tenía que matar el cuerpo físico para poder atrapar al espíritu. Si conseguía introducir su mano podría dirigir el cañón hacia el corazón del hombre y disparar la bala que terminaría con su vida, pero no hizo falta. El peso que la había oprimido durante un momento agónico había sido alzado sin ninguna ceremonia liberándola. Matt había llegado más rápido de lo que había imaginado. Se reincorporó para ayudarlo, pero Matt era un batidor nato y con mucha experiencia. Tras un minuto de forcejeo, el cuerpo del hombre quedó tendido a los pies de ambos con la cuerda aún aprisionando su cuello roto.

El cuerpo estaba muerto, ahora quedaba atrapar al espíritu.

Un instante después, la figura densa salió del ya cadáver y quedó frente a ellos desdibujándose hacia la derecha y hacia la izquierda.

No les dio tiempo a reaccionar. A la velocidad del rayo tomó posesión del cuerpo de Matt que se dobló sobre sí mismo con un crujido de huesos.

—¡La luz! —gritó Matt mientras se retorció por el dolor.

Matt comenzó a sufrir fuertes convulsiones, y punzantes dolores en el cuerpo al mismo tiempo que volteaba los ojos y gritaba.

Rachel, consciente de que la entidad infernal se estaba apoderando del cuerpo de Matt, comenzó a buscar entre sus bolsillos, pero ella no tenía ninguna luz, y entonces comprendió que era Matt el que la tenía. Todos habían pensado que el espíritu trataría de entrar en ella, y por eso Matt se había preparado pero, ¡se habían equivocado!

Se arrodilló hacia él que seguía resistiéndose, pero Rachel fue lanzada hacia atrás con inusitada fuerza: como si la hubieran arrojado cuatro hombres a la vez.

Se arrastró decidida y se aferró a Matt y ya no lo soltó.

—Entra en mí, entra en mí —Rachel desbloqueó su mente y la dejó abierta, pero Matt se resistía gimiendo y retorciéndose sin parar, y el gemido se convirtió en un rugido desgarrador, altísimo y furioso. Entonces pateó con tanta fuerza que Rachel fue lanzada de nuevo hacia atrás, pero ella regresaba al cuerpo tirado en el suelo una y otra vez—. ¡Déjalo libre y entra en mí! —le ordenó al espíritu.

—¡No, no! —gritó Matt al escucharla.

Todo sucedió demasiado rápido. El *Creador de puertas* aceptó la invitación de Rachel y comenzó a salir del cuerpo de Matt, pero Dominic había llegado a tiempo, y con él todo un equipo de científicos, Brad el demonólogo, y un exorcizador que lo tenía todo preparado.

Varios hombres sujetaron a Matt con fuerza, y lo llevaron bajo el puente oscuro y silencioso.

Durante la siguiente hora, el sacerdote realizó todos y cada uno de los pasos para que el espíritu saliera de su interior. Contaba con la ventaja de que conocía su nombre, y pronunció todos y cada uno de los rezos y símbolos que lo reprimían y lo atacaban. Mientras, Dominic activó la luz que paralizaba a la fuerza sobrenatural, y colocó el espejo invertido que lo contendría hasta que llegaran a la abertura, donde lo devolverían a la otra dimensión.

Rachel sintió que la golpeaban con tanta fuerza que cayó hacia atrás golpeándose la cabeza contra el suelo, cerró los ojos y respiró profundamente, pero tras ese primer dolor, después no sintió nada.

Cuando los abrió de nuevo, Matt había sido liberado. El sacerdote la ayudó a reincorporarse, y cuando miró hacia Matt, vio el terror reflejado en el rostro.

—¿Estás bien? —le preguntó ansiosa.

Matt hizo un gesto afirmativo, y la miró con un brillo de dolor. Cuando había visto que el espíritu aceptaba su invitación de tomar posesión de su cuerpo carnal, su corazón había exhalado la última gota de sangre, ante el miedo que había sentido de perderla.

Dominic había atrapado al *Creador de puertas*, y había cubierto el espejo con una paño blanco.

—¿Te ha hecho daño? —preguntó Matt.

Ella negó reiterativamente con la cabeza.

—No.

—¡Maldita sea! —exclamó angustiado por el miedo—. Gracias a Dios que tu padre estaba preparado porque un segundo más... —Matt no concluyó la frase.

—Ignoraba que entraría en ti —musitó Rachel en un susurro.

Matt tampoco lo había previsto, y se maldecía por ello.

—Mi cuerpo carnal le ofrecía más tiempo para estar entre los vivos.

Los ojos de Rachel se clavaron en el cuerpo del hombre que había sido utilizado por el *Creador de puertas*, y sintió una pena infinita.

—Debemos ir al lugar dónde comenzó todo —dijo Dominic al mismo tiempo que metía el cristal invertido en una caja llena de sal.

—Fall River —dijo Rachel soltando un suspiro.

Matt negó con la cabeza.

—Rockaway —afirmó el padre.

—Vamos, tenemos que cerrar la abertura...

Las palabras de Matt los puso en marcha pues estaban a una distancia de más de doscientas millas.

EPÍLOGO

Seguía oyendo el agua de la ducha en la habitación contigua, pero ella seguía remoloneando entre las sábanas sin decidirse a levantar su pereza. Sobre la piel seguía impregnado el aroma de Matt, de las caricias que habían compartido, y su boca floreció en una sonrisa de auténtica dicha. Nada en el mundo podía hacerla tan feliz como amarlo incondicionalmente, extasiarse de su ternura, de su paciencia. Disfrutar con su exquisito toque de humor, y esa pasión intensa que la volvía literalmente loca. No podía saciarse de él. El sonido del agua se había silenciado, y supo que Matt iba a aparecer de un momento a otro por el umbral de la puerta de la habitación, sin nada más encima que una minúscula toalla anudada en sus caderas de forma precaria. A pesar del tiempo que llevaban juntos, seguía sorprendiéndola esa sensualidad intrínseca que poseía, y que derrochaba a manos llenas manteniéndola siempre hambrienta de sus besos, de sus caricias, y de esa mirada limpia que la seducía por completo. Rachel paseó sus ojos por el conocido mobiliario hasta divisar su bata celeste dejada de forma descuidada a los pies de la chimenea. Sus ojos fueron descubriendo el resto de prendas que habían quedado esparcidas en el dormitorio cuando comenzaron los juegos amorosos entre los dos. Matt había entrado al dormitorio peinándose el pelo mojado con los dedos. Como ella había supuesto, llevaba una pequeña toalla atada a las caderas. Deslizó la mirada por los casi dos metro de músculos definidos y marcados, por la piel tostada y húmeda tras el baño, y que le confería un brillo atrayente. Sentía calambres en los dedos de las ganas que sentía de acariciar cada centímetro de piel expuesta.

Fijó la mirada en su torso esculpido, en sus abdominales que ondulaba de forma suave con cada paso que lo acercaba a ella. Suspiró cuando detuvo su mirada en el sedoso triángulo de vello que comenzaba en el ombligo y se perdía bajo la blanca toalla, pequeñas gotitas de agua seguían escurriéndose por la piel creando destellos seductores...

Si continuaba mirándolo no podría levantarse en todo el día.

—Si me haces un hueco... —ella volvió a sonreír de forma espontánea. Seguía olvidándose de la facilidad de él para conocer sus pensamientos y exteriorizarlos con esa naturalidad que la conmovía.

—Eres demasiado atractivo.

—Y tú demasiado seductora —en dos zancadas Matt llegó hasta la cama y sacudió su pelo mojado encima de ella en el mismo ritual que ejecutaba cada mañana. Las diminutas cuentas de agua cayeron sobre el cuerpo recostado en una fina lluvia—. ¿Acaso te gustaría que fuese feo? —ella negó repetidamente.

—Pero esta travesura tuya de mojarme se ha ganado un castigo y voy a ser implacable —el colchón cedió ante el peso de él cuando se sentó junto a ella que se arrimó al cuerpo musculoso buscando su contacto.

—Seré un alumno aplicado —Matt se inclinó buscando los labios que apartó Rachel para ofrecerle la mejilla en compensación.

La carcajada potente y feliz de Matt le hizo entrecerrar los ojos, pero la complicidad de los dos se vio interrumpida por el sonido del teléfono.

—No es a mí, a quien esperan en el museo... —la boca de Rachel hizo una mueca ante el recordatorio.

Su padre la esperaba en el museo porque había hecho un descubrimiento importante, según sus palabras, uno que cambiaría la historia del mundo conocido.

—Tienes que hablar con tu padre al respecto —fue el tajante comentario de Matt que volvió a buscar la boca de ella.

—Creo que es mejor que hables tú con él —contestó ella.

Matt seguía mordisqueando los labios seductores, pero finalmente le dijo.

—Es tu padre —ella tironeó del pelo mojado de él vengativa, al mismo tiempo que enredaba el suave vello ensortijado de su pecho para atraerlo todavía más hacia ella.

—¡Convénceme!

Matt no necesitó más aliciente, pero antes de tomar posesión de la boca femenina, escucharon unos gorgojeos en la habitación de al lado.

—Te dije que tenían que cruzar al otro lado...

Rachel se mordió el labio inferior con remordimientos.

—Peter y Charles lo protegen, como hicieron conmigo a su misma edad.

El pequeño Gabriel de dos años tenía mucha más fuerza extrasensorial que su padre y su abuelo juntos.

—Quedamos que nuestro hijo estaría al margen de fantasmas, espectros, y todo lo que tenga que ver con lo paranormal.

—Ven —le dijo de pronto ella.

Rachel se levantó de la cama y tomó a su esposo de la mano. Juntos caminaron hasta la habitación del bebé. Cuando abrió la puerta, Matt soltó un rugido de cólera, la estancia estaba llena de fantasmas...